ALEXANDER A. DI LELLA

EL LIBRO DE DANIEL

(7-14)

Ciudad Nueva
Madrid - Bogotá - Buenos Aires - México - Montevideo - Santiago

Título original:
Daniel. A Book for Troubling Times

Traducción del inglés:
Pablo Largo Domínguez

Versión italiana:
Il libro di Daniele (7-14)
© 1995, Città Nuova Editrice
Via degli Scipioni, 265 - 00192 Roma

Diseño de cubierta:
Ripoll Arias

© 2001, Editorial Ciudad Nueva
Andrés Tamayo, 4 - 28028 Madrid

I.S.B.N.: 84-89651-92-2
Depósito Legal: BU-94-2001

Printed in Spain - Impreso en España

Preimpresión: MCF Textos - Madrid
Imprime: Monte Carmelo - Burgos

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 9
La apocalíptica 9
Las características del género apocalíptico .. 10
El ambiente histórico 12
Lectura espiritual de Daniel 14

BIBLIOGRAFÍA 17

EL LIBRO DE DANIEL (7-14)

XIV. «DANIEL TUVO UN SUEÑO MIENTRAS ESTABA EN EL LECHO» (7, 1-18) 21
El sueño de Daniel 24
La visión de Dios 28
La corte celestial 29
La figura de apariencia humana 30

XV. «SE HIZO JUSTICIA A LOS SANTOS DEL ALTÍSIMO» (7, 19-28) 33
Antíoco IV, el cuerno pequeño 34
Antíoco recibe el juicio de Dios 37
El reino eterno del Altísimo 38
El reino de Dios inaugurado por Jesús 39
Algunas reflexiones 40

XVI. «ESTABA YO MIRANDO DURANTE LA VISIÓN, Y ME PARECIÓ HALLARME EN SUSA, LA FORTALEZA» (8, 1-27) 43
El carnero y el macho cabrío 46
La astrología de aquella época y de la actual 46
La visión del carnero 47
La visión del macho cabrío 49
Los cuatro cuernos y el cuerno pequeño, Antíoco IV 50
Profanación del Templo 51
Gabriel explica la visión 51
Reflexiones sobre el reino de Dios 53

XVII. «GABRIEL, EL HOMBRE QUE YO HABÍA CONTEMPLADO EN VISIÓN AL PRINCIPIO, SE ACERCÓ A MÍ VOLANDO» (9, 1-27) 56
La oración de Daniel 60
La oración de lamento de Daniel 60
Daniel confiesa los pecados de la nación .. 62
Daniel suplica misericordia 62
Dimensiones espirituales de la oración de Daniel 65
La oración de Daniel halla respuesta 66
La llegada del fin 69

XVIII. «EN EL AÑO TERCERO DE CIRO, REY DE PERSIA, FUE REVELADO UN MENSAJE A DANIEL» (10, 1 - 11, 1) 71
Daniel recibe una revelación 73
La visión aterra a Daniel 76
El ángel consuela a Daniel 77
Miguel, ángel guardián de Israel 79
El ángel toca de nuevo a Daniel 81

XIX. «VENDRÁ TRANQUILAMENTE Y SE APODERARÁ DEL REINO CON INTRIGAS» (11, 2-4.21-45) 83
La época persa hasta Alejandro Magno 86
Usurpación del trono por Antíoco IV 87
El reinado de terror de Antíoco 89
La muerte de Antíoco 94

XX. «MUCHOS DE LOS QUE DUERMEN EN EL POLVO DE LA TIERRA SE DESPERTARÁN» (12, 1-13) 96
Victoria de los justos 97
Doctrina de la resurrección 99
Recompensa especial para los guías sabios .. 103
Epílogo 104
Conclusión 106

XXI. «UNA MUJER, LLAMADA SUSANA, MUY HERMOSA Y TEMEROSA DE DIOS» (13, 1-27) 107
La virtud de Susana 110
Los viejos malvados y su complot 111
El intento de estupro 113
Negativa de Susana a entregarse al estupro .. 115
Algunas reflexiones 116

XXII. «SU CORAZÓN CONFIABA EN EL SEÑOR» (13, 28-64) 118
Los ancianos dan falso testimonio contra Susana 121
Oración de Susana para salvarse 122
El contra-interrogatorio de Daniel 124
Absolución de Susana y castigo de los ancianos 126

XXIII. «TENÍAN LOS BABILONIOS UN ÍDOLO LLAMADO BEL» (14, 1-22) 128
Daniel se niega a dar culto al ídolo Bel 130
El rey interroga a Daniel 132
¿Consume Bel las provisiones diarias? 132
La puerta secreta del templo 133
Se destapa el engaño de los sacerdotes 135
Algunas reflexiones 136

XXIV. «HABÍA UN GRAN DRAGÓN VENERADO POR LOS BABILONIOS» (14, 23-42) 139
Daniel obtiene permiso para matar al dragón . 141
Daniel mata al dragón 142
Los babilonios arrojan a Daniel a los leones .. 143
Dios proporciona comida a Daniel y lo salva .. 144
Algunas reflexiones 147

INTRODUCCIÓN

El tema de esta segunda parte del Libro de Daniel, que comprende los apocalipsis de los capítulos 7-12 y, como apéndice del libro, los tres relatos homiléticos de Susana, Bel y el dragón, de los capítulos 13-14, figura entre los más fascinantes del Antiguo Testamento. Estas narraciones, como las de los capítulos 1-6, pertenecen al género literario conocido como «el relato del cortesano con éxito». Este género, del que ya hablamos en la introducción al primer volumen, lo encontramos en el libro del Génesis, en particular en los relatos que tienen por protagonista a José, en los libros de Tobías, de Judit y de Ester. Tanto los apocalipsis como los relatos homiléticos se pueden leer aisladamente. El episodio de Susana y los dos ancianos perversos (cap. 13), por la descripción tan cuidadosa de la escena del baño en el jardín, fue uno de los temas preferidos por los pintores del Renacimiento.

La apocalíptica

El género literario de los capítulos 7-12 y de 2, 29-45, corazón del segundo relato del que hablamos

en el tercer capítulo del primer volumen, es el género apocalíptico. El objetivo de estos apocalipsis es dar fuerza y alentar a los que, para librarse de la feroz persecución de Antíoco IV Epífanes, se sienten inducidos a ceder en su fe y a abandonar toda práctica religiosa. A diferencia de los otros relatos, cuyo objetivo era exhortar y edificar, los cinco apocalipsis describen la intervención divina para poner fin a los sufrimientos de los creyentes e instaurar el reino de Dios. La apocalíptica es, pues, una literatura que brota de la resistencia; se dirige a todos los creyentes que viven una situación particular de crisis. Como género literario, se afirma a partir de los primeros años del siglo II a. C. hasta la segunda rebelión judía (132-135 d. C.). Aunque algunas partes de Ezequiel, de *Is* 24-27, de *Zac* 9-14 y de Joel se pueden considerar protoapocalípticas, los únicos pasajes del Antiguo Testamento apocalípticos en sentido estricto son *Dan* 2, 29-45 y los capítulos 7-12. En el Nuevo Testamento encontramos este género en *Mc* 13, 1-37 (cf. *Mt* 24, 1-44; *Lc* 21, 5-36) y, obviamente, en el libro del Apocalipsis. Otros muchos escritos no canónicos, incluidos algunos de los hallados en Qumrân, adoptan un estilo literario semejante.

Las características del género apocalíptico

Los apocalipsis de Daniel tienen estas cinco características literarias: (1) la seudonimia o la anonimia del autor; (2) los sueños y las visiones; (3) «las profecías después del acontecimiento»; (4) el lenguaje simbólico; (5) el contenido esotérico.

1) La seudonimia es una costumbre literaria que se halla también en otras partes del Antiguo Testamento: Proverbios, Qohélet (Eclesiastés), Tobías, Sa-

biduría. Se adoptaba para conferir autoridad a una obra. El autor seudónimo de los capítulos 7, 8, 9 y 10-12 se identifica a sí mismo como Daniel, el héroe del libro. El apocalipsis de 2, 29-45 es anónimo, como el resto del relato del capítulo 2.

2) Los sueños son el vehículo literario de la revelación de Dios en los capítulos 2 y 7, que son semejantes entre sí; las visiones son el vehículo literario en los capítulos 8, 9 y 10-12. Sin embargo, tanto en las visiones como en los sueños, la revelación tiene que ver con el futuro. El hipotético marco temporal de cada apocalipsis es el siglo VI a. C.; cada sueño y visión dice lo que tendrá lugar en los tres o cuatro siglos siguientes.

3) «Las profecías después del acontecimiento» son también una costumbre literaria empleada en las visiones y en los sueños. El autor de cada apocalipsis escribió en realidad en el siglo II a. C.; pero a partir de su contexto histórico imaginario, ambientado en el siglo VI a. C., narra la historia pasada como si estuviese prediciendo el futuro. Este recurso bíblico no se empleaba para engañar, sino más bien para añadir autoridad a la obra y para afirmar la convicción del autor de que Dios ejerce el control de la historia humana.

4) Predomina el lenguaje simbólico, sumamente imaginativo y a menudo extravagante. Por ejemplo, las cuatro enormes bestias del capítulo 7 simbolizan apropiada y gráficamente los cuatro imperios paganos: el babilonio, el medo, el persa y el griego.

5) El contenido esotérico es lo específico de la apocalíptica. Dios o su ángel revelan a Daniel que los cuatro imperios paganos acabarán desapareciendo, y que entonces los que hayan permanecido fieles heredarán el reino de Dios. Daniel mantiene secreto el contenido de la revelación (7, 28; 8, 26; 12, 4) hasta el tiempo designado en el futuro, que re-

sulta ser la época propia del autor, es decir, el comienzo del siglo II a. C.

El ambiente histórico

Antíoco IV (175-164 a. C.) es el gran malvado del libro, especialmente de los apocalipsis de los capítulos 7-12, que se escribieron durante su reinado. Carecía totalmente de principios, era imprevisible, llegaba a extremos de generosidad con sus amigos y de total crueldad con sus enemigos. En su arrogancia se había impuesto el título de Epífanes, que en griego significa «[dios] manifiesto». Pero a causa de su comportamiento excéntrico y raro, el pueblo le había puesto el apodo de Epímanes, palabra griega que significa «loco». Como andaba constantemente escaso de dinero, Antíoco saqueó santuarios y templos, incluyendo el templo judío de Jerusalén. Para asegurar la unidad de los heterogéneos pueblos de su reino, insistió en que el helenismo fuera la forma de vida para todos sin excepción. El helenismo era la civilización y cultura internacional que se habían difundido en el área del Mediterráneo y en el mundo del Oriente Próximo a raíz de las conquistas de Alejandro Magno (336-323 a. C.). El helenismo era atractivo: tenía una lengua, el griego; su centro era la *polis* (ciudad) griega; su política era aristocrática con algunos elementos democráticos; su literatura y filosofía eran de primer orden; era acogedor con todos los pueblos y sus religiones.

Algunos judíos compartían esta política, llegando a comprometer su fe para obtener beneficios económicos y ventajas sociales. El sumo sacerdote Onías III fue depuesto por su hermano Jasón, quien se procuró con fraude el sumo sacerdocio ofreciendo a Antíoco IV una enorme suma. Jasón erigió in-

cluso un gimnasio griego en Jerusalén, introduciendo así formalmente los deportes y cultura griegos. «A tal grado llegaron el auge del helenismo y el avance de las costumbres extranjeras por la extrema desvergüenza de Jasón, que más tenía de impío que de sumo sacerdote, que los sacerdotes ya no tenían interés alguno por el servicio del altar; y despreciando el templo y descuidando los sacrificios, se apresuraban a tomar parte en la palestra, en juegos contrarios a la ley, apenas se daba la señal de lanzar el disco» (*2 Mac* 4, 13-14). Puesto que los participantes en los deportes estaban desnudos, muchos judíos sufrieron dolorosas intervenciones quirúrgicas para borrar «la señal de su circuncisión» (cf. *1 Mac* 1, 15), que los griegos consideraban una mutilación.

El golpe de gracia llegó en el año 167 a. C., cuando Antíoco IV abolió las fiestas judías y los sacrificios, prohibió la circuncisión, la observancia del sábado y las prescripciones alimenticias, y mandó que se sacrificasen animales impuros. Pero lo peor de todo fue que colocó la estatua del barbudo Zeus Olímpico justamente sobre el gran altar de los holocaustos del templo de Jerusalén. Ésta es la «iniquidad desoladora» y «la abominación de la desolación» de *Dan* 8, 13; 9, 27; 11, 31; 12, 11. «El templo se vio lleno de desenfreno y de orgías por parte de los gentiles, que se solazaban con meretrices y tenían comercio con mujeres en el interior de los atrios sagrados, y además introducían allí cosas prohibidas. El altar mismo estaba lleno de cosas ilícitas, execradas por las leyes» (*2 Mac* 6, 4-5). Más tarde, Judas Macabeo y sus fuerzas de guerrilla obtuvieron decisivas victorias sobre el ejército de Antíoco. Esto permitió a Judas volver a consagrar el Templo en diciembre del año 164 a. C. (*1 Mac* 2, 1 - 4, 55; *2 Mac* 8, 1-36; 10, 1-5).

A causa de los tiempos tumultuosos en que vivimos, mucha gente se siente fascinada por la literatura apocalíptica de la Biblia. Las peculiares metáforas que se hallan en libros como el Apocalipsis y Daniel, especialmente las visiones apocalípticas de los capítulos 2 y 7-12, parecen alimentar la imaginación religiosa. Los que no están familiarizados con los métodos de los estudios bíblicos modernos pueden imaginarse que son capaces de hallar en estos libros más o menos claras alusiones a las convulsiones políticas, militares y sociales que se producen en nuestro tiempo, o incluso ven predicciones del desenlace futuro de la historia. Dichas personas acuden incluso a la literatura apocalíptica de la Biblia para hallar soluciones a los complejos problemas que caracterizan a la sociedad moderna. Toda vez que los relatos homiléticos de *Dan* 1-6 y 13-14 hablan de intervenciones divinas para salvar a los judíos que han permanecido fieles, algunos creen que también hoy intervendrá Dios de nuevo de forma dramática y quizá espectacular en los asuntos humanos. Será sólo cuestión de tiempo. En pleno cambio de milenio, podemos esperar todavía más cábalas de este tipo.

Por de pronto, deberíamos dejar de lado cualquier interpretación que ve en los apocalipsis de Daniel antiguas predicciones de los tiempos presentes en que vivimos, o incluso calendarios del fin del mundo, que algunos cristianos se imaginan que se producirá en un futuro no muy lejano. Tampoco deberíamos esperar encontrar en los relatos homiléticos soluciones claras a problemas sociales, políticos y morales de gran complejidad. Si aceptamos a Daniel en sus términos y no en los nuestros, descubriremos que tiene mucho más que ofrecer que las soluciones a menudo ingenuas de intérpretes equivocados. Los autores

de las distintas partes del libro tenían una fe y una esperanza profundas en el Dios de la revelación, que es el Señor de la historia. Dirigen el libro a creyentes, antiguos y modernos, que comparten esa fe y esa esperanza.

Como ya he dicho en el primer volumen, lo mejor sería leer este comentario espiritual capítulo por capítulo, reflexionando luego sobre el significado que el texto de Daniel tiene para nuestra vida. Para hacer cada capítulo más interesante sin recurrir a los otros capítulos de este comentario en dos volúmenes, he repetido algunas citas bíblicas, algunas ideas clave e informaciones sobre los personajes y sus tiempos. Espero que esta repetición sirva más de ayuda que de distracción al lector. Por otra parte, espero que este último no quede desconcertado por los reiterativos informes sobre los reinos y los reyes en los apocalipsis del libro.

BIBLIOGRAFÍA

Aa.Vv., voces *Agua, Anciano, Ángeles/Demonios, Animales, Apocalíptica, Ateo, Ayuno, Belleza, Canon, Daniel, Decálogo, Dios, Elección, Escatología, Fe, Hermenéutica, Judaísmo, Judit, Macabeos (Libros de los), Manos, Milagro, Misterio, Mito, Muerte, Oración, Paz, Reino de Dios, Resurrección, Retribución, Revelación, Sabiduría, Símbolo, Sirácida, Tiempo, Verdad, Vida,* en P. Rossano, G. Ravasi y A. Girlanda, *Nuevo diccionario de teología bíblica*, Ediciones Paulinas, Madrid 1990.

Alonso Schökel, L. y Sicre, J. L., *Daniel,* en *Profetas* II, Cristiandad, Madrid 1980, pp. 1220-1308.

Bernini, B., *Daniele*, Edizioni Paoline, Cinisello Balsamo (Milán) 1984[3].

Hartmann, L. F. y Di Lella, A. A., *The Book of Daniel.* Anchor Bible 23. Doubleday, Garden City, NY 1978.

Lacocque, A., *Daniel,* en Farmer W.R. (dir.), *Comentario bíblico internacional,* Verbo Divino, Estella 1999, pp. 990-1010.

Marconcini, B., *Daniele: Un popolo perseguitato ricerca le sorgenti della speranza*, Queriniana, Brescia 1982.

Russell, D., *Daniel: An Active Volcano*, Saint Andrew, Edimburgo, 1989.
Ravasi, G., *Daniele e l'apocalittica*, Dehoniane, Bolonia 1990.
Sacchi, P., *L'apocalittica giudaica e la sua storia*, Paideia, Brescia 1990.
Woude, A. S. van der (dir.), *The Book of Daniel*, University Press, Lovaina 1993.

EL LIBRO DE DANIEL
(7-14)

XIV

«DANIEL TUVO UN SUEÑO MIENTRAS ESTABA EN EL LECHO»
(Dan 7, 1-18)

[1]*En el año primero de Baltasar, rey de Babilonia, Daniel tuvo un sueño y visiones en su mente mientras estaba en el lecho. Después escribió el sueño. Comienzo del relato.*
[2]*Daniel tomó la palabra y dijo: Estaba yo observando durante mi visión nocturna, y de pronto vi que los cuatro vientos del cielo agitaban el gran mar,* [3]*y que cuatro bestias enormes, distintas una de otra, salían del mar.* [4]*La primera era semejante a un león y tenía alas de águila. Seguí observando, y de pronto vi que le fueron arrancadas las alas, y que fue levantada de la tierra, que se puso de pie sobre sus patas, como un hombre, y que se le dio un corazón de hombre.*
[5]*Luego vi otra bestia, la segunda, semejante a un oso. Estaba levantada sobre un lado y tenía tres costillas en sus fauces, entre sus dientes; y le decían: Levántate y devora carne en abundancia.*
[6]*Después seguí observando, y de pronto vi otra bestia, semejante a una pantera, que llevaba cua-*

tro alas de ave en el dorso. Esta bestia tenía cuatro cabezas, y le fue dado el poder.
[7]*A continuación seguí observando en la visión nocturna, y de pronto vi una cuarta bestia, terrible, espantosa, extraordinariamente fuerte. Tenía enormes dientes de hierro; comía y trituraba, y aplastaba las sobras con sus patas. Era muy distinta de las bestias anteriores y tenía diez cuernos.*
[8]*Estaba fijándome en los cuernos, y de pronto vi que otro cuerno pequeño despuntó entre ellos y que le fueron arrancados por delante de él tres de los cuernos primeros. Noté, además, que este cuerno tenía unos ojos como los de un hombre, y una boca que decía grandes cosas.*
[9]*Seguí mirando y vi*
que fueron colocados unos tronos
y un anciano se sentó.
Su vestido era blanco como la nieve;
los cabellos de su cabeza, puros como la lana;
su trono eran llamas de fuego;
sus ruedas eran ascua encendida.
[10]*Un río de fuego corría,*
salía de delante de él.
Miles de millares le servían,
miríadas de miríadas estaban de pie ante él.
Se sentó al tribunal
y fueron abiertos los libros.
[11]*Seguía yo aún observando, atraído por el ruido de las grandes cosas que el cuerno decía; y, mientras yo miraba, fue matada la bestia, y su cuerpo destruido y arrojado a las llamas de fuego.* [12]*A las otras bestias les fue quitado el poder, pero les fue prolongada la vida hasta un tiempo y un momento determinados.*
[13]*Continué observando en la visión nocturna,*
y de pronto vi que, con las nubes del cielo,
venía como un hijo de hombre;

avanzó hacia el anciano de días,
a cuya presencia fue llevado.
14A él se le dieron
dominio, gloria e imperio;
y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron.
Su dominio es un dominio eterno
que no pasará,
y su reino es un reino
que no perecerá.
15Yo, Daniel, quedé turbado en mi espíritu a causa de esto, y las visiones de mi mente me aterraron.
16Me acerqué a uno de los que estaban allí de pie y le rogué que me dijera la verdad acerca de todo aquello. Él me respondió y me dio a conocer la interpretación de aquellas cosas. 17Esas cuatro bestias enormes son cuatro reyes que surgirán en la tierra. 18Mas los santos del Altísimo recibirán el reino y lo poseerán eternamente y por los siglos de los siglos.

En *Dan* 2 y 4, Nabucodonosor tuvo sueños que lo aterraron. En el presente capítulo Daniel tiene una pesadilla aterradora. Este capítulo ocupa la posición central del libro, y no simplemente porque está en el medio de los catorce capítulos. Es el más importante de los apocalipsis del libro. Como otros apocalipsis judíos, no está limitado de antemano, apuntando hacia el futuro. No todo se dijo en el pasado; las cosas de importancia decisiva están todavía por venir. Como *Dan* 2-6, este capítulo está escrito en arameo, mientras que los tres últimos apocalipsis (*Dan* 8; 9; 10-12) están escritos en hebreo. El relato del sueño de Daniel es además una reelaboración del capítulo 2, en que se refiere el sueño apocalíptico que tuvo Nabucodonosor de la estatua hecha de oro, plata, bronce y hierro con arcilla. En lugar de los cuatro metales del sueño de Nabucodonosor, en el

sueño de Daniel aparecen cuatro bestias diferentes. En ambos sueños el simbolismo es el mismo: el metal y las bestias representan los cuatro imperios sucesivos de los babilonios, los medos, los persas y los griegos. En 2, 34-35, la piedra misteriosa que demolió la estatua «se convirtió en una gran montaña que llenó toda la tierra». En el presente apocalipsis, una misteriosa figura con aspecto humano recibe el dominio universal después de ser matada la cuarta bestia. El simbolismo de ambos capítulos representa la venida del reino de Dios que suplantará a los cuatro reinos paganos.

Daniel tiene su espantoso sueño «en el año primero de Baltasar, rey de Babilonia», el déspota disoluto que vio cómo una mano escribía sobre la pared, según se narra en *Dan* 5. En los relatos anteriores, Daniel hacía de intérprete de los sueños y visiones de otras personas. Aquí es el destinatario de un sueño que es una revelación divina. Ahora Daniel mismo necesita un ángel que haga de intérprete (cf. 7, 15) y le diga el significado de las bestias y de la figura de aspecto humano. Lo que Daniel ve en el sueño es tan espantoso que lo despierta.

El sueño de Daniel

En la visión nocturna Daniel ve «el gran mar» sacudido en un frenesí cósmico por «los cuatro vientos del cielo». Éste no es un mar ordinario, sino una referencia al océano primordial o a las aguas caóticas que la gente del Oriente Próximo antiguo creía que imperaban antes de la creación. Son las aguas mencionadas también en *Gén* 1, 2 antes de que Dios pronunciara su palabra creadora y las sometiera. Dios mantiene a raya las fuerzas del caos incluso en nuestro propio mundo. Sólo Dios tiene el control sobe-

rano. No tenemos que temer ningún poder en los cielos, o en la tierra, o debajo de la tierra, pues podemos hacer nuestras las palabras del salmista: «[Tú eres] el que acalla el bramido de los mares, el estruendo de las olas y el tumulto de los pueblos» (*Sal* 65, 8). «Pero más que el bramido de las aguas caudalosas, más augusto que el mar en sus rompientes, es augusto en las alturas el Señor» (*Sal* 93, 4).

En la isla llamada Patmos, el discípulo Juan nos dice: «Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar no existe ya. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo de parte de Dios, preparada como esposa ataviada para su esposo» (*Ap* 21, 1-2). En el reino de Dios no habrá ya caos ni desorden. Pablo expresa una convicción similar desde un punto de vista cristocéntrico: «Pues estoy firmemente convencido de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni principados, ni lo presente ni lo futuro, ni potestades, ni altura ni profundidad, ni ninguna otra cosa creada podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (*Rom* 8, 38-39).

Las cuatro bestias enormes que Daniel vio emerger del gran mar son símbolos del caos, el desorden y la mutilación criminal. El Antiguo Testamento tiene varios nombres para estas bestias: Leviatán, la serpiente tortuosa, dragón, Ráhab. «Aquel día castigará JHWH con su espada resistente, gigante, potente, a Leviatán, serpiente huidiza, a Leviatán, serpiente tortuosa, y matará al dragón del mar» (*Is* 27, 1). «¡Despierta, despierta, vístete de fuerza, brazo de JHWH! ¡Despierta como en los días de antaño, en las generaciones antiguas! ¿No fuiste tú quien hendió a Ráhab, quien traspasó al dragón?» (*Is* 51, 9). La imagen sugiere aquí la victoria final de Dios sobre las fuerzas del mal. Los reyes y reinos son transitorios. Pero el

reino de Dios que ha sido preparado para los que aceptan su soberanía y dominio es perdurable.

Cada una de las bestias monstruosas, que simboliza un imperio, es diferente de las otras. Pero todos los imperios salieron del caótico «gran mar», pues éstos eran obras de las tinieblas y no de Dios. La primera bestia era «semejante a un león y tenía alas de águila» (7, 4). Éste es un retrato fiel del imperio babilonio. El arte babilonio representaba al imperio como un león alado. A los enemigos de Dios y de su pueblo escogido se los llama con frecuencia leones. De ahí que el salmista ore: «Desgaja, Dios, sus dientes de su boca, arráncales, Señor, sus colmillos de leones» (*Sal* 58, 7). Las dos alas de águila que fueron arrancadas representan a los reyes babilonios Nabucodonosor y Baltasar. A Nabucodonosor se le retrata como un león en *Jer* 50, 17: «Oveja descarriada era Israel; los leones la espantaron. El primero que la devoró fue el rey de Asiria. El último que la deshuesó fue Nabucodonosor, rey de Babilonia». En *Jer* 49, 22, se describe a Nabucodonosor como un águila que planea en lo alto. Escribe E. Bickerman: «En la geografía astral babilonia, el león, el oso y el leopardo simbolizaban respectivamente el sur (Babilonia), el norte (Media) y el este (Persia)». Se trata de las mismas tres bestias de la visión de Daniel.

La segunda bestia era como un oso feroz y hambriento, al que se da orden de que se levante y «devore carne en abundancia» (cf. 7, 5). Las tres costillas de su boca simbolizan su brutalidad. Éste es un símbolo apropiado del reino de los Medos, que fue notorio por su crueldad. El oso viene después del león por su fuerza y ferocidad. «Los atacaré como osa privada de sus crías, les rasgaré el corazón dentro del pecho, los devoraré allí como un león: las fieras del campo los despedazarán» (*Os* 13, 8). Resulta irónico que el símbolo de la desaparecida Unión

Soviética sea también el oso, pues Lenin y Stalin «devoraron carne en abundancia» en sus purgas de los enemigos políticos y en el asesinato de millones de compatriotas.

La tercera bestia era como un leopardo con cuatro alas «de ave en el dorso» y cuatro cabezas (cf. 7, 6). La imagen de las cuatro alas en el dorso del leopardo resalta la rapidez y la agilidad del animal. El leopardo alado simboliza apropiadamente Persia y su rey, Ciro. En efecto, *Is* 41, 2-3 describe a Ciro como el guerrero que suscitó el Señor para obtener una rápida victoria: «¿Quién suscitó del Oriente a aquel a quien la victoria le sale al paso, le entrega naciones para que a reyes impere? Los reduce a polvo su espada, a tamo fugitivo su arco. Los persigue, atraviesa en paz, el camino con sus pies no roza». Las cuatro cabezas del leopardo son los cuatro reyes persas que conoce la Biblia: Ciro (cf. *Esd* 1, 1-2.7-8: 3, 7), Asuero o Jerjes I (cf. *Esd* 4, 6), Artajerjes (cf. *Esd* 4, 7.11.23; 6, 14), y Darío III Codomano (cf. *Neh* 12, 22).

La cuarta bestia es la que más le interesa a Daniel. Para destacar su total repugnancia, Daniel, cuando hace aparecer la bestia, repite la expresión «en la visión nocturna». Esta bestia difería de todas las demás; era mucho peor. No se la podía comparar con ningún animal conocido en la tierra: era «terrible, espantosa, extraordinariamente fuerte. Tenía enormes dientes de hierro; comía y trituraba, y aplastaba las sobras con sus patas» (7, 7. Esta bestia repulsiva es un símbolo que se ajusta bien al reino griego o helenístico de los seléucidas y al que estaban sujetos el autor y sus primeros lectores. El rasgo más llamativo de este monstruo es que tenía diez cuernos, que ninguna bestia natural posee. Más adelante se le dirá a Daniel que estos cuerpos representan a diez reyes (cf. 7, 24).

Mientras Daniel observaba, despuntó un cuerpo pequeño de en medio de los diez cuernos, y tres de los cuernos anteriores fueron arrancados de un tirón para hacerle espacio. El «cuerno pequeño» es la expresión despectiva del autor para referirse a Antíoco IV Epífanes, el peor de los reyes seléucidas para los judíos. De hecho, para subir al poder, Antíoco tuvo que derribar a varios pretendientes reales más. Este cuerno tenía ojos humanos, pero una boca que hablaba arrogantemente: históricamente, ésta es una descripción exacta de Antíoco. La insolencia y la soberbia arrogante caracterizaban a este tirano. Como indiqué en los capítulos anteriores, Antíoco se dio el nombre de Epífanes (que significa «[dios] manifiesto») y obligó a otros a honrarlo como dios. En sus últimos años se superó a sí mismo en arrogancia y se hizo representar en las monedas como Zeus Olímpico, el dios principal del panteón griego, soberano de los cielos y padre de los demás dioses y de los héroes mortales. En Antíoco IV las fuerzas del caos y del mal alcanzan su ápice.

La visión de Dios

Daniel vio a continuación algo absolutamente asombroso. La narración, hasta este momento, ha sido en prosa sencilla. Pero ahora el texto de 7, 9-10 se vuelve poesía. Este pasaje, lo mismo que 7, 13-14 y 23-27, son «rapsodias poéticas», como las llama J. A. Montgomery. Daniel presencia la majestuosa visión de Dios, el cual aparece en agudo contraste con los horribles monstruos que emergen del caos violento. Se estaban colocando unos tronos, y «un anciano de día se sentó». Esta escena es reminiscencia de *1 Re* 22, 19: «He visto a JHWH sentado en su trono, y todo el ejército de los cielos estaba de pie

junto a él, a su derecha y a su izquierda». La morada de Dios se describe como serena y deslumbrante, en oposición al desorden de las bestias.

Dios, el anciano, lleva un vestido resplandeciente como la nieve; la blancura simboliza la inocencia. Su cabello blanco representa su experiencia como Señor del universo. La descripción del trono, que tiene «llamas de fuego» y cuyas «ruedas eran ascua encendida», deriva de las visiones exóticas de *Ez* 1, 4-28 y 10, 2-23. En la Biblia, el fuego es signo de una teofanía (cf. Ex 24, 17; *Dt* 4, 24; 9, 3) y de castigo divino (cf. *Sal* 50, 3; 97, 3-4; *Ap* 20, 14). En 7, 9-10 se menciona el fuego tres veces; la triple repetición indica la naturaleza superlativa de esta teofanía y escena de juicio. Incontables miles y miríadas sirven en amorosa adoración ante el trono de Dios (cf. *Dt* 33, 3; *1 Re* 22, 19; *Is* 6, 1-3). La imagen esotérica de esta escena da a entender la imponente majestad y el supremo poder del Señor que ejerce su imperio sobre los ingobernables reinos de las bestias.

La corte celestial

Se convoca la corte y se abren los libros. En la Biblia se habla de diferentes clases de libros. En un libro están registradas las buenas y malas acciones de los seres humanos (cf. *Éx* 32, 32-33; *Is* 65, 6-7; *Sal* 139, 16). Otro es «el libro de la vida» (cf. *Sal* 69, 29; *Ap* 3, 5; 13, 8; 17, 8). «Vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante el trono, y fueron abiertos los libros. Y fue abierto otro libro, que es el de la vida; y se juzgó a los muertos de lo que estaba escrito en los libros, según sus obras. El mar dio los muertos que en él estaban; y la muerte y el Hades dieron los muertos que en ellos estaban; y se juzgó a cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades

fueron precipitados en el lago de fuego. Ésta es la segunda muerte: el lago de fuego. Y cuantos no se hallaron inscritos en el libro de la vida fueron precipitados en el lago de fuego» (*Ap* 20, 12-15). Antíoco IV, el abominable cuerno pequeño que hablaba palabras arrogantes, es arrojado en el fuego junto con el resto de las cuatro bestias que simbolizaban toda la dinastía seléucida (cf. 7, 11). A las otras tres bestias –los reinos de los babilonios, medos y persas– se les otorgó un plazo «hasta un tiempo y un momento determinados» (7, 12). La razón probable es que pueden convertirse en estados de nuevo hasta que el reino de Dios se establezca para incluirlos también a ellos (cf. *Is* 14, 1-2; 49, 22-23; *Tob* 13, 11). Pero volveremos a ver a Antíoco IV. Reaparece más adelante en este capítulo para «hacer la guerra a los santos» y por un momento sale victorioso hasta que el Altísimo pronuncia el juicio final sobre él (cf. 7, 21-27).

La figura de apariencia humana

En la escena aparece a continuación la misteriosa figura de apariencia humana. El texto se traduce habitualmente «uno, como un hijo de hombre», pero esta traducción es errónea. El arameo simplemente dice «uno, como un ser humano». La misteriosa figura aparece «con las nubes del cielo». Al llegar hasta el anciano, «se le dieron dominio, gloria e imperio; y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su dominio es un dominio eterno que no pasará, y su reino es un reino que no perecerá» (7, 14). El personaje semejante a un ser humano no se ha de entender como el Mesías, aunque Jesús se refirió a sí mismo frecuentemente como «el hijo del hombre». La misteriosa figura es un ser humano en contraste

con los reinos paganos que son retratados como bestias. A diferencia de las bestias que emergen de las aguas caóticas y son destruidas, el personaje de apariencia humana aparece con las nubes del cielo, el ámbito de Dios mismo, y participa de la realeza divina.

La pista sobre la identidad de esta figura de apariencia humana se da más adelante en este mismo capítulo. Es el símbolo «del pueblo de los santos del Altísimo» que recibe «el reino y el dominio y la grandeza de los reinos bajo el cielo» (7, 27). Se trata de los hombres, mujeres y niños que han permanecido firmes en su observancia de la fe y las prácticas judías durante la persecución de Antíoco IV, en la que muchos fueron martirizados. Estos santos serán vengados y se les dará el dominio eterno y el reino que las bestias depravadas habían pretendido para ellas.

En la apocalíptica de este capítulo, la escatología («tiempo del fin») corresponde a la protología («tiempo del comienzo»). Muchas expresiones que se usan en ambas son idénticas. Al comienzo, cuando Dios hizo los cielos y la tierra, la profundidad caótica y las tinieblas fueron sometidas por el espíritu de Dios que se cernía sobre las aguas. Dios pronunció entonces su poderosa palabra para crear la luz, que él declaró buena (cf. *Gén* 1, 1-3). En *Gén* 1, 26-28, Dios hizo a los seres humanos a su imagen y semejanza y les dio el dominio sobre los peces del mar, las aves del cielo, el ganado, todas las bestias salvajes y todas las criaturas que reptan por la tierra. En *Dan* 7, los cuatro vientos agitaron el gran mar del caos primordial y emergieron cuatro bestias inmensas. Por su perversidad e insolencia, Dios pronuncia el juicio sobre ellas y las condena a la destrucción. Dios concede entonces el reino y el poder a los santos del Altísimo, y devuelve así a sus fieles lo que les había otorgado al comienzo de la creación.

La encarnación del Hijo de Dios está íntimamente conectada con la doctrina de la creación (cf. *Gén* 1). «Al principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba al principio junto a Dios. Todo llegó a ser por medio de ella; y sin ella nada se hizo de cuanto fue hecho. En ella estaba la vida, y esta vida era la luz de los hombres» (*Jn* 1, 1-4). La creación, la encarnación y la redención confluyen en Cristo. El caos y sus secuaces ya no ejercen ningún poder. El Señor impera. Una verdad consoladora especialmente cuando reina en nosotros la inquietud.

XV

«SE HIZO JUSTICIA A LOS SANTOS DEL ALTÍSIMO»
(Dan 7, 19-28)

[19]Después quise saber la verdad acerca de la cuarta bestia, que era distinta de todas las demás, extraordinariamente terrible, que tenía dientes de hierro y uñas de bronce; que comía y trituraba, y luego aplastaba las sobras con sus patas; [20]y acerca de los diez cuernos de su cabeza, y del otro que despuntaba, ante el cual habían caído los tres primeros, aquel que tenía ojos y una boca que decía grandes cosas y cuya apariencia era mayor que la de sus compañeros.
[21]Estaba yo observando y de pronto vi que este cuerno hacía la guerra a los santos y los vencía, [22]hasta que vino el anciano y se hizo justicia a los santos del Altísimo, y llegó el tiempo en que los santos tomaron posesión del reino.
[23]Dijo así: La cuarta bestia será un cuarto reino que habrá en la tierra, distinto de todos los reinos. Devorará toda la tierra, la aplastará y la triturará. [24]Y los diez cuernos serán diez reyes de este reino que surgirán, y después de ellos se alzará otro; que será distinto de los anteriores y derribará a los

tres reyes. [25]Proferirá palabras contra el Altísimo,
y a los santos del Altísimo los hará perecer, e in-
tentará cambiar los tiempos y la ley. Los santos
serán entregados en sus manos por un tiempo, dos
tiempos y medio tiempo. [26]Pero se celebrará el jui-
cio y en él le será quitado su dominio, para que
sea destruido y aniquilado del todo. [27]El reino y el
dominio y la grandeza de los reinos bajo el cielo
serán dados al pueblo de los santos del Altísimo.
Su reino es un reino eterno, y todos los imperios
le servirán y le obedecerán. [28]Hasta aquí el rela-
to. Yo, Daniel, quedé horrorizado de mis pensa-
mientos, palidecí y guardé la cosa en mi corazón.

Daniel y los lectores originarios del libro estaban preocupados sobre todo por la cuarta bestia, «que era distinta de todas las demás, extraordinariamente terrible, que tenía dientes de hierro y uñas de bronce; que comía y trituraba, y luego aplastaba las sobras con sus patas» (7, 19). Sin embargo, lo que aterraba a Daniel más que nada eran los poderosos cuernos que la bestia tenía en la cabeza. Los «diez cuernos» y, de estos diez, los «tres cuernos» que cayeron delante de otro que despuntó, mencionados en 7, 8.20, son diez contemporáneos de Antíoco IV Epífanes. Este tirano era el cuerno «que tenía ojos y una boca que decía grandes cosas y cuya apariencia era mayor que la de sus compañeros» (7, 20). El «cuerno pequeño» (7, 8) es el símbolo de Antíoco IV. En 7, 20 «el cuerno» y en 7, 24 el otro cuerno se refieren también al mismo rey. Fue Antíoco IV el que hizo la vida desdichada a los judíos fieles de los tiempos de nuestro autor.

Antíoco IV, el cuerno pequeño

En su visión nocturna, Daniel ve que Antíoco «hacía la guerra a los santos y los vencía» (7, 21).

Pero Antíoco fue vencedor sólo por breve tiempo, «hasta que vino el anciano» (7, 22). Dios no permitirá que la perversidad quede impune. Naturalmente, desconocemos el plazo de Dios para poner las cosas en su sitio. Pero la venganza del inocente y la retribución del culpable vendrá sin duda alguna, en el tiempo propio de Dios. El anciano, Dios mismo, pronuncia el juicio en favor de «los santos del Altísimo», los judíos leales que observaron la ley incluso con riesgo de sus vidas. Son estos judíos los que poseerán el reino (cf. 7, 22). En 7, 21-22 anticipa el autor la explicación más cabal de la cuarta bestia y sus cuernos, que se ofrece en 7, 23-27.

Puesto que Daniel «quiso saber la verdad acerca de la cuarta bestia» (7, 19), uno de los ángeles que sirven junto al trono de Dios le proporciona ahora una respuesta detallada (cf. 7, 23-27). La cuarta bestia es el reino griego o helenista. Desde el punto de vista de los judíos que vivían como un pueblo sometido y sin poder político o militar significativo, este reino, fundado por Alejandro Magno, parecía devorar toda la tierra, aplastarla y triturarla (cf. 7, 23). Alejandro había conquistado gran parte del mundo entonces conocido. Sin embargo, el interés principal de Daniel no está en los «diez cuernos», o reyes del reino griego, sino en el «cuerno pequeño» (7, 8) u «otro [cuerno]» (7, 24) que se alza después de ellos: Antíoco IV cuya perversidad se describe también en Daniel 8, 9-12, donde se le llama asimismo «un cuerno pequeño», y en 9, 26-27 así como en 11, 21-45, donde se le describe como un «hombre despreciable».

Lo que se resume brevemente en 7, 25 viene referido con detalle en *1 Mac* 1, 10-63, *2 Mac* 5, 23 - 6, 11, y Flavio Josefo, *Antigüedad judaica* XII, 5, 4. Antíoco IV, que comenzó su gobierno el año 175 a. C., fue implacable en su política de helenización de

la Tierra Santa. Muchos judíos secundaron esta política con el fin de ascender social y económicamente. En Jerusalén construyeron un gimnasio, que era un símbolo griego y centro de la vida atlética e intelectual. Algunos judíos llegaron incluso a someterse a intervenciones quirúrgicas para eliminar todo indicio de su circuncisión. La razón de esta dolorosa operación era evitar el ridículo, pues en el gimnasio los hombres iban desnudos cuando participaban en los deportes. Estos judíos abandonaron completamente la alianza de sus antepasados y «se vendieron para hacer el mal».

Pero lo peor estaba todavía por llegar. En el año 169 a. C. Antíoco IV profanó el templo de Jerusalén, tomando como botín el altar de oro, el candelabro, la mesa de las ofrendas y sus utensilios, los incensarios de oro y otros objetos sagrados. Prohibió la ofrenda de holocaustos, sacrificios y libaciones en el templo. Ordenó que la gente profanara el sábado y los días festivos. Construyó incluso altares, templos y santuarios paganos en la Tierra Santa, sacrificando cerdos y otros animales impuros. Prohibió la circuncisión. Su intención era que los judíos desoyeran la ley de Moisés. Por estos edictos contra la religión judía muchos abandonaron su fe.

Antíoco perpetró su última infamia a comienzos de diciembre del año 167 a. C., cuando erigió «la abominación de la desolación» (*1 Mac* 1, 54) en el templo de Jerusalén. La abominación era una estatua de Zeus Olímpico que Antíoco colocó justamente sobre el gran altar de los holocaustos. Este altar blasfemo es «la iniquidad desoladora» o «la abominación de la desolación» de *Dan* 8, 13; 9, 27; 11, 31; 12, 11. «El templo se vio lleno de desenfreno y de orgías por parte de los gentiles, que se solazaban con meretrices y tenían comercio con mujeres en el interior de los atrios sagrados, y además introducían allí cosas

prohibidas. El altar mismo estaba lleno de cosas ilícitas, execradas por las leyes» (*2 Mac* 6, 4-5). Más aún, rollos que contenían la ley fueron rotos y quemados. Las mujeres que habían circuncidado a sus hijos fueron ejecutadas con los niños colgando de sus cuellos; se mató también a sus familias. «Sin embargo, muchos en Israel se mantuvieron firmes y tuvieron valor para no comer cosa impura. Prefirieron la muerte antes que contaminarse con los alimentos y profanar la alianza santa. Así murieron. Grande fue la cólera que se desató sobre Israel» (*1 Mac* 1, 62-64).

La persecución de los judíos duraría «un año, dos años y medio año», o como afirma literalmente el texto arameo, «por un tiempo, dos tiempos y medio tiempo» (7, 25), o un total de tres años y medio. Este número, como otros números del libro, es primariamente simbólico. Siete, como hemos señalado varias veces más arriba, es el número que simboliza la perfección. Así, la mitad de siete, o tres y medio, simboliza la imperfección misma. Aquí, sin embargo, el período de tres años y medio corresponde aproximadamente a la duración de la persecución de Antíoco IV, que comenzó con toda su fuerza con la profanación del templo el 6 de diciembre del año 167 a. C. (*1 Mac* 1, 54) y acabó el 14 de diciembre del año 164 a. C. cuando Judas Macabeo reconquistó Jerusalén y purificó el templo (*1 Mac* 4, 52). En 8, 14, se indica la duración de 1.150 días.

Antíoco recibe el juicio de Dios

El tiempo de que Antíoco fuera juzgado había llegado finalmente. En presencia del anciano, se dicta la sentencia: «le será quitado su dominio, para que sea destruido y aniquilado del todo» (7, 26). Se tra-

ta de una referencia a la muerte de Antíoco IV. Su fallecimiento se produjo de este modo. Antíoco se hallaba habitualmente falto de dinero por su estilo lujoso de vida y sus ambiciosos programas de helenización. Así, «mientras recorría las provincias superiores, se enteró de que había en Persia una ciudad, Elymaida, famosa por sus riquezas en plata y oro, y que el templo que tenía era inmensamente rico. En él había armaduras de oro, corazas y armas dejadas allí por Alejandro, hijo de Filipo, rey de Macedonia, que fue el primero que reinó sobre los griegos. Llegado allí, pretendió apoderarse de la ciudad para saquearla; pero no lo consiguió, porque los habitantes de la ciudad, al tener conocimiento de ello, se levantaron contra él en armas, y tuvo que huir y retirarse de allí con harta pena para volverse a Babilonia» (*1 Mac* 6, 1-4). Pero nunca llegó a Babilonia. Se retiró a Tebas, cerca de Isfahan, en Persia, donde le sobrevino una misteriosa enfermedad. «Cuando el rey oyó estas noticias, quedó consternado y profundamente impresionado, hasta el punto de caer en cama y de enfermar de tristeza, porque no le habían sucedido las cosas como él quería. Muchos días quedó allí, porque se le redobló su inmensa tristeza y pensó que se iba a morir» (*1 Mac* 6, 8-9). Entre el 20 de noviembre y el 19 de diciembre del año 164 a. C. murió Antíoco «de inmensa tristeza en tierra extraña» (*1 Mac* 6, 13).

El reino eterno del Altísimo

Por su fidelidad a la alianza, «el pueblo de los santos del Altísimo» recibió «el reino y el dominio y la grandeza de los reinos bajo el cielo». Los judíos leales participan en el reino del Altísimo. A diferencia de todos los reinos de la tierra, que apare-

cen y desaparecen, el reino de Dios «es un reino eterno y todos los imperios le servirán y le obedecerán» (7, 27). Daniel, naturalmente, quedó «horrorizado» por la visión que había tenido, y su cara «palideció». Pero él «guardó la cosa en su corazón» (7, 28). Éste es un recurso típico de la literatura apocalíptica. Las predicciones de los acontecimientos futuros se presentan como si hubieran sido registradas en un documento secreto mucho antes de que los acontecimientos se cumplan. El documento se da a conocer cuando las predicciones registradas en él están a punto de cumplirse. El documento que contiene la visión del capítulo 7 se revelaría a los lectores a su debido tiempo, cuando se publicara el Libro de Daniel. La revelación del número de reyes paganos y sus imperios malvados se describe como hecha a Daniel «en el año primero de Baltasar, rey de Babilonia» (7, 1). Pero la revelación no es publicada hasta después de la muerte de Antíoco IV, unos cuatro siglos después de Baltasar. El propósito de esta técnica apocalíptica, que al lector contemporáneo le puede parecer peculiar, no es engañar a los creyentes de entonces o actuales, sino más bien alentar la fe de los lectores originales, que comprendían las razones del autor. El autor emplea el recurso literario de las «profecías después del acontecimiento» respecto a los cuatro reinos y sus gobernantes como un simple medio para reforzar las predicciones y revelaciones genuinas del libro. El autor asegura a sus lectores que Dios vendrá a su tiempo para salvar a su pueblo fiel y darle un reino eterno.

El reino de Dios inaugurado por Jesús

Este reino se promete sólo a los judíos fieles, para los que se compuso originalmente el Libro de Da-

niel. Sin embargo, como cristianos, podemos ver en esta promesa un anticipo del reino de Dios que Jesús inauguró e hizo accesible a todos los pueblos de todos los tiempos y lugares que lo aceptan como Señor. La pertenencia a la raza o al pueblo elegidos no es la base para constituirse en miembro suyo, sino ser bautizado y vivir una fe obediente en Jesús como Señor. El reino de Dios no concierne solamente al futuro, sino también al presente. No se refiere sólo al perdón y a la salvación personal, sino también al compromiso en un mundo caótico que deja poco espacio a Dios. Los miembros del reino son llamados a identificar y a erradicar el mal existente en la sociedad y a trabajar intensamente por la justicia y la paz, especialmente en el Tercer Mundo. Aunque el reino de Dios es puro don, es un don que los creyentes han de emplear vigorosamente para que «toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre» (*Flp* 2, 11).

Algunas reflexiones

¿Puede hablar a los cristianos de nuestro tiempo alguna de las exóticas imágenes halladas en Daniel 7? Los cuatro reinos paganos, presentados por el autor como inmensas bestias, aparecen y desaparecen, y caen en el olvido general. Pero las bestias de la arrogancia y la avidez, de la sensualidad y la impiedad, siguen estando muy vivas. Estas bestias, como el oso de la visión de Daniel, tiene también poder para «devorar carne en abundancia» (7, 5). No sólo nuestra juventud, sino también muchos adultos, aspiran hoy a encontrar sentido a sus vidas. Pero sin una orientación moral se sienten perdidos, a la deriva en un mar caótico de sensualidad y consumismo, de vacío y desesperación. Lo atestigua el incremento de crí-

menes violentos, la promiscuidad sexual, el abuso de las drogas y el alcohol, la infidelidad matrimonial, los hogares rotos, el maltrato a los niños. Para hacerse una idea del nivel de depravación que se vende con engaños a la sociedad actual no hay más que escuchar las letras obscenas y degradantes de las canciones y ver las indecentes evoluciones de los cantantes vestidos indecorosamente en la televisión. Los valores y objetivos de una sociedad pagana no pueden satisfacer las más profundas aspiraciones del corazón. La sociedad nos enseña el amor al poder. Jesús nos enseña el poder del amor (cf. *Jn* 15, 9-17). La sociedad nos enseña a manejar al prójimo. Jesús nos enseña a ponernos al servicio del prójimo, especialmente los hambrientos y sin hogar (cf. *Mt* 25, 31-40). La sociedad nos enseña que para tener éxito hay que ganar más y gastar más y aferrarnos a lo que tenemos. Jesús nos enseña que para entrar en el reino de Dios debemos desprendernos y dar lo que tenemos a los pobres (cf. *Mt* 19, 21). Los valores de Jesús contradicen los valores de la sociedad contemporánea, oriental y occidental. Por eso nuestra sociedad se niega a escuchar las exigencias del amor y del vivir cristianos. Para quien tenga ojos para ver y oídos para oir, las consecuencias nefastas son evidentes.

Incluso las Iglesias tienen su parte de responsabilidad en la bancarrota moral de la sociedad contemporánea. La predicación actual intenta a menudo agradar más que desafiar, consolar a los ricos más que aguijonear sus conciencias. Como dijo uno en cierta ocasión: «Una predicación debería confortar a los afligidos y afligir a los acomodados». En el sermón de la montaña, Jesús explica clara y detalladamente las exigencias del reino de Dios, un reino que rebasa con mucho el prometido a los fieles judíos en *Dan* 7.

«Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (*Mt* 5, 3).

Nuestra sociedad no le tiene ninguna simpatía a la pobreza voluntaria; al contrario, glorifica a los ricos. «Bienaventurados los sufridos» (*Mt* 5, 5). Nuestra sociedad exalta el poder y la posición social. «Bienaventurados los misericordiosos» (*Mt* 5, 7). Nuestra sociedad idolatra a los despiadados que aventajan a los demás a cualquier precio. «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (*Mt* 5, 8). Nuestra sociedad incita la satisfacción sexual sin responsabilidad. «Bienaventurados los que practican la paz, porque [ellos] serán hijos de Dios» (*Mt* 5, 9). Nuestra sociedad recompensa a los traficantes de armas. Martin Luther King Jr., que obtuvo el premio Nobel de la Paz en 1964, dijo en abril de 1967, un año antes de que lo asesinaran: «Un país que año tras año gasta más dinero en programas militares que en programas para elevar el nivel social se acerca a la muerte espiritual». «Bienaventurados los perseguidos por atenerse a lo que es justo, porque de ellos es el reino de los cielos» (*Mt* 5, 10). Nuestra sociedad promete un «reino» sin responsabilidad moral, pero que deja mal sabor de boca. Pablo nos dice francamente: «¿O es que no sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? ¡No os engañéis! Ni lujuriosos, ni idólatras, ni adúlteros, ni afeminados, ni homosexuales, ni ladrones, ni avaros, ni borrachos, ni calumniadores, ni salteadores heredarán el reino de Dios» (*1 Cor* 6, 9-10).

XVI

«ESTABA YO MIRANDO DURANTE LA VISIÓN, Y ME PARECIÓ HALLARME EN SUSA, LA FORTALEZA»
(Dan 8, 1-27)

[1]*En el año tercero del reinado de Baltasar, yo, Daniel, tuve una visión después de aquella que había tenido anteriormente.* [2]*Estaba yo mirando durante la visión, y me pareció hallarme en Susa, la fortaleza, situada en la provincia de Elam. Advertí en la visión que me encontraba a la orilla del Ulay.*
[3]*Alcé los ojos y miré, y he aquí que un carnero estaba delante del río. Tenía dos cuernos, y esos dos cuernos eran altos; pero uno era más alto que otro, y el más alto había despuntado el último.* [4]*Vi al carnero dando cornadas al oeste, al norte y al sur. Ningún animal podía resistirle y nadie podía librarse de su poder. Actuaba a su capricho y así se hizo grande.*
[5]*Estaba yo intentando comprender, cuando de pronto vino del occidente un macho cabrío que iba recorriendo toda la superficie de la tierra sin tocar el suelo. El macho cabrío tenía un cuerno bien visible entre los ojos.* [6]*Se dirigió hacia el carnero de*

los dos cuernos que yo había visto plantado junto al río, y corrió hacia él con toda la furia de su fuerza. [7]Vi que se acercó al carnero y que se encolerizó contra él. Embistió al carnero y le rompió los dos cuernos; y sin que el carnero tuviera fuerza para resistirle, lo arrojó en tierra y lo pisoteó, y no hubo nadie que librara al carnero de aquel ataque. [8]El macho cabrío creció mucho; pero cuando llegó a ser poderoso, se le rompió el gran cuerno y, en su lugar, le salieron cuatro cuernos considerables en dirección a los cuatro vientos del cielo.

[9]De uno de ellos salió un cuerno pequeño, que creció mucho hacia el sur, hacia el oriente y hacia el país de la magnificencia. [10]Creció hasta el ejército del cielo y echó por tierra parte de este ejército y de las estrellas, y los pisoteó. [11]Se elevó hasta el mismo jefe de este ejército y le quitó el sacrificio perpetuo. Destrozó el fundamento de su santuario, [12]y su ejército. Sobre el sacrificio perpetuo fue colocada la iniquidad y derribada por tierra la verdad. Actuó así y tuvo éxito.

[13]Luego oí hablar a un santo, y otro santo dijo al que hablaba: ¿Hasta cuándo durará la visión: el sacrificio perpetuo abolido, la iniquidad desoladora, el santuario y el ejército pisoteados? [14]Él le respondió: Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas. Entonces será purificado el santuario.

[15]Mientras yo, Daniel, contemplaba la visión y trataba de comprenderla, vi, de pie, junto a mí, a uno que tenía figura de hombre, [16]y oí una voz de hombre en medio del Ulay que gritaba y decía: Gabriel, explícale a éste la visión. [17]Vino hacia donde yo estaba y, al llegar, quedé aterrorizado y caí rostro en tierra. Él me dijo: Comprende, hijo de hombre; la visión es para el tiempo del fin. [18]Mientras él hablaba conmigo, me desmayé y caí

rostro en tierra. Él me tocó y me puso de pie en
el lugar donde me hallaba.
[19]Después dijo: Mira, voy a darte a conocer lo que
sucederá al final de la cólera; porque el fin está
prefijado. [20]El carnero de los dos cuernos que viste
son los reyes de Media y de Persia. [21]El macho ca-
brío es el rey de Grecia, y el gran cuerno que
había entre sus ojos es el primer rey. [22]El cuerno
roto y los cuatro cuernos que salieron en su lugar
son cuatro reinos que surgirán de su nación, pero
no tendrán poder.
[23]Al final de sus reinos, colmada la medida de sus
pecados, surgirá un rey insolente y hábil en intri-
gas. [24]Será grande su poder, pero no por su fuer-
za misma; causará grandes ruinas, prosperará en
todo lo que emprenda, exterminará a los podero-
sos y al pueblo de los santos. [25]Y por su inteli-
gencia prosperará el fraude en su mano, se ensal-
zará en su corazón, aniquilará a muchos con en-
gaño, se alzará contra el príncipe de los príncipes,
pero será quebrantado, y no por mano de hom-
bre. [26]La visión de las tardes y de las mañanas
que ha sido expuesta, es verdadera. Pero tú guar-
da en secreto la visión, pues es para días lejanos.
[27]Yo, Daniel, caí desfallecido y estuve enfermo va-
rios días. Después me levanté y despaché los asun-
tos del rey. Estaba asombrado de la visión, sin
haber quien la pudiera comprender.

El presente capítulo, como los capítulos 1 y 9-12, está escrito en hebreo. La parte aramea del libro comenzó en 2, 4 y concluyó al final del capítulo 7. Es probable que las partes hebreas hayan sido traducidas de un original arameo. Esto explicaría la calidad literaria algo inferior de los capítulos 8-12. Las imágenes animales, introducidas por primera vez en el capítulo 7, continúan aquí. De hecho, al afirmar «tuve una vi-

sión después de aquella que había tenido anteriormente» (8, 1), el autor conectó deliberadamente este capítulo con el anterior. Es presente capítulo tiene gran importancia para la interpretación del libro, pues proporciona la prueba más clara respecto a la identidad de los tres reinos, medo, persa y griego, que, como se refiere en los capítulos 2 y 7, siguen al babilonio.

El carnero y el macho cabrío

En el presente capítulo tiene Daniel otra visión, cuyo significado es similar en muchos aspectos al del capítulo 7. La visión, como la anterior que tiene lugar «en el año primero de Baltasar» (7, 1), se produce durante el reinado del mismo monarca, pero en su tercer año. Sin embargo, la escena no es tan aterradora como la anterior. Los cuernos representan un papel prominente en ambos capítulos. La razón es clara. El cuerno es un símbolo natural del poder y la fuerza, pues en el reino animal los cuernos son armas defensivas y ofensivas. El macho dominante de un rebaño se sirve de sus cuernos para rechazar a todo contrincante. A menudo sobrevienen combates furiosos, incluso hasta la muerte del animal más débil.

La astrología de aquella época y de la actual

Es interesante que el carnero y el macho cabrío sean también signos del zodíaco. La constelación Aries (palabra latina que significa «carnero»), que se encuentra junto a Taurus y Piscis en el hemisferio norte, representa al carnero. Se creía que Aries, el primer signo del zodíaco, protegía el imperio medo-persa. La constelación Capricornio (derivada de las palabras latinas que significan «cabra» y «cuerno»), que se halla

junto a Acuario y Sagitario en la región ecuatorial del hemisferio sur, representa al macho cabrío. Se creía que Capricornio, el décimo signo del zodíaco, era el guardián de Grecia. Se pensaba que estas dos constelaciones y las otras diez que comprenden el zodíaco determinan los destinos de los seres humanos. Muchos antiguos organizaban sus vidas, sus esperanzas y sus batallas según cálculos astrológicos.

Es triste decir que las supersticiones difícilmente mueren. Para consternación de sus generales, Adolf Hitler solía recurrir al consejo de su astrólogo para trazar su estrategia durante la Segunda Guerra Mundial. Ronald Reagan tenía un astrólogo en California al que consultaba regularmente incluso cuando era presidente de los Estados Unidos. Hoy millones de personas miran las estrellas y consultan sus horóscopos para determinar la línea de acción que han de seguir. Muchos periódicos, incluidos los que, por lo demás, son serios, ofrecen el horóscopo del día. Es verdad que muchos leen el horóscopo como una curiosidad inofensiva. Pero todas las formas de astrología reflejan una creencia profundamente arraigada en que más allá de nosotros hay una fuerza misteriosa que determina nuestra vida. Sin embargo, la Biblia nos enseña que el único poder que hay «allá fuera» o «allá arriba» no está en las estrellas de los cielos, sino en el Único que «hizo la tierra con su poder, estableció el mundo con su sabiduría y extendió el cielo con su inteligencia» (*Jer* 10, 12).

La visión del carnero

En su visión, Daniel se vio transportado en espíritu desde Babilonia hasta «Susa, la fortaleza, situada en la provincia de Elam... a la orilla del Ulay» (8, 2). Esta fortaleza era el palacio de invierno de los reyes

medos y persas; estaba situada en el antiguo territorio de Elam, al este de Babilonia. En aquel tiempo el «río Ulay» era un canal que bordeaba el lado septentrional de Susa. El hecho de ser transportado a otro lugar en visión sucede también en *Ez* 8, 3 y 11, 1. Por 8, 20 nos enteramos de la identidad del carnero que «tenía dos cuernos, y esos dos cuernos eran altos, pero uno era más alto que el otro, y... había despuntado el último» (8, 3): se trata de «los reyes de Media y de Persia». El cuerno más alto pero que había despuntado el último es una referencia a Persia, que fue mucho más poderosa y prominente que Media, a la que suplantó. Ciro II el Grande (550-530 a. C.) unificó los reinos persa y medo el año 550 a. C.

Daniel «vio al carnero dando cornadas al oeste, al norte y al sur. Ningún animal podía resistirle... Actuaba a su capricho y así se hizo grande» (8, 4). Ésta es una descripción exacta del imperio persa en su apogeo. Al oriente, se extendió hasta la India; al norte, a la región del mar Caspio; al oeste, al continente de Europa, y al sur, a Egipto. Fue el imperio más grande que el mundo había conocido hasta aquel tiempo. Sólo con Artajerjes I (465-424 a. C.) comenzó el imperio persa a perder su poder. Sin embargo, siguió siendo una fuerza con la que había que contar hasta su último soberano, Darío II Codomano (335-331), que fue derrotado en batalla por el macedonio Alejandro III el Magno (336-323 a. C.).

El objeto o finalidad principal de los apocalipsis de los capítulos 2, 7, 8, 9 y 10-12 es que ningún reino terreno, ni siquiera uno tan poderoso como el imperio persa, resistirá mucho tiempo. Antes o después, vendrá otro soberano, ambicioso y hambriento de poder, y lo sustituirá. Así ha sucedido con todas las naciones e imperios a lo largo de la historia. Los tiempos más recientes han visto el fin del imperio británico, «sobre el que no se ponía el sol»,

y del imperio que había sido la Unión Soviética. Sería absurdo que las naciones poderosas actuales, tanto las del este como las del oeste, se atrevieran a creer que no se verán sometidas al mismo destino.

La visión del macho cabrío

El «macho cabrío» que «tenía un cuerno bien visible entre los ojos» y que «de pronto vino del occidente» (8, 5) es identificado en 8, 21 como «el rey de Grecia, y el gran cuerno que había entre sus ojos es el primer rey», Alejandro Magno. El simbolismo animal es aquí particularmente acertado. Pues un carnero, que representa a los reinos medo y persa, no puede resistir el ataque de un macho cabrío poderoso. Alejandro ha sido uno de los mayores caudillos militares de todos los tiempos. Sus victorias en el frente eran tan rápidas que el autor describe al general como uno que no toca el suelo. La feroz destrucción del «carnero de los dos cuernos» por Alejandro se describe gráficamente en 8, 6-7. Alejandro extendió su imperio, que fue más grande que el persa, en dirección al este hasta el río Indo. Allí se vio forzado a detenerse, no por un enemigo, sino –irónicamente– por sus propias tropas, que se negaron a seguir adelante. Pero incluso al macho cabrío dotado de un prominente cuerno, que «creció mucho», se le rompió el cuerno «cuando llegó a ser poderoso» (8, 8). Ésta es una referencia inequívoca a la muerte prematura de Alejandro. Fue derribado por una fiebre y murió en Babilonia a la edad de treinta y tres años. Un oportuno recordatorio de que el *adagio* según el cual «la fuerza hace el derecho» es falso. Más aún, las grandes realizaciones del pasado no garantizan un éxito continuado. El Señor de la historia sigue ocupándose de los asuntos humanos.

En lugar de Alejandro, «el gran cuerno», crecieron otros cuatro cuernos en la cabeza del macho cabrío. Estos cuernos, que representan cuatro reinos, como informa 8, 22, miraban «en dirección a los cuatro vientos del cielo» (8, 8). Puede tratarse de una referencia a la división del imperio de Alejandro entre cuatro de sus generales. Casandro gobernó Macedonia y Grecia; Lisímaco, Tracia; Antígono, Asia Menor, Siria septentrional y la parte oriental del anterior imperio persa; y Ptolomeo, Siria meridional y Egipto. Pero es más probable la referencia a los cuatro puntos cardinales: norte, sur, este y oeste (cf. 11, 4).

Sin embargo, el interés de nuestro autor se centra exclusivamente en el «cuerno pequeño» (8, 9) que procedía de la dinastía seléucida siria. El cuerno pequeño es Antíoco IV Epífanes. El poder de este malvado «creció mucho hacia el sur» debido a su invasión de Egipto en 169 y en 168 a. C. (cf. *Dan* 11, 25-30; *1 Mac* 1, 16-19; *2 Mac* 5, 1-10), «hacia el Oriente» con el intento de invasión de Persia y Partia en 166 a. C. (cf. *1 Mac* 3, 27-37; 6, 1-4), y «hacia el país de la magnificencia» (8, 9), Palestina, cuando emprendió repetidos asaltos contra Jerusalén y otras ciudades (cf. *1 Mac* 1, 20-24; *2 Mac* 5, 11-21). Se describe con precisión a Antíoco como «insolente y hábil en intrigas», fuerte y poderoso, arrogante de corazón (cf. 8, 23-24).

El poder de Antíoco «creció hasta el ejército del cielo», echando por tierra «parte de este ejército y de las estrellas» (8, 10). El ejército del cielo se refiere habitualmente a las estrellas (cf. *Dt* 4, 19; *Jer* 31, 35). Pero aquí la referencia es al pueblo judío, pues Antíoco persiguió y ejecutó a muchos de sus miembros. A los judíos leales se los llama más ade-

lante «el pueblo santo», o «el pueblo de los santos» (cf. 8, 24). A estos judíos se los llama «los santos del Altísimo» en 7, 25. Antíoco «se elevó hasta el mismo jefe de este ejército» (8, 11), Dios mismo, al que se llama «el príncipe de los príncipes» en 8, 25. El tirano «quitó el sacrificio perpetuo» (8, 11) del templo de Jerusalén, sustituyéndolo con el sacrificio de cerdos y otros animales impuros (cf. *1 Mac* 1, 44-47), al que alude 8, 12.

Profanación del templo

El peor crimen de Antíoco fue la profanación del templo de Jerusalén erigiendo sobre el altar de los holocaustos la estatua de Zeus Olímpico. A este ídolo pagano se le llama «la iniquidad desoladora» en 8, 13 y la «abominación de la desolación» en *1 Mac* 1, 54 y *Dan* 9, 27; 11, 31; 12, 11. Cuando un santo, en este caso un ángel, preguntó cuánto duraría la abominación, la respuesta fue la siguiente: «Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas. Entonces será purificado el santuario» (8, 14). Se está haciendo referencia al número de sacrificios vespertinos y matutinos; por tanto, este número dividido por dos equivale a 1.150 días, algo más de tres años, o la cantidad de tiempo que la abominación permaneció en el templo: desde el 6 de diciembre del 167 a. C. hasta el 14 de diciembre del 164 a. C.

Gabriel explica la visión

Daniel, naturalmente, está desconcertado por la visión que acaba de tener. Entonces aparece uno con figura de hombre; es el ángel Gabriel. Otro ángel que habla con voz humana le dice a Gabriel que ex-

plique la visión a Daniel, el cual, como era de esperar ante la presencia angélica (cf. 10, 7-11), queda «aterrorizado» y cae «rostro en tierra». Gabriel explica que «la visión es para el tiempo del fin» (cf. 8, 15-17), el tiempo de la retribución. Él pasa a explicar el significado del carnero con dos cuernos y el macho cabrío con varios cuernos (cf. 8, 20-24), una explicación que hemos examinado más arriba. Ahora nos enteramos de lo que le va a suceder al traidor Antíoco IV, el «cuerno pequeño». Ha llegado el tiempo prefijado por Dios, como siempre sucederá. El ángel asegura a Daniel y a todos los lectores del libro que le llegará su fin a la perversidad humana y la arrogancia (cf. 8, 19).

Como Antíoco se alzó «contra el príncipe de los príncipes», Dios mismo, «será quebrantado, y no por mano de hombre» (8, 25). No era una mano humana la que abatió al malvado, sino la mano divina que también destruyó la estatua en 2, 34.45, y escribió la escritura sobre la pared en 5, 5. Se está aludiendo a la muerte del tirano en un país extranjero (cf. *1 Mac* 6, 1-16). En *2 Mac* se adorna y dramatiza el relato. «Se apoderó de él [Antíoco] un dolor de entrañas irremediable, con crueles tormentos interiores; y con toda justicia, pues él había torturado con muchos y raros suplicios las entrañas de los demás» (*2 Mac* 9, 5-6). «Un hervidero de gusanos salía del cuerpo de este impío; y estando aún con vida entre tormentos y dolores, se le caían a pedazos las carnes, que apestaban con su podredumbre a todo el ejército. Al que poco antes se imaginaba tocar las estrellas del cielo, nadie podía transportar ahora por lo fuerte de su insoportable fetidez» (*2 Mac* 9, 9-10). «Así este criminal y blasfemo, sufriendo los peores padecimientos, como él los había hecho padecer a otros, terminó su vida en tierra extranjera, en las montañas, con la muerte más miserable» (*2 Mac* 9, 28).

La complacencia con que el autor de *2 Mac* narra este relato puede no ser cristiana, pero lo esencial de su exposición sigue siendo válido: Dios no permitirá que el mal colosal de naciones o de individuos quede impune. Sin embargo, el calendario de la intervención divina permanece desconocido. El tiempo asignado a las naciones incluso más poderosas es limitado. Sus destinos no están escritos en las estrellas, pero están determinados por el Señor, en cuya presencia «las naciones son como nada, como nada y vacío son consideradas por él» (*Is* 40, 17). Al final de la revelación, Gabriel dice a Daniel que guarde la visión en secreto (cf. 8, 26), algo que Daniel decide hacer por su cuenta en la conclusión de la visión del capítulo 7.

Reflexiones sobre el reino de Dios

A pesar de la purificación y la nueva consagración del templo el 14 de diciembre del año 164 a. C. (cf. *1 Mac* 4, 52-54), el reino prometido en 7, 27 no había llegado todavía a los judíos. Fue la enseñanza de Jesús la que transformó la esperanza veterotestamentaria del reino de Dios. El reino no se instaurará por la fuerza de las armas, sino que será un don libre a los que se arrepientan y crean y reconozcan su necesidad de Dios. «Comenzó Jesús a predicar diciendo: "Convertíos; porque el reino de los cielos está cerca"» (*Mt* 4, 17). «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (*Mt* 5, 3). La justicia y la disposición a sufrir por él caracterizan a los miembros del reino. «Bienaventurados los perseguidos por atenerse a lo que es justo, porque de ellos es el reino de los cielos» (*Mt* 5, 10).

Hacer la voluntad de Dios con un servicio amoroso al prójimo es esencial; no basta la vana pala-

brería. «No todo el que me dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (*Mt* 7, 21). Sólo los que se hacen como niños y los humildes de corazón pueden entrar en el reino. No está abierto a los soberbios y a los poderosos que no experimentan necesidad alguna de Dios. «Os aseguro que quien no recibe como un niño el reino de Dios, no entrará en él» (*Mc* 10, 15). Los ricos que se creen autosuficientes tendrán problemas. «Porque es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios» (*Lc* 18, 25).

El reino de Dios está ya presente en las vidas de los creyentes, pero su plenitud están aún por llegar. «Interrogado por los fariseos sobre cuándo había de llegar el reino de Dios, Él [Jesús] les contestó: "El reino de Dios no ha de venir aparatosamente; ni se dirá: Míralo aquí, o allí. Porque mirad: el reino de Dios ya está en medio de vosotros"» (*Lc* 17, 20-21). El reino exige un justo orden de prioridades: «Que el reino de Dios no consiste en tal clase de comida o de bebida, sino en justicia y paz y alegría en el Espíritu Santo» (*Rom* 14, 17).

Los cristianos pueden recibir esperanza de la lectura del Libro de Daniel. Existe realmente el tiempo «prefijado» por el designio de Dios, el cual acabará con el mal. Cómo y cuándo tendrá lugar la intervención divina sólo Dios lo sabe. También desconocemos el tiempo de la segunda venida del Señor, la *parusía*. Lo afirma Jesús claramente: «En cuanto al día aquel o la hora, nadie lo sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre. Estad, pues, sobre aviso y velad; porque no sabéis cuándo será ese momento... Lo que a vosotros estoy diciendo, a todos se lo digo: Velad» (*Mc* 13, 32.33.37). Mientras permanecemos alerta y vigilantes, siempre fieles a las exigencias del reino de Dios, tendremos en mente

las palabras de Pablo: «Pues por fe caminamos, no por realidad vista» (*2 Cor* 5, 7). Encomendemos nuestras vidas a nuestro Padre amoroso, confiando en que a su debido tiempo se aclararán los misterios de la vida y de la muerte: «Ahora vemos mediante un espejo, borrosamente; entonces, cara a cara. Ahora conozco imperfectamente; entonces conoceré cabalmente, con la perfección con que fui conocido» (*1 Cor* 13, 12).

XVII

«GABRIEL, EL HOMBRE QUE YO HABÍA CONTEMPLADO EN VISIÓN AL PRINCIPIO, SE ACERCÓ A MÍ VOLANDO»
(Dan 9, 1-27)

[1]En el año primero de Darío, hijo de Asuero, de la raza de los medos, que había sido constituido rey del imperio de los caldeos, [2]en el primer año de su reinado, yo, Daniel, investigué en los libros el número de los años que, según la palabra de JHWH al profeta Jeremías, deberían pasar sobre la ruina de Jerusalén: setenta años. [3]Volví mi rostro al Señor para dirigirle oraciones y súplicas, en ayuno, saco y ceniza. [4]Oré a JHWH, mi Dios, e hice mi confesión diciendo: ¡Ah, Señor, el Dios grande y terrible que guarda la alianza y la misericordia con los que le aman y cumplen sus mandamientos! [5]Hemos pecado y cometido la iniquidad; hicimos el mal; nos hemos rebelado y apartado de tus mandamientos y ordenanzas; [6]no hemos escuchado a tus siervos los profetas, que hablaron en tu nombre a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo del país. [7]A ti, Señor, la justicia; a nosotros la vergüenza en el rostro, como sucede hoy a los hombres de Judá, a los habitantes de Jerusalén y a todo Israel, a los de cerca y a los de lejos,

en todos los países adonde los arrojaste por las in-
fidelidades que cometieron contra ti. [8]JHWH, a no-
sotros la vergüenza en el rostro, a nuestros reyes, a
nuestros príncipes y a nuestros padres, porque hemos
pecado contra ti. [9]Al Señor, nuestro Dios, la mise-
ricordia y el perdón, porque fuimos rebeldes contra
él, [10]y no escuchamos la voz de JHWH, nuestro Dios,
que nos mandaba caminar según las leyes que nos
dio por medio de sus siervos los profetas. [11]Todo Is-
rael transgredió la ley y se desvió, sin querer escu-
char tu voz. Por eso cayeron sobre nosotros las mal-
diciones y las imprecaciones, escritas en la ley de
Moisés, siervo de Dios, porque pecamos contra él.
[12]Cumplió las palabras que había pronunciado con-
tra nosotros y contra los jueces que nos juzgaron,
de que traería sobre nosotros una calamidad tan
grande que no habría otra igual bajo el cielo, como
fue la que se verificó en Jerusalén.
[13]Como está escrito en la ley de Moisés, cayó sobre
nosotros toda esta calamidad, y no aplacamos la
faz de JHWH, nuestro Dios, convirtiéndonos de
nuestras iniquidades y prestando atención a tu ver-
dad. [14]Vigiló JHWH sobre esta calamidad, y la volcó
sobre nosotros, porque JHWH, nuestro Dios, es justo
en todas las obras que hace; mas nosotros no es-
cuchamos su voz. [15]Ahora, pues, Señor, Dios nues-
tro, que sacaste a tu pueblo de la tierra de Egip-
to con mano fuerte y acreditaste tu nombre, como
hoy se ve, hemos pecado, hicimos el mal. [16]Señor,
por todas tus justicias, apártese, por favor, tu ira
y tu furor de Jerusalén, tu ciudad, tu santa mon-
taña; pues, por nuestros pecados y por las iniqui-
dades de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo
son el oprobio de todos los que nos rodean.
[17]Ahora, escucha, Dios nuestro, la oración de tu
siervo y sus súplicas, y haz brillar tu rostro sobre
tu santuario devastado, por amor de ti mismo,

Señor. [18]*Inclina tu oído, Dios mío, y escucha. Abre*
tus ojos y mira nuestras ruinas y la ciudad sobre
la cual se invoca tu nombre; pues no es por nues-
tras buenas obras por lo que te presentamos nues-
tras súplicas, sino por tus grandes misericordias.
[19]*¡Señor, escucha! ¡Señor, perdona! ¡Señor, atiende*
y obra! ¡No tardes, por amor de ti mismo, Dios
mío! Pues tu nombre es invocado sobre tu ciudad
y sobre tu pueblo.
[20]*Estaba yo aún hablando, orando, confesando mi*
pecado y el pecado de mi pueblo Israel, y presen-
tando mi súplica a JHWH, mi Dios, por su santa
montaña; [21]*todavía estaba yo diciendo mi oración,*
cuando Gabriel, el hombre que yo había contem-
plado en visión al principio, se acercó a mí vo-
lando, a la hora de la ofrenda de la tarde.
[22]*Vino, me habló y me dijo: Daniel, he salido ahora*
para hacerte comprender.
[23]*Al comenzar tus súplicas, fue proferida una orden,*
y yo he venido a revelártela, porque eres el pre-
dilecto. Fija tu atención en esta orden y compren-
de la visión.
[24]*Setenta semanas están decretadas*
sobre tu pueblo y tu ciudad santa,
para poner fin a la transgresión,
para sellar el pecado,
para expiar la iniquidad,
para traer la eterna justicia,
para sellar la visión y el profeta,
para ungir al santo de los santos.
[25]*Advierte, pues, y entiende:*
Desde la salida de esta orden
para la reconstrucción de Jerusalén
hasta el príncipe ungido habrá siete semanas
y sesenta y dos semanas;
plaza y foso serán reconstruidos,
pero tiempo de angustia será éste.

[26]Y después de las sesenta y dos semanas
será muerto el ungido, y nada le quedará.
La ciudad y el santuario
serán destruidos por el pueblo de un príncipe que ha de venir.
Su fin será como una inundación,
y hasta el fin de la guerra están decretadas las devastaciones.
[27]Él concertará una alianza con muchos
durante una semana;
y en la mitad de la semana
cesará el sacrificio y la oblación.
Y sobre el ala del templo estará la abominación de la desolación,
hasta que la ruina decretada caiga sobre el devastador.

Desde el mismo comienzo advertimos que este capítulo es diferente de los dos precedentes y del apocalipsis final (10, 1 - 12, 13). Aquí no hay ninguna visión que venga seguida de una interpretación. En cambio, encontramos a Daniel intentando comprender los «setenta años» de los que habló Jeremías respecto a la restauración de Jerusalén después de su destrucción por los babilonios el año 587 a. C. En Jeremías 25, 11-14, el profeta habla de que se han asignado setenta años a la dominación de Babilonia. Luego, en una carta que puede datarse hacia el 594 a. C., profetizó Jeremías: «Porque así dice JHWH: Cuando se hayan cumplido para Babilonia setenta años, os visitaré y realizaré en vosotros mi buena promesa de volveros a este lugar» (*Jer* 29, 10). Según Zacarías 1, 12-16, el periodo se refiere, al parecer, al tiempo que media entre la destrucción del templo el año 587 a. C. y su reconstrucción en los años 520-515 a. C. Pero esta explicación no satisfizo a nuestro autor. Él estaba esperando el fin de la persecución y

la nueva dedicación del templo que Antíoco IV Epífanes había profanado el año 167 a. C. Por tanto, representa a Daniel buscando iluminación en medio de la oración. Sólo en respuesta a esta oración (cf. 9, 3-19), que ocupa la mayor parte del capítulo, experimenta Daniel una visión del ángel Gabriel, que viene a dar la interpretación de la profecía de Jeremías.

La oración de Daniel

El marco imaginario de este capítulo es el primer año del rey medo Darío, al que hemos encontrado por primera vez en 6, 1 y en el relato de Daniel en el foso de los leones (cf. 6, 2-29). Daniel ha estado leyendo «las escrituras», literalmente «los Libros» que contienen la profecía de Jeremías. Ésta es la primera mención que se hace en la Biblia de una colección especial de libros sagrados, probablemente del corpus profético, que en aquel tiempo ya había sido aceptado como una sección aparte de lo que se convertiría en el Antiguo Testamento. Este capítulo fue compuesto en torno a los años 167-166 a. C. Algo después del 117 a. C., el nieto de Ben Sira publicó una traducción al griego del libro de su abuelo. En el prólogo de su traducción escribe el nieto mencionando «la ley, los profetas y el resto de los libros» (o los Escritos). Estas designaciones se usarían más tarde para la triple división de la Biblia judía. Sin embargo, el canon completo de la Biblia no se definiría hasta los tiempos cristianos.

La oración de lamento de Daniel

La oración de Daniel es curiosa, porque no es una oración personal para obtener iluminación respecto

a las setenta semanas, como podríamos esperar. Más bien es una oración litúrgica, una de las más impresionantes de todo el Antiguo Testamento. Es una humilde confesión de los pecados de la nación y una conmovedora súplica en que se pide misericordia y liberación. En muchos aspectos es semejante a la oración de Azarías en 3, 25-45. La oración está escrita en buen hebreo clásico, a diferencia de otras partes hebreas del libro, que probablemente fueron traducidas de un original arameo. De ahí que algunos estudiosos concluyan que la oración es una composición más antigua, que fue insertada en el capítulo por un editor posterior. Pero también es probable que nuestro mismo autor añadiera aquí una oración más antigua con el fin de recordar a la comunidad su responsabilidad en las adversidades que la nación había experimentado. Sin duda que el autor hizo propia la oración, pues buscaba ardientemente la liberación de Jerusalén de la dominación de Antíoco IV.

Daniel se vuelve al Señor Dios «para dirigirle oraciones y súplicas, en ayuno, saco y ceniza» (9, 3). Según *Ex* 34, 28 y *Act* 13, 2, el ayuno es una preparación para una revelación. Al final de su oración recibirá Daniel un mensaje divino de Gabriel. Jesús también ayunó al comienzo de su ministerio público. El saco y la ceniza se usaban como forma de penitencia en los tiempos bíblicos (cf. *Is* 58, 5; *Jer* 6, 26; *Jon* 3, 6; *Jdt* 4, 11; *Est* 4, 3; *1 Mac* 3, 47; *Mt* 11, 21). La oración de Daniel es un mosaico de expresiones tomadas en su mayor parte de los libros más antiguos de la Biblia. Tras comenzar con «Ah, Señor, el Dios grande y terrible» (cf. *Dt* 7, 21; 10, 17; *Neh* 1, 5; 9, 32; *Sal* 89, 8), Daniel proclama su fe en la misericordia divina para con los que aman a Dios y guardan la alianza observando los mandamientos (cf. 9, 4). Dios es siempre fiel a su palabra; su misericordia siempre está presente para los que le son fieles.

Daniel confiesa los pecados de la nación

Daniel confiesa ahora los pecados cometidos por el pueblo elegido en la Tierra Santa y en la Diáspora, en todos los países adonde Dios los arrojó (cf. 9, 5-14). Dios había advertido al pueblo repetidas veces que los maldeciría y destruiría si no escuchaban su voz (cf. *Lev* 26, 14-39; *Dt* 27, 14-26; 28, 15-68). Daniel reconoce que no fueron los babilonios los que destruyeron el reino de Judá, sino más bien Dios mismo el que trajo «sobre nosotros una calamidad tan grande que no habría otra igual bajo el cielo, como fue la que se verificó en Jerusalén» (9, 12; cf. 1, 1-2). Puesto que los reyes y el pueblo se negaron a arrepentirse convirtiéndose de sus iniquidades, «vigiló JHWH sobre esta calamidad, y la volcó sobre nosotros». Daniel alaba en ese momento a Dios por ser justo y fiel a su palabra: «JHWH, nuestro Dios, es justo en todas las obras que hace; mas nosotros no escuchamos su voz» (9, 14; cf. *Bar* 2, 9; *Tob* 3, 2; *Sal* 145, 17). El salmista expresa una convicción similar: «Yo sé, Señor, que tu juicio es justo y que tienes razón al afligirme» (*Sal* 119, 75).

Daniel suplica misericordia

Daniel afirma ahora su fe en el Dios que sacó a su «pueblo de la tierra de Egipto con mano fuerte» (cf. *Éx* 13, 3.9.14.16; *Dt* 5, 15, 6, 21; 7, 8; 9, 26; 26, 8; *Jer* 32, 21). Confesando francamente el pecado y la culpa de todo el pueblo, incluyéndose a sí mismo (cf. 9, 15.20), recurre ahora a la misericordia de Dios. Aunque el pueblo se había convertido en «el oprobio de todos los que [lo] rodean» a causa de sus «pecados y las iniquidades de [sus] padres», Daniel pide al Señor que permita que su ira y su furor «se apar-

ten de Jerusalén, [su] ciudad santa, [su] santa montaña» (9, 16; cf. *Is* 27, 13; 66, 20; *Jl* 4, 17; *Zac* 8, 3). Hablando en su propio nombre, Daniel ruega finalmente: «Escucha, Dios nuestro, la oración de tu siervo y sus súplicas, y haz brillar tu rostro sobre tu santuario devastado... ¡Señor, escucha! ¡Señor, perdona! ¡Señor, atiende y obra! ¡No tardes, por amor de ti mismo, Dios mío! Pues tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo» (9, 17.19). El Dios de Israel es un Dios que está cerca de su pueblo, un Dios al que cabe dirigirse con sencillez y confianza. Daniel recuerda a Dios que acudir para salvar a su pueblo elegido es algo que el Señor debería hacer «por amor de [sí] mismo», una expresión repetida dos veces (cf. *Sal* 25, 11; 79, 9; 109, 21; 143, 11; *Bar* 2, 14). Jerusalén y el pueblo elegido deberían ser perdonados porque llevan el nombre de Dios, una idea adaptada del Salmo 79, 9. El pueblo, consciente de su gran pecado, no cuenta con su propia justicia, como si pudiera ganarse la gracia de Dios, sino sólo con las «grandes misericordias» de Dios. Es llamativo el efecto retórico de 9, 19: la triple (por tanto, enfática) repetición de «Señor», seguida de los verbos imperativos «escucha... perdona... atiende y obra... no tardes».

Muchos de nosotros hemos perdido un sentido de pecado y responsabilidad por el crimen, la pobreza y la corrupción que llenan nuestras ciudades, nuestras naciones y nuestro mundo. Pero todos «hemos pecado y cometido la iniquidad; hicimos el mal; nos hemos rebelado y apartado de tus mandamientos y ordenanzas» (9, 5). Y no hemos obedecido «a tus siervos los profetas» (9, 6.10) que nos suplican: «Arrepentíos cada uno de vuestra mala conducta y de la maldad de vuestras obras, y así podréis habitar en el país que JHWH os dio a vosotros y a vuestros padres desde siempre y para siempre» (*Jer* 25, 5). Sin embargo, en lugar de convertirnos a Dios con hu-

milde oración y sincero arrepentimiento, hemos vuelto la espalda a Dios. Hemos buscado soluciones a nuestros problemas únicamente en la acción social y política, como si las exigencias de Dios no tuvieran que ver con los asuntos humanos. Pero si hemos de sobrevivir como pueblo es esencial confesar nuestra culpa, apartarnos del mal personal e institucional, y abrazar una vida de justicia basada en la ley de Dios.

La Biblia nos enseña con fuerza y claridad que Dios tiene interés por nuestro mundo. Dios no es simplemente un Dios «allá fuera», totalmente trascendente y más allá de nosotros, sino también un Dios «justamente aquí», totalmente inmanente e implicado en nuestras vidas. Recordemos las palabras de Jesús: «"¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que fueron enviados a ella! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a [sus] polluelos bajo sus alas! Pero vosotros no quisisteis. Mirad que vuestra casa se quedará para vosotros"» (*Mt* 23, 37-38). Al Señor le importan también nuestras ciudades. Él deplora la droga y el abuso del alcohol, la promiscuidad sexual, la falta de hogar, la irresponsabilidad conyugal, la falta de respeto a cualquier vida humana, el crimen en las altas esferas y en las bajas, la explotación de los pobres para enriquecer a los ricos, la discriminación racial y sexual, la corrupción social y política.

Daniel distingue a los reyes, los príncipes y los padres achacándoles una culpa especial (cf. 9, 8). Éstos son los líderes políticos y espirituales responsables de promover el bienestar de la comunidad. Aunque ellos, como el resto de nosotros, deben dar cuentas al Señor, nunca debemos dudar en decirles que son también responsables ante nosotros por lo que han hecho o han dejado de hacer. Pero debemos tener presente que también nosotros somos parte del problema. Somos responsables de nuestra complicidad en la codicia y las

prácticas comerciales injustas (pero a menudo legales) de muchas sociedades. A menos que todos, líderes y pueblo, estemos dispuestos a arrepentirnos y a seguir el camino del Señor, también nuestra casa quedará, para nosotros, abandonada, desierta.

Dimensiones espirituales de la oración de Daniel

Podemos ahora resumir en cinco puntos el mensaje espiritual de la oración de Daniel, un mensaje que se halla por doquier en la Biblia. Primero, el Señor es «el Dios grande y terrible» (9, 4). Dios ha de ser venerado y reconocido como lo que es: el Ser supremo, creador de los cielos y la tierra. El temor del Señor, expresión que se halla muchísimas veces en el Antiguo Testamento, implica la actitud de respeto y amor que habría que tener hacia Dios como hacia un padre, y las obligaciones morales que derivan de ese amor. «Y ahora, Israel, ¿qué es lo que te pide JHWH, tu Dios, sino que temas a JHWH, tu Dios, sigas todos sus caminos, ames y sirvas a JHWH, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma?» (*Dt* 10, 12; cf. *Mal* 1, 6). El Nuevo Testamento añade otra verdad: «Dios es amor» (*1 Jn* 4, 16). El amor de Dios se manifestó de forma incuestionable cuando Jesús murió por nosotros en la cruz (*Jn* 3, 16).

Segundo, sólo Dios es quien salva. En el Éxodo, Dios condujo a su pueblo fuera de la tierra de la esclavitud en Egipto (cf. 9, 15) a la Tierra Prometida de la libertad (*Éx* 13, 3.14; *Dt* 5, 6; 6, 21-23). También nosotros podemos hallar la salvación y la libertad sólo en Dios (*Gál* 5, 1; *1 Pe* 2, 16). Nuestra tecnología y nuestros artilugios pueden satisfacer momentáneamente nuestras necesidades físicas y emocionales, pero sólo Dios puede cumplir los anhelos más profundos de nuestro espíritu.

Tercero, Dios es justo (cf. 9, 7). Esto significa que Dios siempre hace lo que es recto y justo. Pero significa también que Dios siempre actuará de acuerdo con su naturaleza, que se caracteriza por su amor firme y su santidad. Dios también nos exige justicia y santidad. «Habla a toda la comunidad de los hijos de Israel y diles: Sed santos, porque yo, JHWH, Dios vuestro, soy santo» (*Lev* 19, 2). Jesús nos dice: «Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial» (*Mt* 5, 48).

Cuarto, Dios es un juez justo (cf. 9, 11-14) que no dejará el pecado impune (cf. *Lev* 26, 14-39, *Dt* 28, 15-68; *Mt* 25, 41-46; *Lc* 10, 13-15). La cólera de Dios es un corolario de esta verdad. La presunción es un pecado grave. «Pues bien conocemos al que ha dicho: La venganza es cosa mía; yo daré lo merecido. Y en otro lugar: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Terrible cosa es caer en manos del Dios vivo!» (*Heb* 10, 30-31; cf. *Dt* 32, 35; *Rom* 12, 19).

Quinto, el Señor es un Dios de esperanza y misericordia (cf. 9, 9.17-19). Él mirará con compasión y amorosa indulgencia a los que se arrepientan de sus pecados y vuelvan a él (cf. *Éx* 34, 6; *Dt* 4, 31; 7, 9; *Ef* 2, 4-7). Nunca estamos más allá de la esperanza, a menos que pensemos que somos un caso desesperado, en cuyo caso cumpliremos nuestra expectativa.

La oración de Daniel halla respuesta

La oración de Daniel es respondida sin tardanza. El ángel Gabriel, al que Daniel había visto ya en 8, 16, se le aparece «volando», una expresión que probablemente se halla tras la tradición del arte cristiano de pintar a los ángeles como seres humanos con alas. Es la hora de «la ofrenda de la tarde» (9, 21),

o media tarde. Gabriel da a Daniel la «comprensión» que había buscado respecto a los «setenta años» de que habló Jeremías (cf. 9, 2.22). Gabriel fue enviado porque Daniel es «el predilecto» (cf. 9, 23), título que emplea un ángel también en 10, 11.19. Comprender la voluntad de Dios y tener el valor de hacerla es la esencia de la oración. A menudo pensamos, sin embargo, que la oración es pedir a Dios que haga lo que queremos. Pero eso no es oración; eso es manipulación. Podemos quejarnos de que Dios no nos ha escuchado porque no ha hecho lo que hemos pedido. Pero la negativa y el silencio de Dios pueden ser precisamente la respuesta a nuestra oración. Observó Oscar Wilde secamente en cierta ocasión: «Cuando los dioses quieren castigarnos responden a nuestras oraciones» (*An Ideal Husband*, acto II).

Daniel aprende ahora que los «setenta años» (9, 24) son en realidad «setenta semanas» de años, o 490 años, «para poner fin a la transgresión» y «para ungir el santo de los santos» (9, 24), una referencia al Santo de los Santos del templo vuelto a consagrar el año 164 a. C. Como indiqué anteriormente, los números se usan en la Biblia primariamente con fines simbólicos. Por tanto, no deberíamos tomar literalmente las setenta semanas de años; simbolizan un periodo largo de tiempo: siete (un número perfecto) veces diez (un número redondo). Las primeras siete semanas de años, cuarenta y nueve años, son bastante exactas: desde el 587 a. C., año de la destrucción de Jerusalén, hasta el 539 a. C., año en que el «príncipe ungido», Ciro el Grande (cf. *Is* 45, 1) puso fin al destierro de Babilonia. Las «sesenta y dos semanas» de años (cf. 9, 25) son sólo una tosca aproximación. Al final de ese tiempo, «será muerto el ungido», una referencia al asesinato del sumo sacerdote Onías III el año 171 a. C. (cf. *2 Mac* 4, 1-38). «El pueblo de un príncipe» y la destrucción del «san-

tuario» (cf. 9, 26) se refieren a los sirios conducidos por Antíoco IV y su saqueo del templo el año 167 a. C. (cf. *1 Mac* 1, 29-35). Durante «una semana» de años, desde aproximadamente el 171 hasta el 164 a. C., Antíoco concertó «una alianza con muchos», aquellos judíos que comprometieron su fe aceptando los usos helenísticos (cf. *1 Mac* 1, 11-15). En «la mitad de la semana» de años Antíoco había abolido «el sacrificio y la oblación» y erigido «la abominación de la desolación», la estatua de Zeus Olímpico, justo en el templo mismo. La abominación permaneció en el templo desde el 6 de diciembre del año 167 al 14 de diciembre del año 164 a. C., aproximadamente los tres años y medio mencionados aquí.

Lo que merece señalarse es que el autor intentó comprender la profecía de Jeremías en términos de su propia situación del siglo II a. C. El marco temporal del siglo VI a. C. propuesto para los relatos de Daniel es, naturalmente, una ficción literaria que el autor emplea para afirmar su convicción de que Dios tiene el mando. Los libros bíblicos no tienen significado sólo para sus destinatarios originales. Lo que Daniel está haciendo aquí es también lo que hace el Nuevo Testamento cuando reinterpreta muchas de las predicciones y expectativas del Antiguo Testamento a la luz de Jesucristo. Así, *Mt* 1, 22-23 cita la profecía de *Is* 7, 14, que la versión de los Setenta lee: «La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel», e interpreta el texto aplicándolo al nacimiento virginal de Jesús. Sin embargo, la profecía original de Isaías, del siglo VIII a. C., se refería al nacimiento de Ezequías, el hijo de Ajaz. En el transcurso de la historia, los cristianos han sido guiados por el Espíritu Santo para buscar en las antiguas palabras de la Escritura luz y orientación para las situaciones que tenían que afrontar. Esto no implica, sin embargo, que la Biblia propor-

cione un cálculo celestial para determinar el curso de los acontecimientos ordinarios del mundo, como pretenden algunos fundamentalistas.

La llegada del fin

Como el texto nos dice: «su fin llegará como una inundación, y hasta el fin de la guerra están decretadas las devastaciones» (cf. 9, 26), muchos cristianos fundamentalistas han intentado calcular «el fin», y la guerra, la desolación, en términos de acontecimientos contemporáneos. Hal Lindsay, por ejemplo, en uno de sus libros más populares, *The Late Great Planet Earth* (El último gran planeta tierra) (1970), escribe que la Biblia contiene más de quinientas profecías relativas al tiempo final. Entre éstas, escribe, se encuentran el establecimiento del Estado de Israel el año 1948 (predicho en *Ez* 38-40), la vuelta de Jerusalén al control israelí en 1967 (*Zac* 12-14), la conversión de África al comunismo (*Dan* 11, 35-45), el surgimiento de un nuevo Imperio Romano en la forma de Comunidad Económica Europea (*Dan* 7, 17) y la apostasía de muchas de las iglesias (*2 Pe* 2, 1). A partir de lo que lee en la Biblia, Lindsay proporciona también planos y mapas de las campañas que tendrán lugar en la Tercera Guerra Mundial.

John F. Walwoord, del Seminario Teológico de Dallas, publicó un libro siniestramente titulado *Armageddon, Oil and the Middle East* (Armaguedón, el petróleo y Oriente Próximo) (1991). Afirma que los sucesos de la crisis del Golfo Pérsico (1990-1991) son cumplimientos de la promesa de la segunda venida de Cristo. El libro, del que ha vendido más de un millón de ejemplares, ha figurado en la lista de los libros más vendidos publicada por el *New York Times*. Este tipo de teoría sin fundamento, que hace

violencia a la palabra inspirada de Dios, puede resultarnos exegéticamente ingenua y teológicamente inconsistente. Pero muchos predicadores de radio y televisión proclaman dichas fantasías a millones de personas. Por ejemplo, en 1990, Pat Robertson dijo a los espectadores de su programa de televisión «Club 700» que la guerra con Irak y otros acontecimientos de Oriente Próximo estaban sucediendo porque, según sostenía él, «es exactamente lo que la Biblia dijo». Jack van Impe informó a su audiencia nacional de televisión de que las profecías bíblicas anunciaban los acontecimientos de Irak y del Golfo Pérsico como preludio de la Batalla bíblica de Harmaguedón, símbolo de la destrucción final de las fuerzas del mal (cf. *Ap* 16, 12-16). Las interpretaciones de esta clase traen a la mente las famosas palabras de Shakespeare: «¿Hay alguna herejía religiosa que no tenga sectarios, y que no pueda cubrirse con citas de la Escritura o con flores retóricas que disimulen su torpeza?» (*El mercader de Venecia*, III, 2, 77-80).

Sin embargo, es aún más alarmante la noticia dada a conocer por la revista *Newsweek* hace unos años: Debido a la popularidad de su libro, Lindsay había dado una conferencia en el Pentágono, y según él, con la aprobación del presidente Ronald Reagan. Lo que es peligroso en relación con las interpretaciones perversamente equivocadas e infundadas de Lindsay y otros de su misma laya es que hay gente que las toma en serio, con consecuencias potencialmente desastrosas. «Predicciones» como las de Lindsay tienden a convertirse en «profecías» que se realizan por haber sido anunciadas.

Sin embargo, el autor inspirado del Libro de Daniel no nos dice nada sobre el calendario del «fin». Simplemente nos enseña que a la perversidad le tocará su fin, pero ese fin vendrá en el tiempo propio de Dios, y no según nuestros cálculos equivocados e interesados.

XVIII

«EN EL AÑO TERCERO DE CIRO, REY DE PERSIA, FUE REVELADO UN MENSAJE A DANIEL»
(Dan 10, 1 - 11, 1)

[1]En el año tercero de Ciro, rey de Persia, fue revelado un mensaje a Daniel, por nombre Beltšassar. El mensaje era: verdad y gran combate. Fijó la atención en el mensaje y se le descubrió su sentido en una visión.
[2]Por aquellos días, yo, Daniel, hice penitencia durante tres semanas. [3]No comí manjares delicados; ni carne ni vino entraron en mi boca; y no me ungí hasta que se cumplieron las tres semanas. [4]El día veinticuatro del primer mes, mientras yo estaba a la orilla del gran río, es decir, del Tigris, [5]alcé los ojos y miré. Vi a un hombre vestido de lino que tenía su cintura ceñida con un cinturón de oro de Ufaz. [6]Su cuerpo era como crisólito, su rostro parecía un relámpago, sus ojos como antorchas encendidas, sus brazos y sus piernas como el brillo del bronce bruñido, y el sonido de sus palabras como el clamor de una multitud.
[7]Yo solo, Daniel, contemplé la visión. Los hombres que estaban conmigo no vieron nada; pero se apo-

deró de ellos un gran terror y huyeron a esconderse. [8]*Quedéme yo solo contemplando esta gran visión; pero me faltaron las fuerzas, quedé como descoyuntado y perdí mi vigor.*
[9]*Oí el sonido de sus palabras y, al oírlo, caí rostro en tierra, desmayado.*
[10]*Entonces una mano me tocó y me obligó a sostenerme sobre mis rodillas y sobre las palmas de mis manos,* [11]*y me dijo: Daniel, hombre predilecto, fíjate en las palabras que voy a decirte y ponte de pie en el lugar en que estás, pues ahora he sido enviado a ti. Cuando él me dijo estas palabras, me puse de pie, temblando.*
[12]*Luego me dijo: No temas, Daniel, porque desde el primer día en que intentaste comprender y te humillaste ante tu Dios, fueron oídas tus palabras, y por causa de ellas he venido yo a ti.* [13]*Pero el príncipe del reino de Persia se me ha opuesto durante veintiún días; mas Miguel, uno de los primeros príncipes, vino en mi ayuda, y yo le he dejado allí, junto al príncipe de los reyes de Persia.* [14]*He venido para darte a conocer lo que sucederá a tu pueblo al final de los tiempos, porque se trata aún de una visión para aquellos días.* [15]*Al decirme estas palabras, incliné mi rostro a tierra y enmudecí.*
[16]*Entonces, uno que tenía apariencia de hombre tocó mis labios. Abrí la boca y hablé. Dije al que estaba delante de mí: Señor mío, durante la visión me invadieron los dolores y he quedado sin fuerza.* [17]*¿Cómo podría, pues, este siervo de mi señor hablar a mi señor, si ya no tengo fuerza alguna y ni aun aliento me queda?* [18]*Aquel que tenía apariencia de hombre me tocó de nuevo, me infundió vigor* [19]*y me dijo: No temas, hombre predilecto. La paz sea contigo. ¡Anda, ten ánimo! Mientras me hablaba, me sentí fortalecido y le dije: Hable mi señor, puesto que me has fortalecido.*

[20]Dijo entonces: ¿Sabes por qué he venido a ti?
Ahora volveré a luchar con el príncipe de Persia;
pero en saliendo yo, al instante vendrá el príncipe
de Grecia. [21]Pero yo te revelaré lo que está con-
signado en el libro de la verdad. No hay nadie que
sostenga contra ellos, a no ser Miguel, vuestro jefe,
11 *[1]que estaba allí para fortalecerme y sostenerme.*

Ahora venimos al apocalipsis último, y el más largo, del libro, 10, 1 - 12, 13. Está dividido en tres partes: el prólogo, que narra la aparición del ángel a Daniel y su diálogo inicial; la revelación de las cosas venideras desde el período persa hasta el tiempo de Antíoco IV Epífanes (11, 2-45); y el epílogo, que describe una escena final y las palabras de despedida del ángel a Daniel (12, 1-13). Dedicaremos un capítulo a cada una de estas partes. Este apocalipsis es el momento culminante del libro, pues proporciona muchos detalles que faltaban en los cuatro primeros apocalipsis (caps. 2, 7, 8, 9), que también describen lo que les va a suceder a los fieles judíos al final de la época marcada por el mal. Como en los apocalipsis precedentes, la visión presente parece describir el curso futuro de la historia. Lo que tenemos en realidad es una narración de acontecimientos seleccionados anteriores y contemporáneos a la vida del autor, que vivió durante la persecución de Antíoco IV. Mediante el recurso literario de «profecías después del acontecimiento», el autor declara su convicción de que Dios es el Señor de la historia y hará justicia a los que permanezcan fieles a él.

Daniel recibe una revelación

Daniel experimenta esta revelación «en el año tercero de Ciro, rey de Persia» (10, 1), es decir, el año

536 a. C., la fecha imaginaria que sirve para proporcionar el contexto de las profecías venideras. Desde que Daniel comenzó su carrera «en el año tercero de... Yoyaquim, rey de Judá» (1, 1), es decir, el año 606 a. C., el número total de años del ministerio de Daniel sería el número bíblicamente perfecto de setenta. Así, Daniel recibe su más perfecta y su más detallada revelación en el septuagésimo año de su servicio.

Daniel, «por nombre Beltšassar», un nombre recibido en la corte babilonia (1, 7) está abrumado por la revelación que está a punto de recibir. La revelación –«el mensaje era cierto»– era absolutamente digna de confianza, porque venía del Señor de la historia. Se refería a un «gran combate», del que el pueblo leal saldría victorioso. Gracias a la ayuda divina que recibiría de la figura angélica, Daniel comprendió la revelación o mensaje «en una visión» (cf. 10, 1) que estaba por llegar. Pero se preparó a fondo para esta última y detallada revelación. Hizo penitencia «durante tres semanas», literalmente, «tres semanas de días» (10, 2-3), para distinguirlas de las «semanas [de años]» de que se habla en 9, 24-27.

El número tres tiene valor simbólico, e indica el grado superlativo. Veamos algunos ejemplos: para acentuar la santidad trascendente de Dios, los serafines se gritaban uno a otro: ¡Santo, Santo, Santo es JHWH Sebaot; toda la tierra está llena de su gloria! (*Is* 6, 3). Cuando David se enteró de la noticia de la muerte de su hijo, repitió tres veces el nombre de su hijo mientras lloraba: «¡Hijo mío, Absalón; hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Ojalá hubiera muerto yo en tu lugar, Absalón, hijo mío, hijo mío! (*2 Sam* 19, 1). En la visión del culto celeste, los cuatro seres vivientes, cada una con seis alas como los serafines de *Is* 6, 2, exclaman día y noche: «Santo, santo, santo, Señor Dios, todopoderoso, el que era y el que es y

el que ha de venir» (*Ap* 4, 8). Los veintiún días del ayuno de Daniel son el total de tres veces siete (el número que indica la perfección, como en 3, 19; 4, 13; 20, 22.29). Así, la duración de la penitencia de Daniel fue perfecta bajo todos los aspectos. Ayunó de manjares delicados absteniéndose de carne y vino, comiendo sólo pan y bebiendo agua. Como ungirse con óleo era un lujo (cf. *Am* 6, 6) y también un signo de alegría, se renunciaba a él en períodos de penitencia (cf. *2 Sam* 14, 2; *Is* 61, 3; *Jdt* 10, 3) y ayuno (cf. *Mt* 6, 17).

Los ejercicios espirituales de la oración y el ayuno tienen una larga historia (cf. *Esd* 8, 23; *Neh* 1, 4; *Tob* 12, 8; *Sal* 35, 13; *Bar* 1, 5). Así leemos: «Mientras éstos celebraban el culto al Señor y ayunaban, dijo el Espíritu Santo: "Separadme a Bernabé y a Saulo, para la obra a que los tengo destinados". Entonces ayunaron y oraron, e imponiéndoles las manos, los dejaron partir» (*Act* 13, 2-3). «Les designaron "presbíteros" en cada iglesia, y acompañando la oración con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído» (14, 23). Previamente a la ordenación, los candidatos a las órdenes mayores hacen ejercicios durante varios días con el fin prepararse para su futuro ministerio. Los ejercicios o retiros y períodos de oración y penitencia se han hecho también comunes entre otros cristianos que quieren llevar una vida espiritual con Dios de un modo más cuidadoso. Dichas prácticas nos ayudan a centrar la atención y a examinar si nuestro estilo de vida está de acuerdo con el evangelio.

Conforme a una convención de la literatura apocalíptica, el autor da una fecha precisa a la visión de Daniel: «el día 24 del primer mes» (10, 4), el mes llamado Nisán (cf. *Neh* 2, 1), desde mediados de marzo hasta mediados de abril. Estando a orillas del río Tigris, Daniel fue testigo de una visión deslum-

bradora: «un hombre vestido de lino que tenía su cintura ceñida con un cinturón de oro de Ufaz. Su cuerpo era como crisólito, su rostro parecía un relámpago, sus ojos como antorchas encendidas, sus brazos y sus piernas como el brillo del bronce bruñido, y el sonido de sus palabras como el clamor de una multitud» (10, 5-6). Los sacerdotes llevaban lino, una tela ritualmente pura (cf. *Éx* 39, 27-29; *Lev* 6, 3). Los ángeles visten de lino en *Ap* 15, 6, como también la esposa del cordero (cf. *Ap* 19, 8) y los ejércitos celestiales (cf. *Ap* 19, 14). El cinturón de oro es una indicación de la elevada categoría del ángel. La descripción de su cuerpo procede sobre todo de *Ez* 1, donde se describen los cuatro seres vivientes o querubines. No es segura la identificación de este ángel, pero se trata probablemente de Gabriel, que también se apareció en 8, 15-16 y 9, 21-27.

La visión aterra a Daniel

La terrible visión, que sólo vio Daniel, cargó tanto la atmósfera que lo envolvía que los hombres que estaban con él sabían que estaba sucediendo algo extraordinario, de modo que huyeron aterrados (cf. 10, 7). Quedándose solo, Daniel se sintió «como descoyuntado», y al oír la voz tremenda del ángel, cayó «rostro en tierra, desmayado» (10, 8-9). Caer rostro en tierra es la respuesta habitual a una aparición divina o angélica (cf. 8, 16-18; *Jos* 5, 14; *Ez* 1, 28; *Ap* 1, 17). Las reacciones de Daniel evocan la visión semejante que experimentó Pablo de Tarso en el camino de Damasco: «Mientras [Pablo] iba caminando, al acercarse a Damasco, de repente lo envolvió una luz del cielo; y, caído en tierra, oyó una voz que le decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?". Y dijo: "¿Quién eres, Señor?". Y él: "Yo soy Jesús, a

quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que has de hacer" Se levantó, pues, Saulo de la tierra, y aun con los ojos abiertos nada veía» (*Act* 9, 3-7). Místicos como Francisco de Asís y Juan de la Cruz, Hildegarda de Bingen y Teresa de Jesús, además de otros incontables, han tenido también experiencias abrumadoras de la irrupción del Señor en sus vidas. Sin embargo, para la mayoría de nosotros la irrupción divina no es tan dramática, pero no por ello es menos real. Podemos ver a Jesús en los rostros e los hambrientos, los sedientos, los extranjeros, los que no tienen hogar y los presos (cf. *Mt* 25, 31-40).

Más aún, la fe nos pone en contacto personal con el Dios viviente, que nos hace aptos para trascender nuestras capacidades naturales y para convertirnos en ejemplo de un vivir honrado en una sociedad con poco espacio para algo o alguien que esté más allá de lo empírico. Podemos ser consolados por las palabras del Señor al apóstol Pablo, que había orado para verse libre de «un aguijón en la carne»: «Te basta mi gracia; pues mi poder se manifiesta en la flaqueza». Entonces podemos hacer nuestra la respuesta de Pablo: «Muy a gusto, pues, me gloriaré de mis flaquezas, para que en mí resida el poder de Cristo» (2 *Cor* 12, 7.9).

El ángel consuela a Daniel

Una mano, presumiblemente la del ángel, toca ahora a Daniel tranquilizándolo. El ángel se dirige a Daniel como «predilecto» en 10, 11.19, usando el mismo apelativo empleado por Gabriel en 9, 23, y lo insta a que se ponga de pie y a comprender lo que está a punto de oír. Tranquilizado, pero todavía temblando, Daniel se puso de pie (10, 10-11). El ángel

dice: «No temas, Daniel» al comienzo de su discurso (10, 12) y para acentuar sus palabras repite la expresión hacia el fin (10, 19). En la Biblia, cuando Dios o uno de sus servidores dice a una persona «no temas», o «no tengas miedo», lo normal es que venga a continuación una revelación (cf. *Gén* 15, 1; *Éx* 14, 13; *Jos* 1, 9; *Is* 7, 4.7; 35, 4; 41, 10.13-14; 43, 1.5; *Jer* 30, 10; 46, 27; *Bar* 4, 27; *Tob* 12, 17; *Mt* 28, 10; *Lc* 1, 13.30; 12, 32; *Ap* 11, 17). El ángel informa a Daniel: «Desde el primer día en que intentaste comprender y te humillaste ante tu Dios, fueron oídas tus palabras» (10, 12).

Buscar la voluntad de Dios con humildad y oración es un requisito previo para comprender el plan divino. Aunque Dios es totalmente trascendente e infunde temor reverencial, nos dice una y otra vez que no tengamos miedo, sino que confiemos en él. Nuestra fe no nos da todas las respuestas, lo cual es una bendición disfrazada. Porque si tuviéramos todas las respuestas, a menudo seríamos detestables y se haría imposible la convivencia con nosotros. Pero la fe nos da la firme seguridad de que nuestra vida en este mundo caótico tiene sentido, pues Dios manda en él de forma tranquila y misteriosa. Ningún poder terrestre puede anular la voluntad divina. Naturalmente, tenemos que hacer todo lo que podamos para promover el reino de Dios en nuestra sociedad pagana; pero deberíamos dejar el resultado y el calendario en manos del Señor.

El temor de Daniel es una reacción normal en presencia de lo sobrenatural. La conciencia de estar frente a la Santidad subraya la propia indignidad. Recordemos el caso de Simón, Santiago y Juan. Cuando Jesús le dice a Simón que reme mar adentro y eche la red para pescar, Simón le responde que han estado bregando toda la noche, pero que no han pescado nada. Sin embargo, Simón hace lo que se le

dice. Pescaron tal cantidad de peces que las redes se rompían. «Cuando Simón Pedro vio esto, se echó a los pies de Jesús, diciéndole: "Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador"». Es que un enorme estupor se había apoderado de él y de los que con él estaban, ante la redada de peces que habían pescado. Igualmente les sucedió a Santiago y Juan, que estaban asociados con Simón. Pero Jesús le dijo a Simón: "No tengas miedo. Desde ahora serás pescador de hombres"» (*Lc* 5, 8-10). Cuando nos sentimos indignos de las encomiendas propias de nuestra vocación, el Señor que nos llamó nos dará la fuerza que necesitamos. No estamos solos. El Señor está siempre a nuestro lado. Tenemos que confiar en Él, pues Él nunca ha fallado en sus promesas.

Miguel, ángel guardián de Israel

El ángel fue enviado por Dios a dar a Daniel la comprensión que buscaba en la oración (10, 12). Pero cuando el ángel iba a ponerse en camino, fue detenido. Así dice a Daniel: «El príncipe del reino de Persia se me ha opuesto durante veintiún días; mas Miguel, uno de los primeros príncipes, vino en mi ayuda, y yo le he dejado allí, junto al príncipe de los reyes de Persia» (10, 13). «Veintiún días» es precisamente la duración del ayuno de tres semanas de Daniel (cf. 10, 2.13). Así, el autor pone de relieve la conexión entre las prácticas espirituales de Daniel y la ayuda que el ángel recibió de Miguel: «El príncipe de los reyes de Persia», mencionado aquí dos veces, es el ángel tutelar o guardián de Persia.

Miguel, por su parte, es el ángel guardián del pueblo judío. Recibe los títulos de «uno de los primeros príncipes» (10, 13) «vuestro jefe [o príncipe]» (10, 21) y «el gran príncipe, el defensor de los hijos de

tu pueblo» (12, 1). Esto implica que Miguel, como protector del pueblo elegido, podía fácilmente tener a raya al príncipe de Persia. El mismo nombre de «Miguel», que significa «¿Quién es como Dios?», sugiere la dignidad y el poder del ángel. Así, el pueblo de Dios tiene en Miguel un poderoso intercesor en la corte celestial. En *Jds* 9 se le llama a Miguel «arcángel», que corresponde a la expresión «gran príncipe» de 12, 1. En *Ap* 12, 7-9, Miguel capitanea a los ángeles que batallan contra el inmenso dragón y sus ángeles. Aunque hay obras del mal que actúan en nuestro mundo a causa del pecado original y de nuestros pecados personales, conocemos por la fe que Dios y sus ángeles prevalecerán. De modo que no hay que temer. Como escribe Pablo: «¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?... Sin embargo, en todas estas cosas vencemos plenamente por medio de aquel que nos amó. Pues estoy firmemente convencido de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni principados, ni lo presente ni lo futuro, ni potestades, ni altura ni profundidad, ni ninguna otra cosa creada podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (*Rom* 8, 35.37-39).

En el huerto de Getsemaní Jesús oró: «¡Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz! Sin embargo, no se haga mi voluntad, sino la tuya!» (*Lc* 22, 42). Ésta es una oración perfecta. El texto continúa: «Entonces se le apareció un ángel venido del cielo que lo confortaba. Y en medio de la angustia, seguía orando más intensamente. Y su sudor era como gruesas gotas de sangre, que iban cayendo hasta la tierra» (*Lc* 22, 43-44). Como Daniel, Jesús había orado para comprender en su torturadora agonía. El Padre, por sus misteriosas razones, no retiró el cáliz de sufrimiento y muerte. Pero en respuesta a la oración de Jesús, el

Padre envió al ángel para que lo confortara. En nuestros momentos de crisis y necesidad también podemos estar seguros de la ayuda de nuestro Padre celestial para fortalecernos y consolarnos. Jesús mismo nos había asegurado su asistencia y presencia: «Y mirad: yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos» (*Mt* 28, 20). Dios no es indiferente a nuestra situación. Dios escucha nuestras oraciones. No estamos solos en un mundo caótico. Dios tiene el mando, aunque pueda elegir permanecer en silencio por un tiempo. Tenemos que confiar en la palabra de Dios y esperar su consuelo. «Paz os dejo, mi paz os doy: no como el mundo la da, la doy yo. No se turbe vuestro corazón ni sienta miedo» (*Jn* 14, 27).

El ángel toca de nuevo a Daniel

Daniel sigue estando abrumado por la aparición del ángel (cf. 10, 15-17). El ángel le da de nuevo otro toque que lo conforta, diciendo: «No temas, hombre predilecto. La paz sea contigo. ¡Anda, ten ánimo!» (10, 18-19). El ángel le da luego una visión por anticipado de lo que está por venir. Después que el ángel deja de luchar con el príncipe de Persia, «vendrá el príncipe de Grecia» (10, 20), una referencia a la dinastía seléucida y su notorio tirano Antíoco IV. El ángel quiere decir ahora a Daniel «lo que está consignado en el libro de la verdad» (10, 21). Este libro es el registro divino de lo que ha sucedido y de lo que está aún por venir. Otros textos hablan del libro de Dios como un libro mayor de las decisiones morales y el destino de la humanidad» (cf. *Éx* 32, 32-33; *Mal* 3, 16; *Tob* 12, 12; *Sal* 56, 9; 129, 16; *Lc* 10, 20).

El verbo «tocar» se menciona tres veces en este episodio (10, 10.16.18); el número tres da particular

relieve al gesto. El acto de tocar, a la vez que conforta, tiene un poder sanador en las relaciones humanas. Cuando dos ciegos piden a Jesús que los cure, él les toca los ojos y les devuelve la vista (cf. *Mt* 9, 27-30). Cuando los discípulos oyeron la voz que procedía de la nube en la Transfiguración, cayeron de bruces abatidos por el terror. «Entonces se acercó Jesús, los tocó y les dijo: "Levantaos y no tengáis miedo"» (*Mt* 17, 7). Jesús no vaciló nunca en valerse del contacto al ejercer su ministerio con los otros (cf. *Mt* 8, 3.15; 20, 34; *Mc* 1, 41; 7, 33; *Lc* 5, 13; 7, 14; 22, 51). «Le presentaron [a Jesús] unos niños para que los tocara» (*Mc* 10, 13). Jesús no sólo reconoció el valor del contacto físico con los otros; también permitió que lo tocaran (cf. *Mt* 9, 20-21; 14, 36; *Mc* 3, 10; *Lc* 6, 19; 24, 39). Por desgracia, muchos se muestran hoy reacios a tocar con la mano a otra persona por miedo a ser malentendidos.

XIX

«VENDRÁ TRANQUILAMENTE Y SE APODERARÁ DEL REINO CON INTRIGAS»
(Dan 11, 2-4.21-45)

2Ahora te revelaré la verdad: Habrá aún tres reyes
en Persia, y el cuarto acumulará mayores riqueza
zas que todos los demás. Y cuando su riqueza lo
haga poderoso, pondrá todo en movimiento con
tra el reino de Grecia. 3Pero surgirá un rey fuer
te que dominará con gran poder y actuará a su
capricho. 4Mas, apenas establecido, su reino será
destruido y dividido a los cuatro vientos del cielo,
pero no entre los descendientes de él ni con el
poder con que él dominó, porque su reino será ani
quilado y pasará a otros distintos de aquéllos.
21Surgirá en su lugar un hombre despreciable, a
quien no se le dará la dignidad real. Vendrá tran
quilamente y se apoderará del reino con intrigas.
22Las fuerzas invasoras se hundirán ante él y serán
destrozadas, lo mismo que el príncipe de una alian
za. 23Por medio de las alianzas que se harán con
él, obrará con engaño, se elevará y se hará fuer
te en una pequeña nación. 24Invadirá tranquila
mente las fértiles regiones de una provincia y hará
lo que no habían hecho sus padres ni los padres

de sus padres: distribuirá entre ellos botín, despojos y riquezas. Urdirá estratagemas contra las fortalezas, pero sólo hasta cierto tiempo.
[25]*Excitará su fuerza y su corazón contra el rey del mediodía mediante un gran ejército. El rey del mediodía se preparará con un ejército ingente y fortísimo, pero no resistirá, porque se urdirán intrigas contra él.* [26]*Sus propios comensales lo destrozarán. Su ejército será aniquilado y caerán muchos muertos.*
[27]*Los dos reyes maquinarán en su corazón hacerse daño y se hablarán falazmente sentados a la misma mesa; pero eso no tendrá éxito, porque aún hay un plazo hasta el tiempo prefijado.* [28]*Volverá a su país con grandes riquezas, y su corazón irá contra la santa alianza; actuará y volverá a su país.* [29]*En el tiempo prefijado, volverá de nuevo contra el mediodía; pero esta vez no será como la primera,* [30]*porque vendrán contra él las naves de Kittim, y, desanimado, retrocederá. Se indignará y actuará contra la santa alianza; pero volverá otra vez a entenderse con los desertores de esta santa alianza.* [31]*Tropas mandadas por él profanarán el santuario-ciudadela, abolirán el sacrificio perpetuo y pondrán allí la abominación de la desolación.*
[32]*A los transgresores de la santa alianza los hará apostatar con halagos; pero el pueblo de los que conocen a Dios se mantendrá firme y actuará.* [33]*Los sabios del pueblo instruirán a muchos; pero caerán por la espada, por el fuego, por el destierro y por el saqueo durante algún tiempo.* [34]*Mientras ellos caen, recibirán una pequeña ayuda, y muchos se les unirán hipócritamente.* [35]*Caerán también algunos de los sabios, de manera que habrá entre ellos quienes serán acrisolados, purificados y blanqueados hasta el tiempo del fin, porque habrá aún un plazo hasta el tiempo prefijado.*

[36]El rey actuará a su capricho, se ensoberbecerá,
se ensalzará por encima de todos los dioses y dirá
cosas increíbles contra el Dios de los dioses. Ten-
drá éxito hasta que la cólera llegue a su colmo,
porque lo que está decretado se cumplirá. [37]No se
preocupará del dios de sus padres, ni del dios pre-
dilecto de las mujeres, ni se preocupará de ningún
dios, porque se ensalzará por encima de todos. [38]Ve-
nerará, en su lugar, al dios de las fortalezas y hon-
rará con oro, plata, piedras preciosas y objetos de
valor a un dios que no conocieron sus padres.
[39]Hará bastiones fortificados con la ayuda de un
dios extranjero; colmará de honores a quienes lo
reconozcan; les dará el dominio sobre muchos y
les distribuirá la tierra por un cierto precio.
[40]En el tiempo del fin se enfrentará con él el rey
del mediodía, y el rey del norte se lanzará contra
él, como un torbellino, con carros, jinetes y nu-
merosas naves; llegará al país, lo invadirá y lo
atravesará. [41]Entrará en la tierra de la magnifi-
cencia y caerán a miríadas; pero escaparán de sus
manos Edom, Moab y los principales de los hijos
de Ammón. [42]Se apoderará de los tesoros de oro
y de plata y de todos los objetos preciosos de Egip-
to. Los libios y los etíopes irán tras él. [44]Pero no-
ticias llegadas del norte lo turbarán, y partirá en-
furecido, con ánimo de aniquilar y exterminar a
muchos. [45]Instalará las tiendas de su palacio entre
el mar y el monte de la santa magnificencia. En-
tonces llegará su fin, y no habrá nadie que le
ayude.

Pasamos ahora al grueso del apocalipsis del libro. Este capítulo describe en un lenguaje velado y alusivo las intrigas y guerras, matrimonios y alianzas entre los soberanos de Siria y de Egipto. Nuestro autor se refiere a estos soberanos como «el rey del

norte» y «el rey del mediodía». Estos reyes entablaron frecuentas batallas en territorio palestino, porque era el país puente entre Egipto y Asia Menor (la actual Turquía). Pero el autor proporciona la información más clara y más completa sobre el reinado de Antíoco IV Epífanes, ya que el autor vivió de principio a fin aquel periodo brutal. El propósito del autor es didáctico. Y así, emplea el recurso literario de «la profecía después del acontecimiento» para transmitir a sus lectores su propia fe inconmovible en el Dios de la revelación, que es el único que determina los destinos de las naciones y los pueblos.

La historia no es una serie fortuita de acontecimientos, sino un resultado del plan divino. A los creyentes se los llama a la confianza en Dios especialmente en tiempos de persecución. Aunque el apocalipsis parece proporcionar un calendario para la intervención divina, es claro que el autor y los editores del libro dejaron la fecha abierta (cf. 12, 11-12). Sin embargo, por desgracia, algunos predicadores fundamentalistas cristianos han leído en este capítulo predicciones de acontecimientos de tiempos recientes tales como la disolución de la Unión Soviética, la Guerra del Golfo de 1991, varias agitaciones en la China roja y en Oriente Próximo y el surgimiento de la Unión Europea. Pero como he indicado en el capítulo XVII, semejante lectura presta un flaco servicio a la palabra inspirada de Dios y al lector que toma la Biblia en serio.

La época persa hasta Alejandro Magno

El ángel le dice ahora a Daniel «la verdad» respecto a lo que está por venir. Da un resumen de la historia desde el período persa hasta los mismos días de nuestro autor (11, 2-45). Las identidades de los

«tres reyes de Persia» que siguen a Ciro el Grande (550-530 a. C.) no son claras, pues el imperio persa tuvo en total once reyes. El «cuarto» rey, que «acumulará mayores riquezas que todos los demás» (11, 2), puede ser Jerjes I (486-465 a. C.), que tenía una riqueza fabulosa, o puede simplemente simbolizar la riqueza del imperio persa en general. El «rey poderoso» que «actuará a su capricho» (11, 3) es Alejandro Magno (336-323 a. C.), el macho cabrío con un gran cuerno del que se habla en 8, 5 - 8, 21. Después de su muerte prematura, a la edad de treinta y tres años, su imperio se desmembró y dividió «a los cuatro vientos del cielo» entre cuatro de sus generales, «pero no entre los descendientes de él» (11, 4), entre ellos un hermanastro imbécil y dos hijos, todos ellos eliminados por los generales. No necesitamos entrar en detalles respecto a las batallas y fortunas de los primeros seléucidas en el norte y los ptolomeos en el sur, las dos divisiones del imperio de Alejandro que interesan en el capítulo (11, 15-20). El interés principal del autor era, más bien, el reino del monarca seléucida Antíoco IV Epífanes, que recibe la parte del león en el relato (11, 21-45).

Usurpación del trono por Antíoco IV

Nuestro autor sólo siente desdén hacia Antíoco, «un hombre despreciable», llamado «un vástago inicuo» en *1 Mac* 1, 10, «un hombre arrogante y terrible» en *4 Mac* 4, 15. Después del asesinato de Seleuco IV Filopátor (187-165), su hijo Demetrio se convirtió en el sucesor legítimo al trono. Pero el hermano de Seleuco, Antíoco IV, se apoderó del reino sigilosamente y «con intrigas» y más tarde asesinó a su sobrino Demetrio (11, 21). En el año 175 a. C. Antíoco consolidó su control aniquilando las «fuer-

zas invasoras» de sus rivales seléucidas. «El príncipe de una alianza» es el sumo sacerdote legítimo Onías III, que se opuso vigorosamente a la política de helenización de Antíoco. Éste lo depuso y nombró sumo sacerdote a Jasón, hermano de Onías, que había ofrecido al tirano un enorme soborno a cambio del honor del sumo sacerdocio. Jasón apoyó con entusiasmo la helenización de la Tierra Santa. El relato se narra en *2 Mac* 4, 7-17.

El autor alude ahora al comportamiento doble de Antíoco, a la traición y a la intriga (cf. 11, 23-27). Antíoco saqueó y fue mucho más liberal que ninguno de sus predecesores en distribuir «botín, despojos y riquezas» (cf. 11, 24) a sus amigos y partidarios (cf. *1 Mac* 3, 30). El año 169 a. C. libró una guerra contra un ejército inferior al suyo, el de su sobrino Ptolomeo IV Filométor, que fue fácilmente derrotado gracias a los consejos estúpidos que recibió de sus dos consejeros, «sus propios comensales» (cf. 11, 25-26). Entretanto, los poderosos nobles de Alejandría profesaron lealtad al hermano de Filométor, coronándolo soberano con el nombre de Ptolomeo VII Fiscón (panzudo). En la consiguiente lucha por el poder, Antíoco aparentó apoyo a Filométor, que había sido capturado en la guerra («los dos reyes... se hablarán falazmente sentados a la misma mesa»), buscando con ello debilitar a Egipto intensificando la rivalidad entre sus dos sobrinos. Pero el proyecto de Antíoco fracasó; aún no había llegado «el tiempo prefijado» (cf. 11, 27).

Antíoco tenía que volver a su país porque tenía que calmar ciertos disturbios que se habían producido cuando se extendió el rumor de que había muerto. De camino hacia el norte, a Antioquía, su capital, saqueó el templo de Jerusalén una vez más (cf. 11, 28), matando a miles de judíos y esclavizando a otros (cf. *2 Mac* 5, 5-20). Entretanto, sus sobrinos

egipcios Ptolomeo VI y Ptolomeo VII se habían reconciliado y estaban reinando ahora conjuntamente. Así, en el año 168 a. C., Antíoco, «en el tiempo prefijado» volvió «de nuevo contra el mediodía» con la esperanza de controlar una vez más los asuntos egipcios; «pero esta vez... [no fue] como la primera» (cf. 11, 29). Llegó a Alejandría, donde «las naves de Kittim», los romanos, se enfrentaron con él. El cónsul romano Cayo Pompilio Laenas humilló a Antíoco y lo obligó a retirarse al norte.

El reinado de terror de Antíoco

En su furor, Antíoco saqueó de nuevo lo que había quedado de Jerusalén, dejando intactos sólo a los que habían renegado de la alianza (11, 30). Esta vez, sin embargo, estaba resuelto a acabar con la religión judía. Abolió «el sacrificio perpetuo», y en diciembre del año 167 a. C. erigió «la abominación de la desolación», la estatua de Zeus Olímpico sobre el altar de los holocaustos del templo. También quemó «rollos de la ley», la Torá, y prohibió la circuncisión y todas las demás prácticas de la fe judía, quitando la vida a todo el que desafiara sus leyes injustas (cf. *1 Mac* 1, 54-63; *2 Mac* 6, 1-2). Muchos judíos, que eran «transgresores de la santa alianza» por sus acomodaciones a las políticas helenizantes de Antíoco, ahora apostataron completamente. Otros, sin embargo, permanecieron leales a su Dios (cf. 11, 32). Éstos sufrieron persecución cruenta durante tres años, hasta el 164 a. C., en que fue dedicado de nuevo el templo.

Los «sabios» de la nación (cf. 11, 33; hebreo *maskîlîm*), un término que aparece también en 11, 35 y 12, 3.10, son los fieles líderes judíos que se opusieron a la helenización. A éstos se los llama más tarde en griego *hasidaioi*, «hasideos», una palabra deriva-

da del hebreo *hasidim*, «los piadosos» (cf. *1 Mac* 2, 42; 7, 13; *2 Mac* 14, 6). Toda vez que el sumo sacerdote Jasón y otros sacerdotes habían consentido en la helenización (cf. *2 Mac* 4, 7-16), muchos judíos de a pie se preguntaban si ellos también debían adaptar sus valores a las nuevas corrientes. En consecuencia, los guías sabios instruyeron «a muchos», a la multitud, para que no cayeran en compromisos, sino que se mantuvieran firmes en su fe. Su fidelidad los haría «durante algún tiempo» caer «por la espada, por el fuego, por el destierro y por el saqueo» (11, 33). «Mientras ellos caen, recibirán una pequeña ayuda», una referencia a la resistencia macabea bajo Matatías y su hijo Judas (cf. *1 Mac* 2, 15-28.42-48; 3, 10-26; 4, 1-25).

La expresión «una pequeña ayuda» denota la falta de entusiasmo de nuestro autor por la intervención militar. Muchos judíos que habían seguido los usos helenísticos por intereses económicos y sociales se unieron ahora a la resistencia macabea «hipócritamente», es decir, con el fin de salvar sus cuellos. Pues Matatías y Judas trataron con dureza a los judíos apóstatas (cf. *1 Mac* 2, 44-46; 3, 5-8). Algunos de los «sabios» caerían, «de manera que habrá entre ellos quienes serán acrisolados, purificados y blanqueados». La persecución duraría sólo hasta el tiempo «prefijado» (cf. 11, 35) por el Señor de la historia. Nuestro autor favoreció claramente la resistencia no-violenta en lugar de la acción militar. El sufrimiento y muerte de los fieles judíos sería el medio del que Dios se valdría para acrisolar, purificar y blanquear al resto del pueblo. Como observa James A. Montgomery en su comentario, este verso es la expresión más antigua de la idea de que «la sangre de los mártires es semilla de la Iglesia».

La resistencia no-violenta ha sido también la filosofía de líderes tan eficaces como Mahatma Gandhi

(1869-1948). Se le aprecia universalmente por su lucha no violenta contra el dominio británico para obtener la justicia social y la independencia política para la India. Hoy se le llama el padre de su país. Martin Luther King Jr. (1929-1968) es otro ejemplo destacado. Era un ministro baptista elocuente, y se convirtió en un líder carismático del movimiento de los derechos civiles en los Estados Unidos desde la mitad de los años cincuenta hasta su muerte. Incluso cuando arrostró la violencia, nunca recurrió a la violencia. Obtuvo el premio Nobel de la paz en 1964 por aplicar los principios de la resistencia no-violenta a la lucha en favor de la igualdad racial y la justicia. Escribió en cierta ocasión: «De vez en cuando desarrolla uno una convicción en su vida que es tan valiosa y llena de sentido que uno se adhiere a ella hasta el final. Si todos los negros de los Estados Unidos se convirtieran a la violencia, yo preferiría seguir siendo la única voz solitaria que proclamara que ese camino es equivocado». Como Gandhi antes que él, King pagó un precio por su convicción. Fue asesinado por sus enemigos.

Antíoco IV atacó al «príncipe de una alianza», el sumo sacerdote legítimo (cf. 11, 22) y luego «la santa alianza» misma (cf. 11, 30), porque la alianza es lo que hizo a los judíos diferentes de cualesquiera otros. Las exigencias de la alianza los hicieron disidentes en una sociedad pagana. Los judíos leales no comprometerían su fe para consentir a la política tiránica de helenización. Por tanto, Antíoco lanzó un ataque a fondo contra ellos. Pero incluso a riesgo de sus vidas, muchos permanecieron fieles, negándose a adaptarse a las leyes civiles.

Por desgracia, los judíos han sido perseguidos en el curso de los siglos, incluso por cristianos, simplemente porque eran judíos. Pero cualquier forma de sentimiento antijudío es inmoral y hay que deplo-

rarla, especialmente por parte de los cristianos, que son también el pueblo de la alianza. «[Jesús] es mediador de una nueva alianza» (*Heb* 9, 15; cf. *Mt* 26, 28; *1 Cor* 11, 25). Los cristianos que son fieles a su nombre deben también ser disidentes en una sociedad pagana cuando las leyes civiles están en desacuerdo con las leyes de Dios. Que una práctica sea legal no la convierte en moral. La leyes que validaban la segregación racial en los Estados Unidos y en Sudáfrica lo confirman. El aborto legal también. Los cristianos deben estar dispuestos a pagar un precio por sus convicciones, como han hecho siempre los mártires desde la antigüedad hasta nuestros días. Los cristianos nunca serán populares por sus posiciones sobre cuestiones morales. Las palabras de nuestro Señor Jesús lo predicen. «Acordaos de la palabra que os dije: El esclavo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, guardarán también la vuestra» (*Jn* 15, 20).

Muchos judíos aprobaron la política de helenización de Antíoco. Eran sobre todo de las clases rica y sacerdotal, que habrían sufrido grandes pérdidas si se hubieran opuesto al gobierno. Algunos, no cabe duda, actuaron de buena fe, convencidos de que podían ajustar y adaptar las prácticas de su fe ancestral a los nuevos usos de la cultura y filosofía griegas. Pero nuestro autor estaba entre aquellos que consideraron dichos intentos como componendas religiosas y morales con consecuencias devastadoras. La acomodación a las costumbres y valores de una sociedad pagana es también la tentación perenne de los cristianos. Para progresar social y económicamente vivimos según pautas que son incompatibles con el evangelio. Podemos tomar parte en los aspectos exteriores de la fe cristiana, como la oración y la liturgia, y recibir los sacramentos regularmente. In-

cluso hacemos ejercicios y días de retiro. Leemos y estudiamos la Escritura y hablamos de nuestra fe cristiana como algo importante. Pero nuestro estilo de vida indica un conjunto de valores y prioridades que no son muy diferentes de los de un no-cristiano. El éxito y la acumulación de riqueza son las motivaciones primarias de mucha gente. El resultado es un testimonio menos que convincente de la fe que profesamos. Los cristianos adultos se sorprenden a veces de las actitudes y metas paganas de sus hijos. Pero los hijos aprenden la mayoría de sus actitudes y metas de sus padres.

Antíoco IV no se conformó con perseguir la religión judía y profanar el templo. En su arrogancia añadió a su nombre el epíteto «Epífanes», que significa «[dios] Manifiesto». En las monedas puso el título «theós», que significa «dios», junto a su nombre e hizo que su retrato se pareciera a la imagen de Zeus Olímpico, el dios principal del panteón griego, soberano de los cielos y padre de los dioses y de los héroes mortales. Así Antíoco se ensalzó «por encima de todos los dioses». Para los judíos monoteístas éstas eran blasfemias terribles «contra el Dios de los dioses» (11, 36), el Dios verdadero de Israel, al que *Dt* 10, 17 describe como «el Dios de los dioses y el Señor de los señores, el Dios grande, fuerte y terrible». Antíoco ni siquiera «se preocupará del dios de sus padres, ni del dios predilecto de las mujeres», el dios de la fertilidad Tammuz, llamado Adonis por los griegos. La razón es que Antíoco se ensalzó «por encima de todos» (11, 37). En lugar de honrar a Apolo, uno de sus dioses ancestrales, Antíoco dio culto y se identificó a sí mismo con Zeus Olímpico, «el dios de las fortalezas» (11, 38). Los romanos identificaron a Zeus con el dios de su fortaleza de Roma. Antíoco era generoso y «colmó de honores» (11, 39) a los que promovían su política (cf. *1 Mac* 2, 18; *2 Mac* 7, 24).

El culto del dios de la fertilidad Tammuz/Adonis y de la diosa del amor Venus sigue estando bastante vivo hoy. La televisión y la radio, las revistas y los vídeos, tributan su homenaje a estas «deidades». Pero estos dioses no tienen consistencia; no pueden salvar o dar sentido. Zeus, «el dios de las fortalezas», como Marte, el dios romano de la guerra, sigue siendo venerado por los poderes principales. El complejo industrial-militar obtiene inmensos beneficios de la producción y venta de armas de destrucción.

La muerte de Antíoco

Hasta 11, 39 nuestro autor ha ofrecido una historia algo velada de la vida de Antíoco como «profecía después del acontecimiento». Ahora da lo que parece ser una previsión de acontecimientos que conducen a la muerte de Antíoco, que se producirá, con toda probabilidad, después de la publicación del libro (11, 40-45). Pero ninguno de los materiales que se ofrecen aquí corresponde a lo que conocemos por otras fuentes. El autor, usando la convención bíblica de la predicción imaginaria, está hablando no obstante con autoridad bajo la inspiración divina. Lo que se enseña aquí no es la exactitud de ciertos detalles que proceden de la imaginación creadora del autor, basada en pasadas intervenciones en Egipto y en otros lugares, sino la certeza de que Dios intervendrá «en el tiempo del fin» (11, 40). Toda vez que Antíoco cometió muchas de sus peores atrocidades en Palestina, el autor coloca el lugar de la muerte del tirano en la región de colinas que se encuentra al oeste de Jerusalén, «entre el mar», el Mediterráneo, y «el monte de la santa magnificencia», el Monte Sión, lugar del Templo (11, 45). Algunos de estos detalles están basados en el combate apocalíptico entre el bien y el

mal descritos en *Ez* 38, 1 - 39, 20. Sin embargo, está históricamente documentado que Antíoco empleó sus últimos días tratando de recaudar dinero saqueando el rico templo de Artemis en Elimais. Rechazado por la población enfurecida, Antíoco se vio forzado a retirarse a Tebas, junto a Isfahan, en Persia, donde fue atacado por una misteriosa enfermedad y murió de forma miserable el año 164 a. C. (cf. *1 Mac* 6, 1-16). En verdad no había nadie que lo ayudara (cf. 11, 45), o como se decía en 8, 25, «fue quebrantado, y no por mano de hombre».

XX

«MUCHOS DE LOS QUE DUERMEN EN EL POLVO DE LA TIERRA SE DESPERTARÁN»
(Dan, 12, 1-13)

1En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran prín-
cipe, el defensor de los hijos de tu pueblo; será un
tiempo de angustia, cual no lo hubo desde que
existen las naciones hasta entonces. En aquel tiem-
po se salvará tu pueblo, todos los que están ins-
critos en el libro.
2Muchos de los que duermen en el polvo de la tie-
rra despertarán: éstos, para la vida eterna, aqué-
llos, para el oprobio, para el horror eterno. 3Los
sabios brillarán como el resplandor del firmamen-
to; y los que enseñaron a muchos la justicia, como
las estrellas, por siempre jamás.
4Pero tú, Daniel, guarda en secreto estas palabras
y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos lo
examinarán, y se aumentará el conocimiento.
5Y yo, Daniel, miré y vi de pronto a otros dos, que
estaban de pie, el uno al lado de acá del río y el
otro al lado de allá. 6Uno de ellos dijo al hombre
vestido de lino que estaba sobre las aguas del río:
¿Para cuándo será el tiempo de estas maravillas? 7Y
oí al hombre vestido de lino que estaba sobre las

aguas del río. Levantó hacia el cielo la mano derecha y la mano izquierda, y juró por el que vive eternamente: Para un tiempo, dos tiempos y la mitad de un tiempo. Cuando termine el que aplasta la fuerza del pueblo santo, se realizarán todas estas cosas.
[8]Yo oí, pero no comprendí. Pregunté entonces: Mi señor, ¿cuál será el fin de estas cosas? [9]El respondió: Vete, Daniel, porque estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. [10]Muchos serán purificados, blanqueados y acrisolados. Los impíos obrarán impíamente. Ningún impío comprenderá; los sabios, en cambio, comprenderán. [11]Desde el momento en que sea abolido el sacrificio perpetuo e instalada la abominación de la desolación, pasarán mil doscientos noventa días. [12]Bienaventurado el que espere y llegue a mil trescientos treinta y cinco días. [13]Mas tú, vete hasta el fin. Descansarás y te levantarás al fin de los días para recibir tu parte.

Llegamos ahora a la sección final de este largo apocalipsis que comenzó en 10, 1. Aquí el autor expresa su firme convicción de que al final se hará justicia a los judíos que sufrieron persecución en el reino de terror instaurado por Antíoco IV. Deberíamos entender 12, 1-13 como continuación de la predicción de 11, 40-45, la previsión imaginaria de la muerte del tirano. Sin embargo, los versículos presentes contienen una revelación que es mucho más significativa y consoladora que la muerte de Antíoco. Lo que el autor enseña es que los justos que perseveren hasta el final recibirán su recompensa, no en la vida presente, sino en la vida venidera en que vivirán para siempre.

La victoria de los justos

Los cuatro primeros versículos (12, 1-4) contienen las palabras conclusivas de la extensa revelación

del ángel que comenzó en 10, 12. Miguel, al que encontramos por primera vez en 10, 13 y de nuevo en 10, 21, aparece por tercera vez para añadir solemnidad a la escena (cf. 12, 1). Como señalé anteriormente, la triple repetición indica el grado superlativo. Así, la mención del nombre de Miguel tres veces en este apocalipsis destaca la importancia de su papel en la protección del pueblo de Dios. El ángel le dice a Daniel que Miguel, al que anteriormente se había descrito como «uno de los primeros príncipes» (10, 13) y «vuestro jefe» (10, 21) es verdaderamente «el gran príncipe, el defensor de los hijos de tu pueblo» (12, 1). Enviado por Dios, Miguel, que antes había vencido a los príncipes de Persia y Grecia (cf. 10, 13.20-21), ahora se levanta para defender y librar al Israel de la fe, a los judíos leales que fueron perseguidos y martirizados cuando pudieron haber salvado su vida y su fortuna obrando de acuerdo con las leyes injustas de Antíoco. A diferencia del ángel que tenía cantidad de cosas que decir a Daniel (10, 11 - 12, 4), Miguel no profiere palabra alguna en toda la secuencia. Sin embargo, su presencia en esta escena final habla elocuentemente de la importancia de su papel como guardián del pueblo de Dios.

La expresión «aquel tiempo» aparece también tres veces, y en un único versículo (12, 1). La tercera vez que figura (por tanto, la más enfática) destaca la declaración sobre el tiempo final venidero. La expresión «en aquel tiempo», repetida dos veces, al comienzo y al final del versículo, se encuentra especialmente en los Profetas (cf. *Jer* 3, 17; 4, 11; 8, 1; 31, 1; *Jl* 4, 1-2; *Sof* 1, 12; 3, 19-20; cf. también *Mt* 24, 21). Es una frase escatológica que se emplea deliberadamente aquí para evocar en los lectores la certeza respecto a la intervención divina que tendrá lugar, aunque en un futuro que sólo Dios conoce. Pero antes de que Dios intervenga, habrá «un tiempo de angustia, cual no lo

hubo desde que existen las naciones hasta entonces». Esto no es sólo una referencia a la persecución de Antíoco IV, una persecución que para el autor, que la vivió y no la conoció simplemente de oídas, fue realmente como no la hubo antes. Las palabras citadas son también una convención literaria que los autores sagrados emplean para describir los cataclismos que, según la Biblia, acompañarán al tiempo en que Dios interviene en la historia humana para enderezar todos los entuertos (cf. *Éx* 9, 18; *Jer* 30, 7; *Jl* 2, 1-2; *Mt* 24, 29-31; *Mc* 13, 19; *Ap* 16, 18).

Pero el pueblo de Daniel «se salvará, todos los que están inscritos en el libro» (12, 1). En 10, 21, se menciona «el libro de la verdad», un documento de la revelación que el ángel está a punto de dar. Uno de los manuscritos del Mar Muerto contiene estas palabras: «(Libra a tu pueblo)... a cada uno que está escrito en el libro de la vida». La expresión «el libro de la vida» aparece también en *Sal* 69, 29. También el Nuevo Testamento habla de este libro en que están inscritos los nombres de los fieles seguidores del Señor (*Flp* 4, 3) y una historia de su conducta. «Vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono, y fueron abiertos los libros. Y fue abierto otro libro, que es el de la vida; y los muertos fueron juzgados de lo que estaba escrito en los libros, según sus obras» (*Ap* 20, 12; cf. 3, 5; 13, 8; 20, 15; 21, 27). Sólo aquellos judíos que habían permanecido inconmovibles en su fe a pesar de la persecución tienen sus nombres «escritos en el libro». Se salvarán verdaderamente de su miseria y dolor.

Doctrina de la resurrección

Pasamos ahora al versículo más importante, y más discutido, del libro (12, 2), en el que se propone la

enseñanza sobre la resurrección. «Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán: éstos, para la vida eterna, aquéllos, para el oprobio, para el horror eterno» (12, 2). No importa cuáles hayan sido las pruebas y tribulaciones del pasado, habrá un término. Dios intervendrá. Salvará a su pueblo y lo recompensará más allá de sus mayores expectativas. Aquí hay por primera vez una enseñanza clara sobre la vida después de la muerte. En los primeros libros bíblicos, el Sheol o mundo inferior era el lugar final de descanso para todos los mortales, santos o pecadores. El Sheol no era un lugar de retribución para los virtuosos o para los malvados. Era considerado simplemente como morada de los muertos. La recompensa por la justicia y el castigo por el pecado sólo se repartían en la vida terrena (cf. *Lev* 26, 1-39; *Dt* 28, 1-68). Todavía quedan entre nosotros restos de esta idea, en la llamada ética puritana del trabajo.

En el Sheol los muertos tenían una supervivencia sombría, oscura, lánguida, completamente desprovista de cualquier cosa parecida a la vida. El Sheol era simplemente «la tierra del olvido» (*Sal* 88, 13), en la que uno estaba desgajado incluso de Dios. «Estoy dejado entre los muertos, igual que los difuntos que yacen en la tumba, de los que no vuelves a acordarte, separados que fueron de tu mano» (*Sal* 88, 6). «Todo lo que tu mano pueda hacer, hazlo con decisión, porque en el sheol, adonde vas, no hay actividad, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría» (*Ecl* 9, 10). «Da y toma, y alegra tu alma; porque no hay que buscar en el Hades el placer» (*Eclo* 14, 16). «No se tiene de ti memoria entre los muertos, y en el sheol ¿quién puede darte gracias?» (*Sal* 6, 6).

Se ha discutido mucho sobre 12, 2. Las opiniones oscilan entre la resurrección para toda la gente (buenos y malos, judíos y no judíos) y la resurrección para los mártires judíos exclusivamente. Pero

parece cierto lo siguiente: al menos dos grupos de personas recibirán después de la muerte recompensa por sus acciones: por un lado, los judíos que permanecieron fieles a su fe a pesar de la persecución; éstos serán recompensados en la resurrección en que despertarán «para la vida eterna»; y por otro, los judíos que apostataron de su fe en vez de sufrir por ella; después de la muerte, éstos permanecerán en la tumba, donde se corromperán y despertarán «para el oprobio, para el horror eterno». Al describir el castigo de los malvados, nuestro autor tenía en mente el último verso de Isaías: «Y cuando salgan, verán los cadáveres de aquellos que se rebelaron contra mí, pues no morirá su gusano, ni su fuego se apagará, y serán un horror para todo mortal» (*Is* 66, 24). Dado que el autor estaba escribiendo para compañeros judíos creyentes, es improbable que haya intentado enseñar algo sobre la retribución después de la muerte para los no-judíos.

Algunos estudiosos han sostenido que la resurrección se enseña también en Isaías 26, 19: «Revivirán tus muertos, mis cadáveres se levantarán, se despertarán, exultarán los moradores del polvo, pues rocío de luces es tu rocío, y la tierra echará de su seno las sombras». Pero es más probable que este texto sólo prometa una restauración de la nación después de su derrota, como en la visión de los huesos secos del pueblo que retornan a la vida en *Ez* 37, 11-14. Sin embargo, el texto de *Dan* 12, 2 es la primera enseñanza segura sobre la resurrección, al menos para los fieles judíos. Esta enseñanza resulta más explícita pocos años más tarde en *2 Mac* 7, 7-23; 12, 38-46; 14, 45-46.

El Libro de la Sabiduría, escrito después de Daniel y de los Macabeos, enseña que las doctrinas bíblicas más antiguas sobre la muerte, el Sheol y la recompensa terrestre por la virtud y el castigo por la

maldad (cf. *Dt* 28, 1-68) no cuentan toda la historia. Después de la muerte los justos serán recompensados con la inmortalidad (cf. *Sab* 3, 4; 4, 1; 8, 13.17; 15, 3) y la incorrupción (cf. *Sab* 2, 23; 6, 18; 19). «Las almas de los justos están en la mano de Dios» (*Sab* 3, 1). Los seres humanos son inmortales, no por la inmortalidad congénita del alma, como pensaba Platón. Más bien, la inmortalidad es un puro don que Dios otorga a los que son justos (cf. *Sab* 6, 17-20). El destino de los malvados es menos claro, pero «quedarán desolados hasta el extremo; se encontrarán en el dolor, y perecerá su memoria» (*Sab* 4, 19). Más tarde, la literatura judía y naturalmente el Nuevo Testamento son más explícitos respecto a la retribución para los malvados así como para los virtuosos. La enseñanza de Jesús en *Mt* 25, 31-46 es elocuente.

Respecto al misterio de la muerte, la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual (*Gaudium et spes*) del Vaticano II, afirma: «El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo» (*GS* 18). «Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad. Cristo resucitó; con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: ¡Abbá!, ¡Padre! (cf. *Rom* 8, 15; *Gál* 4, 6)» (*GS* 22).

La muerte es parte de la vida. Todas las criaturas vivientes deben extinguirse. Pero la muerte para los que creen en el Señor, que resucitó de entre los muertos, no es el fin de su existencia. La muerte es un tránsito desde esta vida mortal a la vida inmortal con

Dios. Así podemos exclamar con Pablo: «La victoria se tragó a la muerte. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado es la ley. Pero ¡gracias a Dios que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!» (*1 Cor* 15, 54-57). Pablo declaró también: «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios, y coherederos de Cristo, puesto que padecemos con él y así también con él seremos glorificados. Efectivamente, yo tengo para mí que los sufrimientos del tiempo presente no merecen compararse con la gloria venidera que en nosotros será revelada» (*Rom* 8, 16-18).

Recompensa especial para los guías sabios

Nuestro autor habla ahora del destino de los «sabios» (en hebreo *maskîlîm*), mencionados en este apocalipsis por tres veces, número enfático (cf. 11, 35; 12, 3.10). Éstos recibirán gloria especial en la resurrección, pues «brillarán como el resplandor del firmamento». Los sabios defendieron con firmeza la ley de Moisés y se opusieron vigorosamente a la política de helenización. Estuvieron también en la vanguardia de la resistencia no-violenta, y así «enseñaron a muchos la justicia». Por su arrojo ante el peligro extremo de sus vidas, «los sabios» se distinguirán del resto de los mártires, porque serán «como las estrellas, por siempre jamás» (12, 3). Aquí, como en *Job* 38, 7, las estrellas simbolizan probablemente a los ángeles. Así, estos valientes líderes participarán del esplendor de los mismos ángeles.

Tras completar la revelación, el ángel le dice a Daniel: «Guarda en secreto estas palabras y sella el libro

hasta el tiempo final». Gabriel había dado a Daniel una orden semejante en 8, 26. El «tiempo final» es evidentemente una referencia al tiempo de la publicación del libro en el que otros fieles judíos podrán leer este apocalipsis y así verse motivados para permanecer leales a su fe. Sellar un libro era una cosa seria (cf. *Is* 29, 11). Sólo personas autorizadas podían romper el sello. «Y vi a la derecha del que estaba sentado en el trono un rollo escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos... Y yo lloraba mucho, porque nadie fue hallado digno de abrir el rollo y de examinarlo. Y uno de los ancianos me dijo: "Deja de llorar; que ha vencido el león de la tribu de Judá, la raíz de David, para abrir el rollo y sus siete sellos"» (*Ap* 5, 1.4-5).

Epílogo

Daniel ve ahora dos ángeles «que estaban de pie, el uno al lado de acá del río y el otro al lado de allá» (12, 5). (Se había mencionado al río por primera vez en 10, 4.) La razón para que estén estos dos es que el testimonio dado bajo juramento requería dos o tres testigos (cf. *Dt* 19, 15). Un ángel pregunta al otro, al que estaba vestido de lino, la cuestión «para cuándo», que hemos visto por vez primera en 8, 13, cuestión relativa al «tiempo de estas maravillas» (12, 6). El otro no sólo levanta su mano derecha, como es habitual en los juramentos, sino también su izquierda, para añadir solemnidad; jura que sería «para un tiempo, dos tiempos y la mitad de un tiempo». Ésta es la misma expresión que figura en 7, 25; en 9, 27, la misma duración de tiempo se describe como «media semana» de años. «El que aplasta la fuerza del pueblo santo», Antíoco IV, y su persecución tendrían por tanto un final (cf. 12,

7). Daniel oye, pero no comprende este mensaje; de ahí que pida iluminación (cf. 12, 8).

El ángel le dice simplemente a Daniel que siga su camino, pues «las palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin» (12, 9), las mismas instrucciones dadas en 12, 4. El ángel habla de nuevo de la persecución en que muchos judíos serán «purificados, blanqueados y acrisolados», palabras usadas sólo para «los sabios» en 11, 35. Los «malvados» son los judíos que comprometieron su fe; no tienen ninguna comprensión de los caminos de Dios al permitir que tenga lugar la persecución. Pero «los sabios» comprenden (12, 10). Luego comunica el ángel la suma de tiempo en que la «abominación de la desolación» (la estatua de Zeus, como en 8, 13) permanecerá en el templo: 1.290 días (cf. 12, 11). El tiempo indicado en 8, 14 es de 1.150 días. En realidad, la estatua fue retirada después de 1.103 días, cuando se volvió a consagrar el templo (cf. *1 Mac* 4, 52-53). En 12, 12 el ángel bendice a los que perseveren 1.335 días. Cabe la posibilidad de que diferentes editores del libro sean responsables de estos números. Pero es más verosímil que los números se usen simbólicamente, como en la mayoría de los demás casos. Los lectores originales, sin duda alguna, comprendieron el simbolismo aquí presente, pero hoy se nos escapa. Finalmente, el ángel se despide de Daniel para que pueda descansar en la tumba (cf. *Is* 57, 1-2). Pero ése no será el final de Daniel, pues resucitará para recibir su parte al fin de los días (cf. 12, 13). Así concluye el apocalipsis final. Como observó Moses Stuart en su viejo comentario (1850), esta conclusión «es una promesa llena de consuelo para él, que era ya de edad muy avanzada, y llena de consuelo para todos los que caminan siguiendo sus pasos y están animados por su espíritu».

Las muchas oscuridades del lenguaje y del simbolismo en estos cinco apocalipsis sirven de oportunos recordatorios de que el Libro de Daniel no debería leerse como una colección de predicciones relativas a tiempos recientes y actuales. Los cristianos fundamentalistas y los predicadores de televisión han leído en estos apocalipsis toda clase de cosas que han sucedido a lo largo de la historia hasta nuestros días, incluida la crisis del Golfo de 1990-1991 y la tragedia de Waco, en Tejas, donde David Koresh y muchos secuaces de su secta davídica murieron quemados en 1993. Aprovechando el cambio de milenio, los fundamentalistas ya han empezado a presentarse con más pronósticos todavía acerca de la inminencia del «fin». Ven el los «mil años» de *Ap* 20, 1-6 una referencia al año 2000. Pero la expresión «mil años», como otros números del Apocalipsis y del resto de la Biblia, no se ha de tomar literalmente, sino simbólicamente, como el largo intervalo entre el encadenamiento de Satanás (símbolo de la victoria lograda por Jesús sobre las fuerzas del mal y la muerte misma con su vida-muerte-resurrección) y el fin del mundo. Sólo Dios conoce el «fin», como Jesús recordó enérgicamente. «En cuanto al día aquel y la hora, nadie lo sabe, ni los ángeles de los cielos, ni el Hijo, sino el Padre solo» (*Mt* 24, 36).

Sería completa arrogancia abusar de la Biblia para sugerir un calendario más preciso.

XXI

«UNA MUJER, LLAMADA SUSANA, MUY HERMOSA Y TEMEROSA DE DIOS» (Dan 13, 1-27)

[1]*Vivía en Babilonia un hombre llamado Yoakim.*
[2]*Tomó por esposa a una mujer, llamada Susana,*
hija de Jilquías, muy hermosa y temerosa de Dios;
[3]*sus padres eran justos y la habían educado según*
la ley de Moisés. [4]*Yoakim era muy rico y tenía un*
jardín junto a su casa. Allí se reunían los judíos,
por ser él el más honorable de todos. [5]*En aquel*
año habían sido elegidos jueces dos ancianos del
pueblo, de esos de quienes dijo el Señor: La ini-
quidad salió de Babilonia por unos ancianos, cons-
tituidos en jueces, que parecían gobernar al pue-
blo. [6]*Frecuentaban éstos la casa de Yoakim, y a*
ellos se dirigían cuantos tenían algún pleito. [7]*Hacia*
el mediodía, cuando la gente se había marchado,
entraba Susana a pasear por el jardín de su ma-
rido. [8]*Los dos ancianos, que la veían todos los días*
entrar y pasearse, sintieron malos deseos por ella.
[9]*Pervirtieron su juicio y bajaron los ojos, para no*
mirar al Cielo y olvidar los justos juicios. [10]*Ambos*
estaban heridos de pasión por ella, pero no se co-
municaron el uno al otro su tormento, [11]*porque se*

avergonzaban de revelar su pasión y el deseo que
tenían de unirse a ella. [12]Todos los días espiaban
con afán la ocasión de verla. [13]Un día se dijeron
uno a otro: Vamos a casa, que ya es hora de comer.
Una vez fuera, cada uno se fue por su lado; [14]pero,
volviéndose atrás, se encontraron en el mismo sitio;
y, preguntándose uno a otro la causa, confesaron
su pasión, y entonces decidieron de común acuer-
do buscar la ocasión en que pudieran hallarla sola.
[15]Sucedió entonces que, mientras espiaban la oca-
sión favorable, entró ella una vez en el jardín,
como los días anteriores, acompañada solamente de
dos doncellas; y, como hacía mucho calor, quiso
darse un baño. [16]No había nadie allí, excepto los
dos ancianos escondidos, que la estaban acechan-
do. [17]Ella dijo a las doncellas: Traedme el aceite y
los perfumes y cerrad las puertas del jardín, para
que pueda bañarme. [18]Ellas hicieron como les dijo:
cerraron las puertas del jardín y salieron por la
puerta lateral para traer lo que les había pedido;
pero nada sabían de los ancianos que estaban es-
condidos. [19]Apenas salieron las doncellas, se levan-
taron los dos viejos y se precipitaron hacia ella,
[20]diciéndole: Mira, las puertas del jardín están ce-
rradas, y nadie nos ve. Nosotros ardemos en pa-
sión por ti; consiente, pues, y entrégate a nosotros;
[21]si no, testificaremos contra ti, diciendo que un
joven estaba contigo y que por eso despediste a las
doncellas. [22]Suspiró angustiada Susana diciendo: Por
todas partes me cerca la angustia. Porque, si hago
esto, me espera la muerte; y si no lo hago, no
podré escapar de vuestras manos. [23]Pero es prefe-
rible para mí caer en vuestras manos sin haberlo
hecho, que pecar contra el Señor. [24]Gritó entonces
Susana con todas sus fuerzas. Pero los dos viejos
gritaron también contra ella, [25]y uno de ellos co-
rrió a abrir las puertas del jardín.

[26]Cuando los que estaban en casa oyeron los gritos en el jardín, se precipitaron por la puerta lateral, para ver lo que le había sucedido. [27]Mas, cuando los viejos dijeron su acusación, los criados quedaron totalmente confundidos, porque nunca se había dicho cosa semejante de Susana.

Llegamos ahora al apéndice del libro con las tres encantadoras narraciones de Susana (cap. 13), Bel (14, 1-22) y el dragón (14, 23-42). A diferencia de los relatos homiléticos de los capítulos 1-6, éstos son cuentos populares entretenidos con todos los elementos de un buen relato corto: caracterización, suspense, trama y desenlace. El episodio de Susana es único porque la acción se desarrolla en la comunidad y el tribunal locales judíos, y no en los tribunales paganos de los reyes, como sucede en las otras historias. El de Susana es también el primer relato detectivesco de la literatura mundial; y como drama que se desarrolla en una sala de justicia, anticipa en más de dos milenios los misterios de personajes como Perry Mason, Matlock y otras series de televisión y películas famosas. El relato de Susana es el de la castidad conyugal de una mujer que triunfa sobre la concupiscencia y el engaño de dos ancianos de la comunidad judía.

El relato puede leerse también como parábola. Los dos ancianos criminales, a uno de los cuales llama Daniel «raza de Canaán» (13, 56), simbolizarían a los judíos apóstatas, especialmente bajo Antíoco IV Epífanes, que intentaron que los judíos leales, simbolizados por Susana, abandonaran su religión. Los profetas llamaron a menudo a la apostasía «fornicación» y «adulterio» (cf. *Is* 1, 21; 57, 3; *Jer* 3, 8-9; 5, 7; 13, 27; *Ez* 6, 9; 23, 27; *Os* 2, 4). Así, la respuesta valiente de Susana a los dos libertinos («Si hago esto, me espera la muerte; y si no lo hago, no podré es-

capar de vuestras manos. Pero es preferible para mí caer en vuestras manos sin haberlo hecho, que pecar contra el Señor» [13, 22-23]) expresaría exactamente la convicción de los judíos que se dejaban martirizar antes que renunciar a su fe.

El relato de Susana ha cautivado a los artistas a lo largo de los tiempos. De todas las mujeres del Antiguo Testamento, Susana es probablemente la más representada en el arte. Los frescos de las catacumbas de los siglos segundo al cuarto representan distintas escenas del relato. Una de las pinturas más impresionantes, hallada en el cementerio de Pretestato, es una obra de mediados del siglo IV en la que aparece Susana bajo la figura de un cordero entre dos lobos. Los frescos de Baldassarre Croce realizados a comienzos del siglo XVII en la iglesia de Santa Susana, en Roma, describen toda la historia.

Los tres relatos del apéndice nos han llegado en griego. Pero hoy coinciden muchos estudiosos en afirmar que el hebreo es la lengua original. Por desgracia, el texto hebreo ya no existe. Muchas traducciones están basadas en la versión de Teodoción. En la versión de los Setenta hay diferencias, algunas de las cuales se señalarán en mi comentario.

La virtud de Susana

Ya al principio, como en todo relato corto, tenemos el escenario del episodio, que es Babilonia, y luego a los personajes de la narración. En hebreo, Yoakim, nombre del marido de Susana (cf. 13, 1) significa «JHWH demostrará». Este nombre nos insinúa el resultado del relato, cuando el Señor «establecerá» la inocencia de Susana. El nombre de ésta, en hebreo, significa «lirio». En las catacumbas de Domitila y Calixto y en los mosaicos de Rávena, las

flores significaban el estado de los santos en el cielo; el lirio simboliza la virginidad. En la Edad Media tardía, el lirio representaba la pureza, a Cristo, a María, y en particular la Anunciación. En el caso de Susana, el lirio simboliza, claro está, su pureza. Como Sara (cf. *Tob* 6, 2) y Judit (cf. 8, 7-8), Susana era muy bella (cf. 13, 2.32). Era la hija de Jilquías, que en hebreo significa «JHWH es mi porción». Sus piadosos padres cumplieron con sus responsabilidades educándola en la «ley de Moisés» (cf. 13, 3; cf. *Dt* 4, 9; 6, 6-7). Como José, Job, Tobías y Judit, Susana era muy rica, y su marido era muy respetado en la comunidad judía (cf. 13, 4). Pero su riqueza y condición social no la apartaron de sus obligaciones religiosas. Era una «mujer temerosa de Dios», lo cual da a entender que era sabia y observaba los mandamientos. Porque, como observa Ben Sirá, «Los que temen al Señor no son rebeldes a sus palabras; y los que lo aman, guardan sus caminos. Los que temen al Señor buscan complacerle; y los que lo aman, se sacian con su ley» (*Eclo* 2, 15-16).

Los viejos malvados y su complot

Ahora la trama se enmaraña. En este escenario de serenidad familiar y bienandanza entran dos malvados «ancianos del pueblo», a los que se había nombrado jueces (cf. 13, 5). Se suponía que estos hombres eran modelos de justicia y de rectitud (cf. *Lev* 19, 15). En cambio, estaban corrompidos hasta la médula. Como dice el viejo proverbio latino: *Corruptio optimi pessima*, «la corrupción de lo mejor es lo peor». Estos ancianos, al ser líderes de la comunidad, disfrutaban también de la hospitalidad en casa de Yoakim (cf. 13, 6). Hacia el mediodía, Susana tenía la costumbre de darse un paseo por el jardín. Los

dos ancianos, al verla cada día, «sintieron malos deseos por ella», suprimiendo «sus conciencias», no permitiendo que sus ojos «miraran al Cielo» y no guardando en su mente los «justos juicios». La secuencia es aquí la misma que en nuestra misma caída en el pecado: tentación, supresión de la voz de la conciencia, negativa a considerar los efectos espirituales de nuestra acción e ignorancia del justo juicio de Dios. Avergonzados de su deseo lascivo, ninguno de los dos le dijo al otro sus proyectos sobre Susana. Cada uno intentaba que el otro le dejara el camino despejado para poder satisfacer su lujuria a solas con ella. Pero ambos regresaron al jardín; ahora era inútil ocultar sus intenciones. Así, desvergonzadamente, «confesaron su pasión» y conspiraron para encontrarse con ella cuando estuviera sola (cf. 13, 10-14). A los pecadores les gusta acompañarse.

La literatura sapiencial del Antiguo Testamento era brutalmente franca al advertir sobre las tentaciones y pecados de la carne. «La pasión satisfecha hace morir al alma; pero los necios detestan evitar el mal» (*Prov* 13, 19). «No camines tras tus pasiones y reprime tus apetitos; si te concedes satisfacer tus pasiones, éstas te harán la irrisión de tus enemigos» (*Eclo* 18, 30-31). Como observadores agudos del paisaje humano, los sabios sabían que los apetitos sexuales no desaparecen con la edad. «Tres clases de gentes aborrece mi alma, y me irrito profundamente por su vida: pobre soberbio, rico mentiroso, y viejo adúltero desprovisto de inteligencia» (*Eclo* 25, 2). A menudo los consejos de los autores bíblicos en asuntos sexuales eran útiles y pragmáticos, pues se daban cuenta de que necesitamos todos los motivos posibles para guardar los mandamientos. Los pecados sexuales no sólo eran contrarios a la voluntad de Dios, sino que eran también contrarios a los mejores intereses de una persona. «No

fijes tu atención en doncella, no te veas castigado por causa suya. No te entregues a las meretrices, para que no pierdas tu herencia. No curiosees por las calles de la ciudad, y no divagues por sitios solitarios. Aparta la vista de mujer bien parecida, y no fijes tu atención en belleza ajena. Muchos se extraviaron por la belleza de la mujer, y por la hermosura se enciende la pasión como fuego» (*Eclo* 9, 5-8). Siempre realista, Ben Sirá conocía su propia debilidad; por eso formula una oración que todos podríamos hacer nuestra: «Señor, Padre y Dios de mi vida, no me des altivez de ojos, y aparta de mí la pasión. Que no se adueñen de mí el apetito del vientre y la unión carnal, ni me entregues a la pasión impúdica» (*Eclo* 23, 4-6).

El intento de estupro

Ahora se compone la escena para hacer caer a Susana en la trampa. Un día caluroso decide tomar un baño en la piscina del jardín. Se trataba de un momento de solaz perfectamente inocente, pues pensaba que estaba sola, a excepción de las dos criadas que habitualmente la acompañaban. Pero los dos hombres lascivos se habían ocultado en el jardín para observarla. Pide a las criadas que le traigan «el aceite y los perfumes» para emplearlos después del baño (cf. *2 Sam* 12, 20; *Rut* 3, 3; *Jdt* 10, 3). El aceite era a menudo perfumado para hacer un perfume fragante (*Mt* 26, 7). Susana dice luego a las criadas que cierren las puertas del jardín para preservar su modestia mientras se baña. Las doncellas hacen lo que se les dice y se retiran por una puerta lateral, presumiblemente la puerta de los sirvientes, sin saber «nada de los ancianos que estaban escondidos» (cf. 13, 18). Después que se retiran las doncellas, los dos ancia-

nos «mirones» corren hacia Susana, recordándole que las puertas del jardín estaban cerradas, de suerte que nadie puede verlos.

En su intento de estupro, ordenan a Susana que consienta a su pasión pecaminosa, diciéndole: «entrégate a nosotros» (cf. 13, 20), literalmente, «estáte con nosotros», delicado eufemismo del autor para la relación sexual (cf. *Gén* 39, 10; *2 Sam* 13, 20). Si se niega, ellos la amenazan con testificar contra ella que había despedido a las criadas porque un joven «estaba con» ella (13, 21), el mismo eufemismo de antes. Su amenaza de acusar a Susana del delito capital de adulterio con un joven si se niega a rendirse a ellos constituye una violencia grave. Por tanto, el delito de los ancianos es intento de estupro y no seducción, como con frecuencia afirman los estudiosos. La seducción se produce cuando uno induce o persuade a otro a tener relación sexual. Difícilmente se trata de eso en el caso presente. Lo que es especialmente despreciable es que los dos hombres abusan de su poder y autoridad como ancianos de la comunidad judía en su intento de violar a Susana. Como señaló agudamente Lord Acton en una ocasión: «El poder tiende a corromper, y el poder absoluto corrompe absolutamente» («Carta al obispo Mandell Creighton» [5 de abril de 1887]). Es triste decirlo: la historia conoce muchos otros individuos de instituciones religiosas que han explotado su poder y estado para ganarse la confianza de aquellos por los que se sentían sexualmente atraídos, con el fin de violarlos o seducirlos. Vienen a la mente las fuertes palabras de Jesús: «Es imposible que no haya escándalos. Pero ¡ay de aquel por quien vienen! Más le convendría que le ataran alrededor del cuello una rueda de molino y lo arrojaran al mar, que escandalizar a uno solo de estos pequeños» (*Lc* 17, 1-2).

Negativa de Susana a entregarse al estupro

A pesar de las amenazas de los dos ancianos, Susana se niega a rendirse a su intento de estupro. Ella les dice lo que como ancianos deberían saber, incluso aunque en su ardiente pasión prefieran no pensar en ello. Si cede a su lujuria, esto significaría la muerte para ella (cf. 13, 22) lo mismo que para ellos, pues en la ley de Moisés, que Susana aprendió de sus piadosos padres (cf. 13, 3), el castigo por no gritar durante un intento de violación era la muerte tanto para el hombre como para la mujer (cf. *Dt* 22, 23-24). Ella elige ser víctima del complot de los dos libertinos, diciéndoles valerosamente: «Es preferible para mí caer en vuestras manos sin haberlo hecho, que pecar contra el Señor» (13, 23). Susana prefiere ser acusada falsamente de adulterio «sin haberlo hecho» (13, 23) a cometer el delito efectivo de adulterio, cuyo castigo era la muerte (cf. *Lev* 20, 10; *Dt* 22, 22; *Jn* 8, 5). Cuando la mujer de Putifar trató de seducir a José, el cual, como Susana, era «llamativamente bello de rostro y bien parecido físicamente», José se negó a sus propuestas, diciendo: «¿Voy a cometer y este grande mal y pecar contra mi Dios?» (*Gén* 39, 9). Llega un momento de decisión en cuestiones morales en el que hay que tomar postura incluso con gran riesgo personal.

Susana grita con voz potente porque se ve amenazada con estupro. Su grito agudo está en armonía con la ley del Deuteronomio. «Si una joven virgen está desposada con un hombre, y otro hombre la encuentra en la ciudad y yace con ella, sacaréis a los dos a la puerta de la ciudad y los lapidaréis hasta que mueran: a la joven, por no haber gritado en la ciudad; al hombre por haber violado a la mujer de su prójimo. Así harás desaparecer el mal de en medio de ti» (*Dt* 22, 23-24). De esta suerte, Susana grita en

busca de ayuda. Los viejos también gritan, pero su grito era para cumplir la amenaza de acusar falsamente a Susana de adulterio. Luego uno de ellos abre las dos puertas del jardín. Al oír los gritos procedentes del jardín, los que estaban en la casa «se precipitaron por la puerta lateral, para ver lo que le había sucedido» (13, 26). Los dos libertinos acusan a Susana exactamente como habían amenazado hacer. Los sirvientes «quedaron totalmente confundidos, porque nunca se había dicho cosa semejante de Susana» (13, 27).

Algunas reflexiones

El sexo es una fuerza poderosa en nuestras vidas, sin que importe la edad que tengamos. Es una fuerza que necesita que se la tenga a raya. Si no controlamos nuestros impulsos y apetitos sexuales, nos controlarán ellos a nosotros y nos degradarán. La crisis que afrontó Susana ha cambiado hoy sólo en los detalles. El acoso sexual es un desafortunado hecho de la vida real. Algunos hombres y mujeres han usado su poder o posición como los dos ancianos, para obtener una gratificación sexual de sus subordinados. Para mitigar las inhibiciones sexuales de una persona renuente a ceder a las presiones para que se preste a favores sexuales, otros se han valido del alcohol o las drogas, o han recurrido al eslogan de que «Todo el mundo lo hace». Igualmente deplorable es el uso del sexo para obtener de los superiores ascensos en el empleo o carrera.

Deberíamos también recordar lo que dice Jesús sobre las miradas concupiscentes: «Habéis oído que se dijo: No cometerás adulterio. Pero yo os digo: Todo el que mira a una mujer con mal deseo, ya en su corazón cometió adulterio [con ella]» (*Mt* 5, 27-

28). Esto no significa que mirar y admirar la belleza de una persona y sus cualidades físicas sea inmoral. Leemos, por ejemplo, sobre la belleza de Judit: «Era hermosa de aspecto y muy agraciada a la vista» (*Jdt* 8, 7). Y Ester recibe estos cumplidos: «En su extremada hermosura estaba sonrosada; su rostro estaba radiante como encendido de amor» (*Est* 5, 1b). Es obvio que los autores sagrados que escribieron estas palabras apreciaban y celebraban la belleza de las mujeres. Porque, después de todo, Dios es el único que hizo bellos los cuerpos de las mujeres y de los hombres. Y Dios sabe que no estamos ciegos. Así, cuando admiramos y elogiamos la belleza de una persona, admiramos y elogiamos al Señor que la creó. «Pues partiendo de la grandeza y hermosura de las criaturas, se contempla por analogía a su creador» (*Sab* 13, 5).

Por consiguiente, no es equivocado mirar a una persona bella. Lo que nos puede conducir al pecado es nuestra falta de autocontrol y nuestra incapacidad para mantener los deseos a raya. Porque, como nos dijo Jesús, «de lo interior, del corazón de los hombres, proceden las malas intenciones, fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, maldades, engaños, lujuria, envidia, injuria, soberbia, desatino. Todos estos vicios proceden del interior y son los que contaminan al hombre» (*Mc* 7, 21-23). En nuestras relaciones con los demás, deberíamos tener presentes las palabras de *Tit* 1, 15: «Para los puros todo es puro; para los manchados y descreídos, nada hay puro; al contrario, tanto su razón como su conciencia están manchadas».

XXII

«SU CORAZÓN CONFIABA EN EL SEÑOR»
(Dan 13, 28-64)

[28]Al día siguiente, cuando el pueblo se reunió en casa de Yoakim, su marido, vinieron también los dos viejos, llenos de perversos pensamientos contra Susana, intentando condenarla a muerte. [29]Ante el pueblo, todos dijeron: Mandad venir a Susana, hija de Jilquías y mujer de Yoakim. Mandaron llamarla. [30]Ella vino con sus padres, sus hijos y todos sus parientes. [31]Era Susana de facciones delicadas y de una gran belleza. [32]Como iba cubierta con un velo, aquellos malvados mandaron que se lo quitaran, para saciarse de su belleza. [33]Mientras tanto, lloraban los suyos y cuantos la veían.
[34]Levantáronse entonces los dos viejos en medio del pueblo y le pusieron las manos sobre la cabeza. [35]Ella, llorando, miró al cielo, pues su corazón confiaba en el Señor. [36]Los ancianos dijeron: Mientras nosotros estábamos paseándonos solos por el jardín, entró esta mujer con dos doncellas, cerró las puertas del jardín y despidió a las doncellas. [37]Se acercó entonces a ella un joven que estaba escondido y se acostó con ella. [38]Nosotros, que estábamos en un rincón del jardín, al ver esta iniqui-

dad, nos lanzamos contra ellos. [39]*Vimos claramente que estaban pecando; pero a él no pudimos apresarlo, porque era más fuerte que nosotros, y abriendo las puertas, se escapó.* [40]*Pero a ella la apresamos; le preguntamos quién era aquel joven, y no quiso decírnoslo. De todo esto somos testigos.* [41]*La asamblea los creyó, puesto que se trataba de ancianos del pueblo y jueces, y la condenaron a muerte.* [42]*Clamó entonces Susana a grandes voces diciendo: ¡Dios eterno, conocedor de los secretos y sabedor de todas las cosas antes de que sucedan!* [43]*Tú sabes que han pronunciado un falso testimonio contra mí, y he aquí que yo voy a morir sin haber hecho nada de lo que éstos inventaron maliciosamente contra mí.* [44]*El Señor escuchó su voz.* [45]*Y cuando era llevada a la muerte, Dios suscitó el santo espíritu de un muchacho, llamado Daniel,* [46]*que comenzó a gritar con todas sus fuerzas. Yo soy inocente de la sangre de esta mujer.*
[47]*Volvióse a él todo el pueblo y le dijo: ¿Qué significan esas palabras que dices?* [48]*Él, puesto de pie en medio de ellos, dijo: ¿Tan insensatos sois, hijos de Israel? ¡Sin juicio alguno y sin conocer la verdad condenasteis a una hija de Israel!* [49]*Volved al tribunal, porque éstos han levantado un falso testimonio contra ella.*
[50]*Todo el pueblo volvió rápidamente. Los ancianos dijeron a Daniel: Ven siéntate aquí en medio de nosotros y revélanos tu pensamiento, puesto que el Señor te concedió el privilegio de los ancianos.* [51]*Díjole Daniel al pueblo: Separadlos al uno del otro, que yo voy a interrogarlos.* [52]*Cuando estuvieron separados el uno del otro, llamó a uno de ellos y le dijo: ¡Viejo envejecido en el mal, ahora caen sobre ti los pecados que cometiste antes,* [53]*cuando dictabas sentencias injustas, condenando a los inocentes y absolviendo a los culpables, siendo así que*

dice el Señor: No matarás al inocente ni al justo!
[54]Pues bien, si la viste, dinos bajo qué árbol viste
a los dos juntos. Él contestó: Bajo un lentisco. [55]*Da-*
niel replicó: Mentiste realmente contra tu propia
cabeza; por eso ya el ángel de Dios, recibida de
él tu sentencia, te partirá por el medio. [56]*Hacien-*
do que éste se retirara, mandó que le trajeran al
otro, y le dijo: ¡Raza de Canaán y no de Judá, la
belleza te sedujo y el mal deseo pervirtió tu co-
razón! [57]*¡Así hacíais vosotros con las hijas de Is-*
rael, y ellas, por temor, se entregaban a vosotros;
pero esta hija de Judá no toleró vuestra iniqui-
dad! [58]*Pues bien, dime bajo qué árbol sorprendis-*
te a los dos juntos. Él contestó: Bajo una encina.
[59]*Díjole Daniel: En verdad, también tú has men-*
tido contra tu propia cabeza; por eso ya el ángel
de Dios tiene preparada la espada en la mano para
rajarte por el medio, y así acabar con vosotros.
[60]*Entonces toda la asamblea clamó a grandes voces*
y bendijo a Dios que salva a los que esperan en
él. [61]*Y se amotinaron contra los dos viejos, pues-*
to que Daniel les había obligado a reconocer por
su propia boca que habían pronunciado un falso
testimonio. Y para dar cumplimiento a la ley de
Moisés, les hicieron sufrir la pena que ellos mali-
ciosamente habían maquinado contra su prójimo.
[62]*Los mataron, y se salvó aquel día la sangre ino-*
cente. [63]*Jilquías y su mujer alabaron a Dios por*
motivo de su hija Susana, junto con Yoakim, su
marido, y todos sus parientes, pues no se había ha-
llado en ella acción alguna deshonesta. [64]*Desde*
aquel día en adelante, Daniel fue grande a los ojos
del pueblo.

Los dos ancianos, cuyo intento de estupro había fracasado, hacen ahora lo que habían amenazado hacer. Acusan falsamente a Susana de cometer adul-

terio con un joven en el jardín. Dado que eran jueces en la comunidad y también ancianos, la asamblea los creyó y condenaron a Susana a muerte. En el último momento Daniel se presenta para salvar a la mujer inocente. En vez de ella, serán ajusticiados los ancianos.

Los ancianos dan falso testimonio contra Susana

Escribió en cierta ocasión el poeta William Congreve: «El cielo no tiene furor como el amor transformado en odio,/ Ni el infierno furia como una mujer despreciada» (*The Mourning Bride*, I, 1 [1697]). Estas palabras describen exactamente los sentimientos de «los dos ancianos malvados», literalmente, «los dos viejos, llenos de perversos pensamientos» (13, 28). A estos hombres se les había encomendado defender la ley de Moisés. No sólo habían violado su sagrada responsabilidad por su intento de estupro, sino que también están totalmente decididos a condenar a muerte a Susana para encubrir su propio delito. La emplazaron a que compareciera en presencia de todo el pueblo. Ella acude con «sus padres, sus hijos y todos sus parientes» (13, 30).

Siendo una mujer de «facciones delicadas y de una gran belleza» (13, 31), Susana iba «cubierta con un velo», pero aquellos malvados ordenaron que se lo quitaran, «para saciarse de su belleza» (13, 31). Todos los que vieron esta humillación de Susana lloraron (cf. 13, 33). En la versión de los Setenta, Susana es despojada y expuesta desnuda para que la vea la multitud, el castigo que se infligía a las mujeres que habían cometido adulterio (cf. *Os* 2, 4-12; *Ez* 16, 37-39). Los dos ancianos «se levantaron» (el mismo verbo se emplea en 13, 19 para describir su acción en el jardín) y «le pusieron las manos sobre la cabeza» (13,

34), el ritual requerido cuando los testigos declaraban en un delito capital (cf. *Lev* 24, 14). La ironía es aquí llamativa, porque ésta es la única ocasión en que los dos libertinos, que habían conspirado para tener contacto sexual con Susana, la tocan realmente. Entre lágrimas, Susana «miró al cielo, pues su corazón confiaba en el Señor» (13, 35). Sus acciones contrastan agudamente con las acciones de los malvados ancianos, que en 13, 9, «pervirtieron su juicio» y «bajaron los ojos, para no mirar al Cielo».

Los dos ancianos prestan ahora su falso testimonio bajo juramento, acusando a la mujer de cometer adulterio con un joven en el jardín. Dicen que no pudieron agarrar al joven porque era demasiado fuerte para ellos, de modo que huyó del jardín. Pero ellos la apresaron «a ella» (13, 40), si bien ella se negó a identificar al joven. Los dos ancianos nunca se refieren a Susana por su nombre, sino que usan más bien el pronombre griego «ella». En el presente contexto, «ella» implica desprecio, como para sugerir que Susana no es nada más que un objeto sexual para ellos. Tampoco las publicaciones pornográficas están interesadas en el nombre o personalidad de las mujeres y hombres que retrata sin pudor; hay que verlos meramente como juguetes sexuales. Los dos ancianos acaban su testimonio de perjuros afirmando solemnemente: «De todo esto somos testigos» (13, 40). La asamblea, dando crédito a sus palabras porque «se trataba de ancianos del pueblo y jueces», condena a Susana a muerte.

Oración de Susana para salvarse

Susana, que antes «miró al cielo» y cuyo «corazón confiaba en el Señor», ahora toma posición en su propia defensa y testifica en la oración, apelando

al Juez de todos. Dios conoce no sólo «los secretos», sino también «todas las cosas antes de que sucedan» (13, 42), una verdad afirmada claramente también en *Eclo* 42, 18, aunque muchas traducciones, que siguen el griego en lugar del hebreo, no aciertan a resaltarlo. Dios sabe, como Susana le recuerda, que los malvados ancianos han testificado en falso contra ella. Concluye afirmando solemnemente que es inocente de los cargos que se le imputan (cf. 13, 43).

Dios atiende su oración, suscitando «el santo espíritu de un muchacho, llamado Daniel» (13, 45), que acude a salvarla. El mismo nombre de Daniel significa «Dios es mi juez». Él grita en voz alta: «Yo soy inocente de la sangre de esta mujer» (13, 46). Luego reprende a la gente por condenar a Susana sin interrogatorio y sin pruebas claras (cf. *Dt* 19, 15-20). Les ordena que vuelvan al tribunal. Esta escena está detrás de los famosos versos de Shylock cuando Porcia, disfrazada como el joven juez Baltasar, parece apoyar la causa de Shylock: «¡Un Daniel! ¡Un Daniel es quien nos juzga! ¡Oh sabio y joven juez, cuánto te honro!» (Shakespeare, *El mercader de Venecia*, IV, 1, 222-223).

Lo que resulta sorprendente es que la persona que Dios suscita para librar a Susana no es uno de los honrados ancianos de la comunidad, sino un muchacho llamado Daniel. En la antigüedad, a los jóvenes se los enseñaba a estar en su sitio y a tener la boca cerrada en presencia de sus mayores. «Habla, joven, si te es necesario. Apenas dos veces, si eres requerido. Resume el discurso, di mucho en poco. Sé como quien conoce, pero calla al mismo tiempo. En medio de los grandes no te iguales con ellos; y cuando habla otro, no charles mucho» (*Eclo* 32, 7-9). La razón es que se pensaba que los jóvenes carecían de la experiencia necesaria para alcanzar la comprensión y la sabiduría. «La sabiduría es cosa de

ancianos y la prudencia patrimonio de la vejez» (*Job* 12, 12). Por eso dice Ben Sirá al joven: «Acude a la asamblea de los ancianos. ¿Hay un sabio? Júntate a él» (*Eclo* 6, 34).

Pero en nuestro relato Dios elige a un muchacho para salvar a Susana. Dios «suscitó el santo espíritu» de Daniel (13, 45); en 4, 5 y 5, 11, se dice que Daniel posee «el espíritu de los santos dioses» y en 5, 14, «el espíritu de los dioses». Así Daniel se levanta animosamente en medio de toda la comunidad, incluyendo a todos los buenos ancianos considerados sabios, y los llama «insensatos» por condenar a una «hija de Israel» sin juicio alguno (cf. 13, 48). Con su sabiduría, otorgada por Dios, procesa con éxito a los dos viejos malvados. Dios elige al que quiere para realizar sus designios. Nuestras expectativas no pueden poner límites a las elecciones de Dios o su manera de acción. El profeta Isaías nos da la razón de ello: «Pues mis pensamientos no son los vuestros, y vuestros caminos no son mis caminos –oráculo de JHWH–. Porque como el cielo es más alto que la tierra, así mis caminos son más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos que vuestros pensamientos» (*Is* 55, 8-9). Por eso los jóvenes deberían cobrar ánimo cuando son llamados por Dios para un empeño particular. Los obstáculos parecen formidables, pero Dios no nos llama nunca a hacer su obra sin darnos la gracia y la fuerza para llevarla a cumplimiento. La llamada del joven Jeremías para convertirse en profeta es un ejemplo sobresaliente (cf. *Jer* 1, 4-10).

El contra-interrogatorio de Daniel

Daniel desarrolla ahora su famoso interrogatorio de los dos ancianos que han violado la ley. Los otros

ancianos piden a Daniel que se siente en juicio con ellos, puesto que Dios le había dado «el privilegio de los ancianos» (13, 50), la sabiduría. Daniel ordena que se separe a los dos hombres. Convoca a uno de ellos, acusándolo de envejecer en el mal (cf. 13, 52), en fuerte contraste con el proverbio de que uno se hace sabio con la edad (*Job* 12, 12; *Eclo* 6, 18). Daniel acusa al anciano de graves delitos de injusticia: «dictabas sentencias injustas, condenando a los inocentes y absolviendo a los culpables» (13, 53), todo lo cual está condenado en *Éx* 23, 6-7. Luego viene la famosa pregunta de Daniel: ¿Bajo qué árbol vio el anciano a Susana y al joven acostados juntos? El anciano responde: «Bajo un lentisco [en griego *schinos*]». Daniel replica: Tu mentira te ha costado la cabeza, pues el ángel de Dios «te partirá por el medio» [griego *schisei*]. El juego con las palabras griegas *schinos* y *schisei* es intencionado e irónico, para indicar que el anciano ha pronunciado la sentencia de muerte contra sí mismo.

Seguidamente Daniel hace entrar al otro anciano, llamándolo «raza de Canaán», una referencia a los pecados sexuales de Canaán descritos en *Gén* 9, 20-27 y *Lev* 18, 24-30. Acusa al anciano de pecados sexuales con las hijas de Israel; pero Susana, «una hija de Judá», se negó a ceder a su lujuria. Daniel le formula luego a este anciano la misma cuestión acerca del árbol en que tuvo lugar el presunto delito. La respuesta es: «Bajo una encina [en griego *prinos*]». Daniel le replica: Tu mentira te ha costado la cabeza, porque el ángel de Dios tiene preparada la espada para «rajarte por el medio» [en griego *prisai*]. Una vez más, el irónico juego de palabras en griego indica el castigo del anciano. La contradicción entre las declaraciones perjuras de los dos ancianos es dramatizada mediante el contraste entre el lentisco, que es bastante pequeño, y la encina, que es muy grande.

Al término del brillante interrogatorio de Daniel, «toda la asamblea clamó a grandes voces y bendijo a Dios que salva a los que esperan en él». Realmente, Susana era una mujer que confiaba en el Señor (cf. 13, 35) y esperaba en Él (cf. 13, 60). Al ser una «mujer temerosa de Dios» (13, 2), Susana seguía los preceptos de Ben Sirá: «Los que teméis al Señor, confiad en él; y vuestra recompensa no fallará. Los que teméis al Señor, esperad bienes, y gozo eterno y misericordia» (*Eclo* 2, 8-9). La asamblea condenó a los dos ancianos perjuros. «Y para dar cumplimiento a la ley de Moisés, les hicieron sufrir la pena que ellos maliciosamente habían maquinado contra su prójimo. Los mataron» (13, 61-62). La ley se encuentra en el Pentateuco: «Si un testigo perverso se levanta contra un hombre acusándolo de apostasía, los dos litigantes se presentarán ante JHWH, delante de los sacerdotes y de los jueces en funciones en aquellos días. Los jueces indagarán cuidadosamente. Si el testigo es un testigo falso que ha acusado falsamente a su hermano, haréis con él lo que él había maquinado hacer a su hermano; así harás desaparecer el mal de en medio de ti» (*Dt* 19, 16-19).

Así se salvó la sangre inocente de Susana aquel día. Toda su familia, su padre Jilquías y su madre, su marido y todos sus parientes se unieron en alabanza a Dios porque «no se había hallado en ella acción alguna deshonesta» (13, 63). Dios acudió realmente a salvarla. Y debido a la brillante táctica empleada ante el tribunal, con la que se demostró que los dos ancianos sin ley habían mentido sobre Susana, Daniel llegó a ser «grande a los ojos del pueblo» (13, 64). El joven Daniel, al que Dios había suscitado para la ocasión, había probado que era más sabio que cualquiera de los miembros ancianos de la comunidad.

Por desgracia, situaciones como la de Susana no suelen tener un final feliz. Hacer justicia al inocente no siempre sucede en la vida de hoy. Jueces y jurados corruptos aceptan sobornos para condenar al inocente y absolver al culpable. Sin embargo, el Antiguo Testamento es inequívoco en su condena de dichos abusos de poder. «Aléjate de cualquier causa mentirosa; no hagas perecer al inocente y justo, pues yo no justifico al culpable» (*Éx* 23, 7). «No torcerás el juicio, no harás acepción de personas, ni admitirás regalos, porque los regalos ciegan los ojos de los sabios y falsean las palabras de los justos» (*Dt* 16, 19). El abuso de poder en materia sexual es igualmente grave y Dios lo condena. Cuando el rey David, en el ápice de su poder, cometió adulterio con Betsabé y la dejó embarazada, intentó ocultar su delito haciendo que su marido Urías el hitita durmiera con ella. Cuando Urías se negó a hacerlo, David hizo que lo mataran, para poder tener a Betsabé para sí. Pero el Señor no permitió que David cometiese impunemente sus múltiples delitos, sino que lo castigó severamente (cf. 2 *Sam* 11, 2 - 12, 12).

XXIII

«TENÍAN LOS BABILONIOS UN ÍDOLO LLAMADO BEL»
(Dan 14, 1-22)

[1]*El rey Astiages fue a reunirse con sus padres, y Ciro persa le sucedió en el trono.* [2]*Daniel era confidente del rey y el más estimado de todos sus amigos.* [3]*Tenían por entonces los babilonios un ídolo llamado Bel. Con él se gastaban diariamente doce* artabas *de harina, cuarenta ovejas y seis metretas de vino.* [4]*También el rey lo veneraba e iba todos los días a adorarlo. Daniel, en cambio, adoraba a su Dios.* [5]*Díjole el rey: ¿Por qué no adoras a Bel? Él respondió: Porque yo no adoro a ídolos hechos por mano de hombre, sino al Dios vivo, creador del cielo y de la tierra, y que tiene poder sobre todo hombre.* [6]*El rey replicó: ¿Es que no crees que Bel sea un dios vivo? ¿No ves cuánto come y bebe cada día?* [7]*Daniel, sonriendo, le contestó: No te engañes, ¡oh rey!, porque éste, por dentro, sólo es arcilla y por fuera bronce, y jamás comió ni bebió cosa alguna.* [8]*Encolerizado entonces el rey, llamó a sus sacerdotes y les dijo: Si no me decís quién es el que come esta ofrenda, moriréis; pero si probáis que es Bel quien la come, morirá Daniel, porque*

blasfemó contra Bel. [9]Daniel dijo al rey: hágase
según tu palabra. Setenta eran los sacerdotes de
Bel, sin contar las mujeres ni los hijos. [10]Fue, pues,
el rey con Daniel al templo de Bel. [11]Los sacer-
dotes de Bel dijeron: Nosotros saldremos de aquí
y tú, ¡oh rey!, presenta los manjares y pon el vino
mezclado; cierra después la puerta y séllala con tu
anillo. Si, al venir por la mañana, no encuentras
que todo se lo ha comido Bel, moriremos; en caso
contrario, morirá Daniel, que mintió contra noso-
tros. [12]Ellos estaban confiados porque habían hecho
debajo de la mesa una entrada secreta por la cual
entraban todos los días y se llevaban las ofrendas.
[13]Apenas salieron, el rey presentó los manjares a
Bel. [14]Daniel mandó entonces a sus criados que
trajeran ceniza y la esparcieran por todo el tem-
plo en presencia de solo el rey; después salieron,
cerraron la puerta, la sellaron con el anillo del rey
y se fueron. [15]Durante la noche vinieron los sacer-
dotes, como de costumbre, con sus mujeres e hijos,
y se comieron y bebieron todo. [16]El rey se levan-
tó muy de mañana y Daniel también. [17]El rey le
preguntó: ¿Están intactos los sellos, Daniel? Da-
niel contestó: Intactos, oh rey! [18]Cuando se abrie-
ron las puertas, el rey miró la mesa y exclamó en
voz alta: ¡Grande eres, oh Bel, y no hay en ti en-
gaño alguno! [19]Daniel se echó a reír y, deteniendo
al rey para que no entrase dentro, le dijo: Mira
bien el pavimento y examina de quiénes son estas
pisadas. [20]El rey respondió: Veo pisadas de hom-
bres, de mujeres y de niños. [21]Encolerizado en-
tonces el rey, mandó prender a los sacerdotes, a
sus mujeres y a sus hijos. Ellos le mostraron en-
tonces la puerta secreta por donde entraban y pa-
saban a comer lo que había en la mesa. [22]El rey
los mandó matar y entregó a Bel en manos de
Daniel, el cual lo destruyó, junto con su templo.

Los relatos de Bel y del dragón, con los que se cierra el Libro de Daniel, son sátiras mordaces sobre la locura y futilidad del culto a los ídolos. La burla de los ídolos y sus fabricantes es un motivo común en el Antiguo Testamento (cf. *Sal* 115, 4-8; 135, 15-18; *Is* 40, 18-20; 44, 9-20; 46, 6-7; *Bar* 6; *Hab* 2, 18-19; *Sab* 13, 1 - 16, 1). Son típicas las duras palabras de *Jer* 10, 3-5: «Porque los dioses de los pueblos son vanidad: madera que se corta del bosque, labrada por las manos del artífice con el hacha. Con plata y con oro se la adorna. Con clavos y a martillazos los sujetan, para que no se tambaleen. Son como espantajo de melonar, que no hablan; hay que llevarlos, porque no pueden andar. No los temáis, pues ni pueden hacer mal, ni está en su poder hacer bien».

La narración de Bel, como la de Susana, es también un interesante e inteligente relato detectivesco. Daniel se halla de nuevo en la corte real, como en los relatos de los capítulos 1-6, esta vez en la corte de Ciro el persa, el monarca mencionado en 1, 21; 6, 29 y 10, 1. Como el de Susana, este relato está bien construido en términos de caracterización, trama, suspense y desenlace; y también es entretenido.

Daniel se niega a dar culto al ídolo Bel

El persa Ciro conquistó el reino del último soberano medo, Astiages (585-550 a. C.). El año 539 a. C. tomó Babilonia, en la que están ambientados los relatos de Bel y del dragón. Se nos dijo en 6, 26 que Daniel «prosperó... durante el reinado de Ciro el persa». Así, en 14, 2 se describe a Daniel como «confidente del rey». Es estimado más que cualquiera de «los amigos del rey», expresión con que se alude a los que ocupaban las primeras posiciones en la corte (cf. *1 Mac* 10, 20; 13, 36; 15, 32; *Jn* 19, 12). En la

versión de los Setenta, 14, 2 dice así: «Había una vez un sacerdote, de nombre Daniel, el hijo de Abal, un confidente del rey de Babilonia». Puesto que el texto de 1, 3.6 no dice nada sobre el sacerdocio de Daniel, esta lectura puede representar una versión más primitiva del relato, antes de que fuera incorporada como apéndice al libro.

El dios Bel (en hebreo *baᶜal*, que significa «dueño», «señor») pasó a identificarse con la principal deidad babilonia, Marduk, llamado también Merodach (cf. *Is* 46, 1; *Jer* 50, 2; 51, 44). La burla a la idolatría comienza desde el principio. Documentos babilonios hablan de los sacrificios de comida y bebida ofrecidos a los dioses. Según ciertas inscripciones, Nabucodonosor ponía a disposición de Bel enormes cantidades de comida y bebida. En nuestro caso los babilonios proporcionan a Bel raciones diarias de doce *artabas* de harina, cuarenta ovejas y «seis metretas de vino» (14, 3), más de doscientos veinticinco litros. ¡Bel tenía excelente apetito y no poca sed! En una inscripción, Ciro pretendía que había sido consagrado por Bel para reinar sobre Babilonia. Quizá sea ésa la razón por la que el autor nos dice que el rey daba culto al ídolo cada día. En páginas anteriores del libro, Nabucodonosor había ordenado, bajo pena de muerte, que todas las naciones deberían postrarse «y adorar la estatua de oro» que había mandado hacer (cf. 3, 4-6). Los leales compañeros de Daniel, Šadrak, Mešak y Abed-Negó se negaron a obedecer la orden del rey y por eso fueron arrojados al horno ardiente. Pero históricamente está documentado (cf. *Esd* 1, 1-4; 6, 3-5) que los persas eran más ilustrados que los babilonios, y permitían y defendían la libertad de religión. A Ciro se le llama «aquel a quien la victoria le sale al paso» (o «campeón de justicia»: *Is* 41, 2) e incluso amigo de JHWH (cf. *Is* 48, 14). Por eso Daniel puede decir al rey, sin ries-

go para su vida, que él adora sólo a su Dios (cf. 14, 4), el verdadero Dios de Israel.

El rey interroga a Daniel

Cuando se le pregunta por qué no adora a Bel, Daniel dice al rey: «Porque yo no adoro a ídolos, hechos por mano de hombre, sino al Dios vivo, creador del cielo y de la tierra, y que tiene poder sobre todo hombre» (14, 5; cf. *Éx* 20, 11; *Sal* 146, 6; *Act* 14, 15; *Ap* 14, 7). La expresión «Dios vivo» aparece también en 6, 21.27 y muchas veces más en la Biblia. El rey replica: «¿Es que no crees que Bel sea un dios vivo? ¿No ves cuánto come y bebe cada día?» (14, 6). Hay una exquisita ironía en estas preguntas. Puesto que Bel necesita comer y beber tanto cada día, ello implica que si no recibe estas provisiones no sobreviviría. Daniel no puede contener una risa burlona, una acción que indica que es «confidente del rey». Porque, de no serlo, reírse de un rey tan poderoso como Ciro habría sido una insolencia inconcebible, que le habría costado la vida. Le dice al rey que el ídolo «por dentro sólo es arcilla y por fuera bronce» y «jamás comió ni bebió cosa alguna» (14, 6). Ésta es otra de las muchas condenas que aparecen en la Biblia al culto a los ídolos.

¿Consume Bel las provisiones diarias?

El rey convoca a los sacerdotes y les ordena que le digan quién consume todas las provisiones ofrecidas al ídolo. Si los sacerdotes pueden mostrar que Bel consume las provisiones, entonces Daniel morirá «porque blasfemó contra Bel» (14, 7-8). Daniel, sin inmutarse, está de acuerdo con esta condición.

«Setenta eran los sacerdotes de Bel» (14, 9); el número simboliza perfección o plenitud. Pero la inteligencia combinada de los setenta sacerdotes al idear su puerta secreta para entrar en el templo no puede competir con la sabiduría que Dios había dado a Daniel para desenmascarar su estratagema. Así, a pesar de que los sacerdotes tienen la «perfecta» ventaja de setenta contra uno al competir con Daniel, al final salen perdiendo. Esto hace recordar la desproporción con la que tuvo que enfrentarse el profeta Elías cuando desafió a los 450 profetas de Baal para probar que sólo JHWH es Dios, y no Baal (cf. *1 Re* 18, 19-40).

Dentro del templo de Bel, los sacerdotes le dicen al rey que ellos se van a retirar, y le piden que disponga la acostumbrada ración de alimento y vino. Le piden que cierre la puerta y la selle con su anillo. Luego le dicen: «Si, al venir por la mañana, no encuentras que todo se lo ha comido Bel, moriremos; en caso contrario, morirá Daniel, que mintió contra nosotros» (14, 11). Reaparece la ironía, pues los sacerdotes acaban de pronunciar su propia sentencia de muerte.

La puerta secreta del templo

Ahora nos enteramos de por qué los sacerdotes «estaban confiados». Tenían una entrada secreta por la que accedían al templo cada noche para consumir las provisiones diarias del ídolo. Mientras tanto, los sacerdotes se retiran del templo. El rey dispone las provisiones delante del ídolo. Siendo «confidente del rey» (14, 2), Daniel se toma la libertad de ordenar a sus criados que esparzan ceniza por todo el templo. Sólo el rey ve a Daniel hacerlo (14, 14). Se retiran los dos del templo y el rey sella la puerta cerrada, como el rey Darío y sus nobles habían sellado con

sus anillos la piedra que tapaba el foso de los leones (cf. 6, 18). Aquella noche los sacerdotes y sus mujeres e hijos entraron como de costumbre y «se comieron y bebieron todo» (14, 15). Se necesitaban setenta sacerdotes y sus mujeres con sus presumiblemente numerosos hijos para consumir la enorme cantidad de comida y vino dispuestos para Bel. Éste es otro detalle irónico para acentuar la locura de creer en un dios que necesita tanto simplemente para seguir vivo. Lo interesante es que Daniel no recibe ninguna asistencia directa de Dios, como en otros relatos del libro. Para probar que el ídolo no es dios, sino una mera creación de las manos humanas, Daniel simplemente se vale de la inteligencia con que Dios lo ha bendecido (cf. 1, 17-20) y su pericia como detective para descubrir el fraude perpetrado por los sacerdotes de Bel.

Dios nos ha llamado a hacer su obra en cualquier vocación que tengamos. Pero como Daniel en este relato, no debemos esperar una inspiración divina directa para que nos diga lo que debemos hacer o dejar de hacer. Dios espera que empleemos nuestra inteligencia y talentos así como nuestra imaginación cristiana para organizar nuestra vida y hacer su voluntad. Escribió una vez el gran inventor Thomas Alva Edison (1847-1931): «El genio es un uno por ciento de inspiración y un noventa y nueve por ciento de transpiración (o sudor)». En cierto sentido, se puede aplicar también a nosotros si sustituimos la palabra «genio» por «vida cristiana» e «inspiración» por «inspiración divina». La inspiración divina puede llegarnos de distintas formas, algunas de las cuales pueden sorprendernos. La Biblia, naturalmente, es un lugar privilegiado para conocer mejor la voluntad de Dios sobre nosotros. La lectura orante de la Escritura agudizará nuestra sensibilidad hacia los valores espirituales y morales que han de informar nuestra

vida. Seremos desafiados, halagados y avergonzados de tal modo que nos veamos obligados a admitir nuestra debilidad, nuestros pecados, nuestra necesidad de Alguien o de algo más grande que la satisfacción de las necesidades del momento. Pero también recibiremos el silencioso dictado del Espíritu que guiará nuestra mente e imaginación para discernir lo que requiere nuestra atención.

No hemos de temer ni siquiera cuando tenemos que encararnos con los que nos persiguen, porque, como dice Jesús: «Cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué habéis de decir, porque se os dará en aquel momento lo que habéis de decir; pues no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre quien hablará en vosotros» (*Mt* 10, 19-20). Tenemos también que darnos cuenta de que Dios nos habla a través de las voces de otras personas –padres, cónyuge, hijos, consejeros, amigos, enemigos– que pueden abrirnos posibilidades en las que nunca habíamos pensado. Pero el resto nos corresponde a nosotros. Tenemos que usar nuestra inventiva y hacer la voluntad de Dios con nuestro sudor.

Se destapa el engaño de los sacerdotes

Al día siguiente, de madrugada, el rey le pregunta a Daniel si estaban rotos los sellos de la puerta del templo. Daniel da, naturalmente, la respuesta esperada: Los sellos están intactos. Cuando el rey abre la puerta y ve que la mesa de las ofrendas está vacía, exclama: «¡Grande eres, oh Bel, y no hay en ti engaño alguno!» (14, 18). Como en 14, 7, Daniel, incapaz de contenerse ante la simpleza del rey, se ríe de buena gana (cf. 14, 19). La versión de los Setenta es más gráfica: «Daniel se rió a carcajadas y dijo

al rey: "Ven a ver el engaño de los sacerdotes, Majestad"». Teniendo tan buenas relaciones con el rey, Daniel demora su entrada en el templo. Como el rey había visto sólo lo que quería ver, la mesa vacía, no se molesta en mirar el pavimento del templo. De modo que Daniel tiene que decir al rey que mire al suelo, y le pregunta: «¿De quiénes son estas pisadas?». El rey dice asombrado: «Veo pisadas de hombres, de mujeres y de niños» (14, 19-20). Por fin comprende que ha sido engañado por los sacerdotes. Detiene a los sacerdotes y a sus familias y los condena a muerte. Entrega el ídolo a Daniel, que lo destruye junto con su templo. Así acaba este hermoso relato. Pero la batalla contra los ídolos continúa.

Algunas reflexiones

Como he señalado arriba, el nombre Bel deriva de una palabra que significa «dueño», «señor». Hoy en día los ídolos del consumismo y del hedonismo, de la autocondescendencia y de la búsqueda de posición social, del materialismo y de la codicia intentan dominarnos despóticamente exigiéndonos que los obedezcamos. Estos ídolos exigen mucho más que las provisiones diarias de harina, ovejas y vino que los paganos ofrecían a Bel. Los ídolos de hoy exigen cada vez más nuestro tiempo y nuestra energía, nuestra inteligencia y nuestra voluntad, nuestra vida personal y familiar. Lo que ofrecen a cambio son vacías promesas de una «vida mejor»: grandes compras de cosas superfluas, una casa mejor en un barrio más lujoso, artilugios de alta tecnología, aparatos que ahorren trabajo, vacaciones cada vez más caras. Lo que no pueden ofrecer es lo que más buscamos: una sensación de identidad, un sentido, un rumbo y un proyecto vital.

El secreto de una vida feliz es aprender a vivir desprendidos de todo ese mundo. Por eso santos como Francisco de Asís y Teresa del Niño Jesús fueron tan libres y tan intensamente humanos. Los publicitarios, que son los sumos sacerdotes de la idolatría actual, saben muy bien que somos criaturas más proclives al deseo que a la necesidad. De ahí que utilicen todas las técnicas de seducción de los medios de masas para motivarnos a desear cada vez más. Pero, a menos que controlemos nuestros deseos, éstos nos controlarán a nosotros. Y los resultados no son lo que esperamos: nos sentimos molestos y hastiados, cansados y frustrados. Nuestra vida está atestada de juguetes. Sin embargo, parece que la alegría huye de nosotros. Parece que nunca tenemos tiempo para nosotros, para nuestro cónyuge, nuestros hijos. Jesús es muy claro al respecto: «Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se interesará por el primero y menospreciará al segundo. No podéis servir a Dios y a la riqueza. Por eso os digo: No os afanéis por vuestra vida: qué vais a comer [o qué vais a beber]; ni por vuestro cuerpo: con qué lo vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido?» (*Mt* 6, 24-25).

Como el rey que al principio no ve las huellas en las cenizas, tendemos a ver sólo lo que queremos, y nada más. El resultado es que nos perdemos muchas cosas que son vitales en nuestra existencia. Nuestra visión limitada, nuestras expectativas materiales y nuestras pasiones egoístas recortan nuestro campo de visión. Lo que necesitamos son unas lentes granangulares para percibir la plenitud y la riqueza de la realidad que nos rodea y que tenemos dentro. Una vida plena y satisfactoria no consiste en lo que *tenemos* y *dónde* vivimos, sino en lo que *somos* y *cómo* vivimos.

La posición de privilegio de Daniel ante el rey no le impide manifestar su pensamiento cuando tiene que afrontar la cuestión del culto al ídolo. Daniel tiene el valor de mantener sus convicciones y actúa conforme a ellas sin miedo a las consecuencias. También nosotros tenemos ocasiones de expresarnos en cuestiones morales, como el aborto, la eutanasia, el estilo de vida y los valores, la justicia social, los derechos civiles y la marginación. Dar la cara y asumir valientemente ciertas posiciones puede costarnos la cabeza, en sentido figurado o en sentido literal, como en el caso del arzobispo Romero en El Salvador. Muchos otros cristianos valientes son perseguidos, encarcelados e incluso asesinados por defender los derechos económicos, sociales y civiles de los desposeídos de Sudáfrica, Estados Unidos, Centroamérica y Suramérica. Dichos cristianos han seguido el ejemplo de Juan Bautista, que fue decapitado precisamente por hablar francamente y sin miedo contra el matrimonio adúltero de Herodes y Herodías, mujer de su hermano Filipo (*Mt* 14, 3-11).

¿Cuál será nuestra respuesta? ¿Actuaremos o seremos unos charlatanes? Cuando nos sentimos tentados de no decir nada en absoluto sobre cuestiones que exigen una respuesta cristiana, deberíamos tener presente un proverbio que escuché en cierta ocasión: «El silencio no siempre es de oro; a veces es simplemente amarillo».

XXIV

«HABÍA UN GRAN DRAGÓN VENERADO POR LOS BABILONIOS»
(Dan 14, 23-42)

23Había también en Babilonia un gran dragón venerado por los babilonios. 24El rey dijo a Daniel: No podrás decir que éste no es un dios vivo; adóralo, pues. 25Daniel respondió: Yo adoro al Señor, mi Dios, porque él es el Dios vivo. Y si tú, ¡oh rey!, me lo permites, mataré al dragón sin espada ni bastón. 26El rey contestó: Te lo permito. 27Tomó entonces Daniel pez, grasa y pelos, lo coció todo junto, hizo con ello unas bolas y las echó en la boca del dragón. El dragón se las comió y reventó. Dijo entonces: ¡Mirad lo que adoráis!

28Cuando los babilonios lo supieron, se irritaron sobremanera y, amotinándose contra el rey, le dijeron: El rey se ha hecho judío: derribó a Bel, mató al dragón y degolló a los sacerdotes. 29Vinieron, pues, al rey y le dijeron: Entréganos a Daniel: si no, te mataremos a ti y a tu familia. 30Viendo el rey que la cosa iba en serio, obligado por la fuerza, les entregó a Daniel.

31Ellos, entonces, lo arrojaron al foso de los leones, y estuvo allí seis días. 32Había en el foso siete leo-

nes, a los cuales se les daban diariamente dos cuerpos humanos y dos ovejas; pero entonces no se les dio nada, para que devoraran a Daniel.
33Vivía por entonces en Judea el profeta Habacuc, el cual, habiendo preparado un cocido y colocado el pan en rebanadas en un recipiente, iba al campo a llevárselo a los segadores. 34El ángel del Señor dijo a Habacuc: Lleva esa comida a Daniel, que está en Babilonia, en el foso de los leones. 35Habacuc respondió: Señor, nunca he visto Babilonia, ni sé dónde está ese foso. 36El ángel del Señor lo asió entonces por la cabeza y, levantándolo por los cabellos, lo llevó a Babilonia, sobre el foso, con la celeridad de su espíritu. 37Habacuc llamó a grandes voces diciendo: ¡Daniel, Daniel, toma la comida que Dios te envía! 38Daniel exclamó: Te has acordado de mí, ¡oh Dios!, y no has abandonado a los que te aman. 39Daniel se levantó y comió, y al instante el ángel volvió a llevar a Habacuc a su lugar.
40A los siete días, el rey fue a llorar a Daniel. Acercándose al foso, se asomó y vio que Daniel estaba sentado. 41Gritando con todas las fuerzas, dijo: ¡Grande eres tú, Señor, Dios de Daniel, y no hay otro Dios fuera de ti! 42En seguida lo sacó de allí y arrojó al foso a los causantes de su ruina, los cuales fueron devorados al instante en su presencia.

Llegamos ahora al episodio final del libro. El relato del dragón (14, 23-42) es una variante del relato de Daniel en el foso de los leones que hemos hallado en el capítulo 6. Como en el relato de Bel, Daniel es un inconformista. Se niega a dar culto al gran dragón, a pesar de que todo el mundo lo hacía, pues los babilonios creían que era un dios viviente. Por matar al dragón con el permiso del rey, los babilo-

nios fuerzan al rey a que les entregue a Daniel. Arrojan a Daniel al foso de los leones, donde es de nuevo salvado por Dios. El escenario es el mismo que en el relato de Bel: la corte del rey Ciro. Daniel sigue siendo un miembro privilegiado de esa corte.

Daniel obtiene permiso para matar al dragón

Este relato presupone el anterior sobre Bel, como resulta claro por 14, 28. De hecho, la versión de los Setenta comienza: «En aquel lugar había un gran dragón...» (14, 23). La palabra griega traducida por «dragón» puede significar también «serpiente». En el antiguo Oriente Próximo la mitología y el culto a las serpientes estaban muy difundidos. La serpiente, considerada un símbolo fálico, representaba la fertilidad y la vida, y era también una figura cósmica, identificada con el monstruo del caos (cf. *Is* 27, 1; cf. *Job* 7, 12; *Sal* 74, 13-14; *Ez* 32, 2). No sabemos con certeza qué es lo que el autor está ridiculizando aquí. Puede estar burlándose de una serpiente real, o de la mitológica serpiente/monstruo del caos que, según la creencia babilonia, Bel/Marduk había matado en un combate. En la puerta de Ištar de Babilonia había un dragón con cabeza de serpiente considerado el espíritu guardián de la puerta. Ésa puede ser la razón por la que en nuestro relato se dice que los babilonios dan culto al dragón. En la literatura apocalíptica posterior el dragón era el símbolo del mal y de Satán o el demonio (cf. *Ap* 12, 3-9; 13, 2-4; 20, 2-3).

El rey dice a Daniel: «No podrás decir que éste no es un dios vivo; adóralo, pues» (14, 24). La versión de los Setenta y otras versiones antiguas son más gráficas: «No puedes decir que él [el dragón] es bronce. Mira, está vivo. Come y bebe; adóralo, pues». Precisamente porque la serpiente-dragón está viva, el

rey cree que es un «dios vivo». Pero Daniel no quiere tener nada que ver con semejante absurdo. Y así, siendo «confidente del rey», con una posición más elevada que cualquiera de los amigos del rey (cf. 14, 2), responde tranquilamente: «Yo adoro al Señor, mi Dios, porque él es el Dios vivo» (14, 25). El Dios de Israel es el único Dios verdadero y vivo. Este Dios vivo no puede ser representado por un animal o cualquier otra imagen. Seguidamente Daniel pide permiso para matar a este dragón «sin espada ni bastón», y el rey, que tenía una disposición benévola hacia Daniel, le da permiso (cf. 14, 26).

Daniel mata al dragón

En la mitología babilonia, Bel/Marduk tenía que emplear armas de guerra para matar a la serpiente/monstruo del caos. Ahora Daniel, armado sólo con su fe y confianza en Dios, se acerca a la serpiente/dragón sin arma alguna. Emplea sólo sustancias comunes: «pez, grasa y pelos»; «lo coció todo junto, hizo con ello unas bolas» y se las echó al dragón para que las comiera. El dragón reventó hecho pedazos. Encima del cadáver repugnante, dice Daniel al rey: «¡Mirad lo que adoráis!» (14, 27).

La naturaleza peculiar de este relato no abusa de la credulidad ni resta valor a su eficacia. De hecho, estos detalles exóticos contribuyen a realzar el ya de por sí divertido carácter de la cáustica sátira del autor sobre la idolatría. La audiencia puede fácilmente imaginarse cómo esa extraña mezcla de pez, grasa y pelos –ninguno de los cuales son de hecho venenosos para una serpiente– se hincharían en el vientre del dragón y lo harían reventar. El Antiguo Testamento llama a los ídolos paganos obra de seres humanos (cf. *Dt* 27, 15; *Is* 2, 8; 31, 7; *Sal* 115, 4; 135, 15; *Sab* 14, 8); y

los animales, incluidas las serpientes, eran obra de Dios (*Gén* 1, 24-25; 3, 1). Por tanto, ni un ídolo hecho por mano de hombre ni una criatura viviente pueden ser «un dios vivo», como creía el rey. Daniel lo prueba de forma dramática en los relatos de Bel y el dragón.

Los babilonios arrojan a Daniel a los leones

Cuando los babilonios descubren lo que le había sucedido al dragón, acuden encolerizados al rey, acusándolo de haberse hecho judío, porque «derribó a Bel, mató al dragón y degolló a los sacerdotes» (14, 28). Llamar al rey judío es un detalle irónico que permite seguir con más fruición el relato, pues anticipa lo que dirá el rey al final: «¡Grande eres tú, Señor, Dios de Daniel, y no hay otro Dios fuera de ti!» (14, 41). Nuestro autor presenta a Ciro bajo una luz favorable (cf. *Is* 44, 28 y 45, 1). Los «malos» son los babilonios, que obligan al rey a obrar contra su voluntad, amenazando con matarlo a él y a su familia si no les entrega a Daniel. Sin embargo, desde el punto de vista histórico, el control de Ciro sobre Babilonia era absoluto; nadie se habría atrevido a desafiarlo. Pero a nuestro autor lo traen sin cuidado las precisiones históricas; está contando su relato sólo con un propósito: ridiculizar la idolatría pagana. Así que el rey accede a la petición de la gente. Arrojan a Daniel en un foso en el que había «siete leones» (14, 32) y en el que permanece siete días (cf. 14, 40). En el relato anterior Daniel había permanecido en el foso de los leones sólo una noche (cf. 6, 19-20). El autor emplea de nuevo el número siete para simbolizar la perfección o totalidad en el número de leones y el número de días en el foso, dramatizando así el extremo peligro que afrontó Daniel. Se alimenta-

ba a los leones cada día con dos cuerpos humanos y dos ovejas, una dieta bien sustanciosa. Según cabe presumir, los cuerpos eran de criminales. De hecho, la versión de los Setenta añade algunos detalles interesantes: «Los conspiradores contra el rey eran entregados [a los leones]. Cada día se les daban [a los leones] dos cuerpos de los condenados a muerte. La multitud arrojó a Daniel al foso de los leones para que fuera devorado y no tuviera sepultura». La negación de sepultura era el último deshonor (cf. *1 Re* 21, 23-24; *Am* 2, 1). Los leones del foso eran una medida disuasoria para los potenciales transgresores de la ley. Durante los seis primeros días que Daniel estuvo en el foso no se les echó nada de comer a los leones para que «devoraran a Daniel» (14, 32). Daniel tendría que haber sido un bocado tentador. Porque, como observaba con acierto Cervantes, «No hay en el mundo mejor salsa que el hambre» (*Don Quijote de la Mancha* [1605-1616]).

Dios proporciona comida a Daniel y lo salva

Ahora el autor introduce en su relato más detalles extraños (y cómicos). Cierto profeta llamado Habacuc estaba preparando la comida para los segadores del campo, cuando un ángel del Señor le ordena que lleve este alimento a Daniel, «que está en Babilonia, en el foso de los leones». No hay ninguna razón para considerar que este profeta es el mismo Habacuc cuyo libro se encuentra entre los profetas. Normalmente, en la Biblia, los profetas no suministran alimento. Pero dado que un profeta es uno enviado por Dios para hablar o actuar en su nombre, Habacuc es un profeta porque está cumpliendo la misión de Dios: proporcionar comida a Daniel. Cuando Habacuc protesta de que nunca ha visto Babilo-

nia y no sabe nada del foso de los leones, «el ángel del Señor lo asió entonces por la cabeza y, levantándolo por los cabellos, lo llevó a Babilonia, sobre el foso, con la celeridad de su espíritu» (14, 36).

Éste es el primer ejemplo de servicio de *fast food* y de la más rápida entrega: por vía aérea. A una distancia de más de dos mil años, *Telepizza* no puede entregar sus productos con esa velocidad. Éste es también el primer ejemplo de viaje de ida y vuelta por vía aérea; un viaje aéreo sólo de ida se describe en *1 Re* 18, 12; *2 Re* 2, 11.16; y *Ez* 8, 3. Como el profeta no habla en nombre propio, sino sólo en nombre de Dios, asimismo cuando el profeta actúa, actúa en nombre de Dios y no en su propio nombre. Por eso dice Habacuc a Daniel: «Toma la comida que Dios te envía». Daniel, naturalmente, se muestra agradecido por esta comida, pues no había comido en «seis días» (14, 31). Alaba a Dios por proporcionarle el almuerzo y por impedir que los leones lo devoren: «Te has acordado de mí, oh Dios, y no has abandonado a los que te aman» (14, 38). Como Susana, que confió en el Señor (cf. 13, 35), esperó en Él y se vio salvada (cf. 13, 60), Daniel confiesa que Dios se acuerda de los que lo aman. El Antiguo Testamento enseña que Dios se acuerda de su pueblo fiel que se vuelve a Él en las dificultades (cf. *Gén* 8, 1; 30, 22; *Lev* 26, 45; *Núm* 10, 9; *Sal* 98, 3; *Bar* 5, 5).

En la conclusión del relato se retrata de nuevo al rey Ciro con simpatía. El séptimo día acudió el rey al foso para llorar, pues estaba convencido de que los siete leones hambrientos habrían devorado sin duda a Daniel. Pero cuando el rey se asomó al foso, vio a Daniel sentado e ileso. Como el rey Nabucodonosor en 2, 47; 3, 95-96; 4, 31-32 y el rey Darío en 6, 27-28, el rey Ciro formula ahora una confesión de fe en el Dios de Israel: «¡Grande eres tú,

Señor, Dios de Daniel, y no hay otro Dios fuera de ti!» (14, 41). El rey conoce también el Antiguo Testamento, pues emplea expresiones que se hallan en textos como *Éx* 20, 3; *Dt* 5, 7; *Is* 44, 8; 45, 5.21; *Sab* 12, 13. Naturalmente, no hay prueba alguna de que el poderoso rey Ciro, que era politeísta, hiciera dicha profesión de fe judía ortodoxa. Pero esto no habría incomodado lo más mínimo al autor, o a su auditorio original. Su intención era satirizar la idolatría pagana y mostrar la grandeza de la fe y la práctica judía. Hace buen uso de la exageración y de detalles esotéricos para añadir interés y proporcionar entretenimiento.

El rey saca a Daniel y arroja «a los causantes de su ruina» al foso de los leones: un castigo adecuado a su crimen. Los leones hambrientos los devoran «al instante en su presencia» (13, 42). Así los paganos salen perdiendo de nuevo, como en todos los demás relatos del libro.

El relato de Daniel en el foso de los leones, que se encuentra aquí y en el capítulo 6, ha cautivado la imaginación no sólo de los artistas, sino también de los predicadores. Una de las homilías más memorables es el texto cautivador sobre la oración escrito en el año 337 por el padre sirio Afraates. Al exaltar el espíritu de oración de Daniel, añade a este relato familiar algunos detalles coloristas y encantadores: «Daniel oró, y su oración cerró las bocas de los voraces leones... Los leones extendieron sus zarpas y cogieron a Daniel para que no chocara contra el suelo. Lo abrazaron y besaron sus pies. Cuando Daniel se levantó en el foso para orar, siguieron en ejemplo de Daniel y extendieron sus zarpas al cielo... Aunque el hoyo estaba completamente cubierto y sellado, una luz brillante iluminó su interior. Y así los leones se alegraron, porque vieron esta luz gracias a Daniel. Cuando Daniel quiso acostarse para dormir, los leo-

nes se tendieron para que pudiera dormir sobre sus lomos y no sobre el suelo». Concluye Afraates: «Cada uno de nuestros antepasados justos, cuando afrontó la adversidad, empuñó el arma de la oración, y por medio de la oración se vio libre de esa adversidad». Un punto digno de tenerse en consideración.

Algunas reflexiones

La descarada parodia de la idolatría presente en el relato del dragón puede resultarle ingenua y desmañada al lector de hoy. Pero éste y otros relatos del libro han infundido ánimos y han dado cierto grado de entretenido alivio a los oyentes originales, un pueblo perseguido sin derecho político alguno y con pocas opciones económicas. La cultura helenística y las prácticas religiosas, incluidos el politeísmo y la idolatría, irrumpieron de forma penetrante incluso entre la comunidad judía (cf. *1 Mac* 1, 11-15; 2 Mac 4, 7-17). Relatos como éstos recordaban a los judíos leales su gloriosa herencia, que es muy superior a las religiones paganas con sus ídolos sin vida y sus numerosos dioses y diosas que no pueden traer salvación.

Daniel se enfrenta con el paganismo con la cabeza alta y sin miedo alguno. Confiando en la ayuda de Dios, no ignora simplemente a la serpiente-dragón, sino que toma medidas concretas para destruirla. Sin la intervención activa de Daniel, el dragón no habría reventado. Hoy el dragón del sexo y del placer tiene muchos más adoradores que los que tenía el viejo ídolo babilonio. ¿Qué podemos hacer para que estalle este dragón, de modo que la gente pueda ver que está dando culto a un ídolo sin valor, un dios que promete mucho pero no puede dar nada más que la satisfacción del momento? ¿Tenemos el

valor y la convicción de tomar posición y enfrentarnos con los poderes de los medios de comunicación que influyen en nuestra sociedad y cultura? ¿Hablamos francamente y con fuerza en cuestiones morales como la pornografía, la violencia televisiva y la programación indecente, y la falta de interés por los pobres y los que no tiene hogar? Como nos recordó Oliver Goldsmith: «El silencio es complicidad» (*The Good-Natur'd Man* [1768]).

El profeta Ezequiel nos ha dado esta saludable advertencia: «Cuando yo diga al malvado: De seguro morirás, si no le avisas ni hablas, avisando al malvado de su mala conducta, para que viva, él, como malvado, morirá por su culpa, pero reclamaré su sangre de tu mano» (*Ez* 3, 18). Dicho con otras palabras: no podemos evitar nuestra responsabilidad personal formulando la pregunta de Caín: «¿Soy yo acaso guardián de mi hermano?» (*Gén* 4, 9). Sí, somos guardianes de nuestro hermano y de nuestra hermana. Tenemos el deber moral de combatir el paganismo ampliamente difundido en nuestra sociedad y cultura. Creemos en un Dios de amor, pero también en su justa ira. Él no será burlado por la arrogancia humana, la codicia y la insensibilidad hacia los pobres. Dios previno al pueblo elegido: «Si traspasáis la alianza que Dios os impuso, y os vais a servir a dioses extraños y os postráis ante ellos, se encenderá la ira de JHWH contra vosotros, y muy presto desapareceréis de la buena tierra que él os ha dado» (*Jos* 23, 16; cf. *Dt* 28, 15-68). La gente no observó la Alianza del Sinaí. Como se les había dicho, Dios destruyó la nación por medio de los babilonios el año 587 a. C.

La decadencia de la antigua Roma se produjo por dentro mucho tiempo antes de que fuera destruida por sus enemigos desde fuera. ¿Podemos presumir en Occidente que nuestro destino será diferente? Lo

que nos da esperanza es que Dios no exterminará al justo con el pecador (cf. *Gén* 18, 23-32). El poder del bien puede vencer al poder del mal. Pablo nos dice: «No te dejes vencer por el mal, sino vence al mal con el bien» (*Rom* 12, 21). Lo que sobre todo necesitamos es el valor y la sabiduría de Daniel.

Concluyo con tres estrofas de «Un salmo de la vida» del poeta americano Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882):

¡No me digas, con tristes números,
que la vida sólo es un sueño vacío!
pues el alma que duerme está muerta
y las cosas no son lo que parecen.

¡La vida es real!, ¡la vida es seria!
y la tumba no es su meta;
«eres polvo, al polvo volverás»
no se dijo del alma...

Las vidas de los grandes hombres nos recuerdan
que podemos hacer sublimes nuestras vidas,
y, al partir, dejar tras nosotros
huellas en la arena del tiempo.